



BIBLIOTECA

AMENA

II

2  
603



B.P. de Soria



61120493  
D-2 23603



## EL DEBER

La condición indispensable para la felicidad es la paz del alma, y esa paz resulta de la fidelidad al deber.

(J. Droz.)



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

EL DEBER

CONFERENCIA FAMILIAR



580111

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzána, núm. 7.

1902

---

ES PROPIEDAD

---





SEÑORAS Y SEÑORES:



EL poeta Coppée se detuvo un día  
delante de una estatua marmórea  
de Eugenio Delaplanche, y mirán-  
dola con atención creyó ver en ella:

Á una sencilla aldeana  
Que enseñaba la cartilla  
Al hijo de sus entrañas.

Vióla...

«Mostrando con el puntero  
La lección no bien sabida,»

y expiando en el semblante candoroso de su  
alumno

«El placer que en sus ojos se pinta  
Al llegar á entender las palabras.»

Pero luego, traspasando la superficie que el  
cincel había tallado en la piedra, penetró su es-

píritu hasta el alma de la obra y del artista.  
¡Ah! exclamó entonces:

«Ese niño aún inocente  
Es el pueblo de mañana.»

Á mi vez, Señores, yo me detengo ante vuestra obra, obra verdaderamente maestra, ante las escuelas públicas libres que habéis fundado, que sostenéis con una perseverancia tan invencible, y en favor de las cuales me habéis rogado que os hablara esta noche. ¿Y qué es lo que veo?

Esas mismas letras, ese mismo alfabeto y ese mismo puntero... y cuadros sinópticos de Historia sagrada, iluminados con chillones colores, y cuadernos de análisis gramatical y de lógica, y tableros negros cubiertos de cifras blancas. Todo ese aparato de clases, asociado casi fatalmente en nuestros recuerdos con la figura austera y contrahecha de un pedagogo, la declinación griega y el tema latino ; *Infandum!*

¿Es esto todo? Sí, eso es todo, en la superficie... y algún espíritu ligero que no penetre más allá, podría preguntarse si toda esa mecánica escolar vale la pena y sacrificios que os cuesta.

Pero es preciso penetrar, como el poeta, hasta el corazón, ir al alma de la obra y del artista.

Y entonces yo también os veo inclinados sobre esos niños que constituyen el pueblo joven, el pueblo futuro de mi país, la esperanza de la patria y de la sociedad, y os veo enseñarles el alfabeto luminoso de la vida: el Deber.

¡Cumplir su Deber! ¡Ah! también esta es una frase de escuela, vacía, vulgar, para quien no va al fondo de las cosas y se contenta con palpar el exterior.

¡Cumplir su Deber! ¡Sí, á enseñar eso os dedicáis, eso se aprende en vuestras escuelas, y eso es el todo de la vida, y lo demás no es nada!

Cumplir su Deber, no importa en qué sitio; pero cumplirle valerosamente, sin cobardes compromisos, sin vergonzosas traiciones.

—Tú, rico, hermano mío, ¿qué haces en este mundo?...

—Cumpló mi Deber.

—Tú, pobre, hermano mío, ¿qué haces en este mundo?

—Cumpló mi Deber.

¡Ah! ¡hermano mío pobre, vales tanto como el rico!... Porque, lo repetiré, cumplir su Deber es el todo de la vida, y lo demás no es nada.

Pues ¿para qué se nos ha dado la vida?

¿Ha sido para que nos proporcione fortuna, rango, gloria, honor, gozo y felicidad?

Para nada de todo eso se nos ha dado. No es la vida presente la que debe proporcionarnos esos bienes. Es la otra. No confundamos las cosas.

Esta vida no se nos ha dado más que para ejercitarnos en el Deber, para someter al cumplimiento del Deber nuestras energías y nuestras voluntades libres.

Si la obra que habéis emprendido, Señores, es grande, si es civilizadora, si es santa, es porque con ella enseñáis al pueblo lo que por desgracia se olvida con mucha frecuencia y muy presto, que no estamos acá abajo más que para servir al Deber.

Esto que enseñáis á esos niños, permitidme que hoy os lo repita yo á vosotros.

---

¡Servir al Deber! ¿Es por ventura rey? Sí, Señores, es el único Rey del hombre; en nombre de este Rey es en el que los otros nos mandan, y en el punto mismo en que pierden el derecho de apelar á este Rey supremo, se derrumba toda su autoridad como edificio sin fundamento.

Sin embargo, su historia á través de las edades de la humanidad, parece á primera vista singularmente humillante.

En la aurora misma de los tiempos, al primer ensayo de su poder, el hombre se le escapa, se rebela y le viola. Dios se irrita: venga al Deber ultrajado; lanza del Paraíso al hombre lleno de vergüenza y temor; el dolor y la muerte hacen su entrada en el mundo. El Deber recobra sus derechos, pero el fruto de este castigo no es durable; el primer hijo del hombre asesina á su hermano. Dios maldice á Caín, y este huye corriendo á través de los montes y de los campos desiertos á ocultar la vengadora marca de la sangre derramada. ¡No importa!... Pasan los años acumulando nuevos crímenes sobre el crimen primero; el montón crece, subiendo siempre... Llega un momento en que Dios se arrepiente de haber hecho al hombre. Llama á su servicio las grandes aguas del cielo; las ondas acuden, y como barre un torrente los flancos de una montaña, barren ellas toda la tierra. Una vez más es vengado el Deber: la humanidad va á renacer en la familia del justo... ¡Ay! allí mismo uno de sus hijos atrae sobre sí una nueva maldición.

Pasad algunas páginas del *Génesis*, y os encontraréis con Sodoma y Gomorra abrasadas por el fuego del cielo y sepultadas en sus ruinas. Más adelante, el pueblo siempre indócil y prevaricador es entregado á los Faraones. Dios sus-

cita á Moisés, y por temor de que después de esta nueva restauración no vuelva nuevamente á oscurecerse el Deber y desaparezca de los ojos de los hombres, le fija en una fórmula escrita: el *Decálogo*. Transcurren los años; el polvo del tiempo va cayendo y cubre con desdeñoso manto los mudos caracteres grabados en el frío mármol.

Dios hace oír la gran voz de los Profetas... llegan estos unos en pos de otros predicando al pueblo el Deber desconocido, despreciado. El pueblo se ríe de ellos; los niños les apedrean como á locos: *Ascende, calve!...* «¡Sube aquí, calvo!» Pero los Profetas levantan su voz sobre la de los insultos... Entonces el pueblo se cansa de escucharles; ¡los asesina!

¡Viene el mismo Cristo!... ¡Se le crucifica!...

---

Veinte siglos van á separarnos bien pronto de aquella solemne fecha que divide en dos partes la historia del mundo. ¿Qué vino á hacer Jesucristo sino á recordar por última vez á los hombres de dura cerviz, *durae cervicis*, que tenían que someterse al Deber?

Pues bien; repasad esos veinte siglos. ¿Ha reinado en ellos el Deber? ¿Reina, por ventura, al presente?

Á veces, Señores, después del trabajo prolongado del día, ya bastante entrada la noche, antes del reposo me arrastra mi pensamiento, y yo me dejo llevar de él siguiéndole maquinalmente. Á través de mi ventana todavía entreabierta, oigo á la gran ciudad que se aduerme á lo lejos. En el oscuro cielo flota, como una nube, un resplandor rojizo sobre las plazas públicas y las calles iluminadas. Esas redes múltiples de alambres que pasan sobre nuestros tejados, vibran bajo los dedos del viento que sopla y exhalan su monótono y salvaje cantar. De abajo suben como una armonía vaga los ruidos de la tierra. En este misterioso concierto percíbense como voces aisladas unas veces, ruidos lejanos inexplicables otras, el rodar de los carruajes sobre el pavimento que retiembla ó sobre los sonoros rieles, otras el paso rápido de un presuroso transeunte ó de un paseante retrasado, otras el silbido de una locomotora lejana.

Allá abajo aulla la estridente sirena de un navío al levar anclas. Más cerca pasa una murga lanzando á los aires todo el sonoro estrépito de sus vulgares instrumentos. Después se oyen cánticos de hombres y mujeres, voces roncadas y avinadas, prolongadas y temblonas... Entonces me echo á discurrir y me pregunto qué cosa es

en realidad la vida humana á semejantes horas... ¡en aquellas horas de la noche exentas de rubor y vergüenza!... ¡Investigadlo, Señores! Recorred en espíritu no ya solo vuestra ciudad, sino todas las ciudades del universo á semejantes horas... ¡Que se abran las puertas, que caigan los muros, dejándolo todo patente á vuestra vista!...

¡Ah! si á la luz de un relámpago que repentinamente iluminara vuestros ojos apareciese la humanidad, la humanidad toda entera... ¿Sería sobre el trono donde veríais al Deber? ¡No, sino bajo los pies del hombre, hollado, conculcado, ultrajado, ahogado en el desprecio!

¡Y no obstante, sí, es el Rey del mundo, es el Rey eterno del mundo! ¿Porqué?

Porque reina en nuestra alma, y no le podemos lanzar de ella; allí es donde nos tiene sujetos y nos encadena. Y nos sería imposible huir de él, porque está enlazado á las fibras más profundas de nuestro ser, y para desembarazarnos de él sería preciso poder depojarnos de nosotros mismos.

¡He ahí el secreto misterioso de su realeza, de su soberanía, siempre vencida y siempre invencible!

Profundicemos más ese misterio.

---



Gran ruido metió hace cuatro años un descubrimiento de Livingstone. El ilustre viajero, atravesando la Australia, había encontrado en ella una raza de hombres tan degradada, que no había llegado á encontrar en su lenguaje las palabras de bien y mal.

Levantóse con esto un clamoreo ensordecedor, y resonaron gritos de triunfo en el campo de la ciencia incrédula. Un procedimiento de lógica averiada, pero muy usual por desgracia entre los razonadores contemporáneos, trasformó el descubrimiento del viajero inglés. De aquellos salvajes que no tenían en su lengua ni la palabra bien, ni la palabra mal, hicieron seres humanos que no tenían en su alma ni la idea del bien ni la idea del mal. Lo cual no es precisamente la misma cosa. Leyendo mejor á Livingstone se vió luego que aquellos pobres salvajes tampoco tenían palabras para decir y denominar un árbol, un pájaro, un pez, etc., y sin embargo pescaban peces en sus lagos y en sus ríos, y oían cantar á los pájaros en los bosques de su isla, por lo cual sería temerario negarles la idea de esas cosas que caían bajo el dominio de sus ojos y de sus manos. Algún tiempo después los colonos ingleses descubrieron en aquellos salvajes, á quienes se había supuesto desprovistos de la idea del bien y del mal, bas-

tante perspicacia moral para poderles nombrar agentes de policía.

Todo hombre que viene á este mundo, por degradada que sea la raza de donde le toméis, por limitado que sea el desenvolvimiento de su inteligencia, lleva en las profundidades de su pensamiento estas dos ideas primordiales, la idea del bien y la idea del mal, y unida inseparablemente con ella esta otra idea: «Yo estoy obligado á hacer el bien, yo no puedo hacer el mal,» es decir, la idea del Deber.

---

Desde que aparecen en el alma del niño los primeros rayos de luz de la razón, descubren en ella esa conciencia del Deber y la iluminan. Cuando ese niño ha obrado mal, conoce tan claramente que ha faltado, que se ruboriza, se esconde, imagina excusas, y busca pretextos para justificarse: quiere arrojar lejos de sí el peso de su falta. La idea del Deber se halla ya en él abierta y desarrollada.

Y eso mismo es lo que hace el hombre. Cuando Adán y Eva quebrantaron el Deber, se ocultan avergonzados; Dios les interpela. Adán responde temblando y se excusa diciendo: «La mujer que me habéis dado por compañera...

Ella ha sido, Señor...» Eva se excusa también diciendo á su vez: «La serpiente me ha engañado. Ella ha sido, Señor...» ¿Qué viene á ser ese lastimoso subterfugio sino el reconocimiento mismo de la realeza del Deber?

Cuando la inteligencia se desarrolla en el hombre, cuando se elevan las civilizaciones, la noción del bien y del mal se precisa y se detalla, al mismo tiempo que se extiende y se esclarece. De este modo llegaron los filósofos antiguos á formular un código de moral, valga lo que valiere, que hubiera podido llamarse la ley del Deber.

Pero basta echar una simple ojeada sobre esas morales y esas leyes antiguas, para ver cuán vacilante y defectuosa es la marcha del espíritu abandonado á sí mismo.

En una doble revelación—la de Moisés confiada á la custodia de una Sinagoga infiel, y la de Jesucristo depositada en los labios vivos é infalibles de la Iglesia—Dios ha dado al hombre nociones y luces más elevadas acerca del bien y del mal.

El ingenio del hombre ha trabajado sobre estos datos divinos; los ha desarrollado casi hasta lo infinito investigando sus consecuencias más lejanas y á veces las más inesperadas. Nuestras leyes las han aplicado á los tiempos, á las cos-

tumbres, á las relaciones, á todos esos elementos continuamente variables de las sociedades humanas, con una fecundidad tal, y tal lujo de fórmulas, que ciertamente nadie me contradirá si afirmo que á la hora presente ni acerca del bien, ni acerca del mal nos faltan las luces oficiales.

Una cosa sola ha permanecido la misma, sin que el estudio la haya hecho más solemne, ni la haya empequeñecido. Es la noción fundamental del Deber: «Yo debo hacer el bien; yo no puedo hacer el mal.» Esto desde el principio era claro como el sol, y lo es ahora, y lo será eternamente.

Una sola cosa ha podido aclararse más; es la respuesta variable á esta pregunta: «Cuál es el bien que debo yo hacer, y cuál es el mal que debo evitar...» Filosofía ha habido tan disparatada y tan audaz que se ha atrevido á gritar: «Dios es el mal, el mal no es otro que Dios.» Pero no se ha encontrado ninguna que haya dicho al hombre: «Puedes hacer el mal.» Esto hubiera destruído el fundamento mismo de la conciencia humana, y nuestra imprudencia intelectual no llega nunca á tanto.

---

Los moralistas han imaginado un caso famoso. Suponen un hombre perseguido por un asesino, y que no puede hallar salvación más que en la fuga. Para huir le es preciso franquear un abismo. Ahora bien; sobre este abismo no hay más que una tabla estrecha, y sobre esta tabla, viniendo en dirección contraria, un niño... Para salvar su vida propia, ¿puede sacrificar la del niño, puede pasar adelante arrojándole en el vacío? Unos dicen que sí, otros dicen que no, otros terceros en discordia distinguen, y exigen que el fugitivo pregunte previamente al niño si está bautizado, porque de esto depende, según ellos, el partido que deberá tomar.

Estas incertidumbres teóricas, tan numerosas como os plazca imaginarlas, interesan poco, y no tengo porqué detenerme en ellas: ya llegará el tiempo de resolverlas cuando sea frecuente entre nosotros el verse perseguidos por asesinos, encontrar abismos, y sobre los abismos una tabla, y sobre la tabla un niño.

No es que yo desprecie esos ejercicios filosóficos ó que desconozca su valor; pero no prestan apoyo ninguno á mi tesis, que es más sencilla.

El hombre puede ignorar la extensión de su Deber.

El hombre puede no descubrir netamente su Deber y dudar en el momento de cumplirle.

Mas aun en la noche de esa ignorancia, en su vacilación vaga y nebulosa, aparece con plena luz á todo hombre la ineluctable obligación de servir al Deber, de obedecer al Deber.

¿Cómo sucede, no obstante, que el hombre con tanta facilidad abandone y haga traición á ese Deber que se le presenta con una evidencia tan imponente, y al cual es tan noble y tan honroso el obedecer, y tan vil y bochornoso el rehusar prestarle servicio?

Es que no está solo en el corazón del hombre, y que al lado suyo, desde el primer momento, se halla sentada la pasión; la pasión, rival encantadora, pero insidiosa y falaz. ¡Oh! ¡cuán presto nace en el corazón del hombre!... ¡Y cómo se manifiesta en él desde los primeros instantes bajo sus más refinadas formas!

Una niña de cuatro años se había regocijado mucho á la llegada de un nuevo hermanito, le había cubierto de besos y caricias, repetía veinte veces al día que le quería mucho, y más aún, quería verle sin cesar... Después de algún tiempo advirtió que los tiernos cuidados de su madre, sus brazos, su corazón, su preocupación constante, todo era para el recién venido, dis-

minuyendo los favores para con ella á medida que aumentaban para con él... Su carita empezó á tomar un tinte sombrío, sorprendiéronla dirigiendo al pequeño enfajado miradas de cólera... y como un día su madre le abrazase delante de ella con esos trasportes de amor que conocen todas las madres, la pequeña, pálida y convulsa dijo á su madre: «¿Pero no se va á morir pronto Fernandito?» La envidia brotaba á borbotones en aquella alma de cuatro años; la envidia que parece reservada para otra edad, más desprendida de los sentidos. Así nacen en el hombre con la sangre y con el pensamiento todas esas formas diversas y sucesivas de la pasión, y ella es la que va á entrar en lucha con el Deber.

Se ha notado hace mucho tiempo que desde su primera embestida la pasión ha revelado toda su táctica. Y los predicadores han mostrado en el cuadro de la primera batalla del hombre contra ella el resumen de todos nuestros combates.

Observan dichos predicadores que Eva estaba ociosa... La Sagrada Escritura nada, en verdad, dice acerca de esto, y bien podría perdonársele á nuestra primera madre tal ociosidad. Su despensa no le exigía trabajo ni cuidados, y mucho menos aún su guardaropa.

Observan además que se paseaba sola. Tampoco acerca de esto dice nada la Sagrada Escritura; y aquellos paseos aun solitarios estaban bien exentos de peligros, puesto que no podía encontrarse con nadie más que con su marido. Me retracto; podía encontrarse con alguien más.

De hecho, se encontró con la serpiente.

Aquí, Señores, la semejanza llega á ser admirable. ¡La serpiente es la pasión!

La serpiente le inspira el pensamiento del mal. «¿Porqué, le dice, no coméis de todos los árboles del Paraíso?»

Eva responde con plena resolución: «Comemos de todos los árboles del Paraíso, excepto de uno solo, el árbol que está en medio del Paraíso; Dios nos ha prohibido comer de ese árbol y aun tocarle, no sea que muramos.» He aquí la afirmación del Deber, clara, neta, sin vacilaciones, sin dudas. Os ruego que lo notéis bien: el mal se presenta al espíritu, y el espíritu enseguida le reconoce. ¡Es él, es el mal! Yo no puedo hacer el mal.

«De ningún modo moriréis,» replica la pasión. Respuesta oblicua, impertinente, que toma la cuestión de soslayo, y desflorándola apenas la deja toda entera en pie. Porque en fin, importa poco saber si morirán ó no morirán, lo que importa saber es si pueden ó no pueden



comer el fruto que Dios les ha prohibido. Y aprovechándose de la desorientación que una respuesta de ese género produce siempre en el espíritu, prosigue la pasión diciendo: «Lejos de morir, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal. .» ¡Ah! ¡he ahí las promesas de la pasión siempre mentirosas!... ¡Es falso lo que afirma! ¡es falso!

Eva no responde; mas pensativa, atraída por el encanto de lo desconocido que se le anuncia, agitada por el deseo que siente despertarse en su corazón, inquieta ante la lucha que se libra en su alma, contempla el sonriente fruto que pende del árbol. Le parece bello á sus ojos y deleitable á su mirada, *pulchrum oculis, aspectuque delectabile*... La coge y come de él. Y enseguida, sin intervalo, con el mismo movimiento de su brazo, *deditque viro suo qui comedit*, se la da á Adán, que también come á su vez. Os pido que os fijéis bien en este último rasgo; hay en él una revelación magnífica de la naturaleza humana. Necesita un cómplice para asegurarse con la solidaridad del crimen, *deditque viro suo qui comedit*.

Luego sobreviene la desnudez inmediata y fatal... se abren sus ojos. Aquel mal que debía revestirles de gozo les ha dejado desnudos y con un inmenso vacío en el alma, corren aver-

gonzados á ocultarse... En cuanto á la serpiente, á la pasión, ha desaparecido, se ha evaporado... ni siquiera les queda el recurso de echarle en cara su mentira y su perfidia... Solo queda el Deber en pie, frío, tranquilo en su luz inalterable: «Habéis obrado el mal, y sabiais que era mal.» Y la escena prosigue grandiosa y solemne entre los rebeldes y Dios, que se pone de parte del Deber.

Pues bien, Señores, ese antiguo relato de la Biblia, esa vieja escena de la mañana de los siglos se renueva todos los días, siempre de igual modo y en cada uno de nosotros: la pasión es constantemente fiel á su papel.

Es de notar que ella no niega el Deber. ¡Oh, no! Su primera aparición en el alma provoca, con la instantaneidad del relámpago, una aparición correlativa del Deber. «¡No! ¡no podéis hacer eso; eso es malo!»

¿Qué hace pues si no niega el Deber?

Le representa como duro, austero, penoso, monótono, como abrumando con todo su peso la vida humana y aplastándola con su enorme pesadez. No le haré cargos por esto; es verdad,

el Deber es duro y austero, y pesa sobre las espaldas del hombre; es un yugo.

¿Porqué es grande Jimena postrada á los pies del rey, pidiendo justicia contra Rodrigo, á quien adora? ¿Porqué es tan grande que parece sobrepujar la grandeza humana? Porque ha visto á su padre muerto... y...

«Su sangre en tierra mi Deber escribe,»

«... y con su sangre

Mi Deber en el polvo escrito deja,»

dice ella; y para obedecerle ha cogido con sus dos manos su corazón y su amor y los ha despedazado.

¿Porqué el anciano padre de los Horacios, maldiciendo al tercero de sus hijos á presencia de los otros dos hijos muertos, nos hace estremecer de entusiasmo cuando lanza aquel grito sublime: «¡Que muera!» sino porque ante el duro deber que se le impone despedaza también su corazón?

Sí, el Deber es penoso; es un rey que demanda esfuerzos, valor y sangre; pero á medida de esos esfuerzos, de ese valor, de esa sangre, es el honor que le tributamos.

Que un párroco se levante por la noche para ir á administrar los Sacramentos á un enfermo, cumple con su Deber. Ninguno de vosotros se

extraña ni se admira de esto. Pues bien, he aquí lo que acabo de leer hace poco.

En una pequeña aldea de Bretaña se estaba muriendo un párroco anciano; clavado en su lecho esperaba la hora de salir de este mundo, y la hora no estaba muy lejos, pues en su pecho un soplo apenas alimentaba la vida. Se le hizo saber que uno de sus feligreses, enemistado hacía mucho tiempo con Dios y con la Iglesia, se moría como él. Envió allá un coadjutor. El coadjutor vió al enfermo; pero regresó bien pronto, despedido, sin resultados. «¡Oh Dios mío! exclamó el anciano párroco, volved allá, os lo suplico, y recordadle que me había prometido no morir sin reconciliarse con Dios.» El coadjutor volvió al enfermo otra vez, y cumplió con el encargo recibido. «Es al párroco á quien yo le había prometido eso, contestó el enfermo, mofándose con aire siniestro, y por segunda vez despidió al sacerdote.»

El celoso párroco levantó los brazos y los ojos al cielo, y luego como animado por una inspiración súbita: «Que traigan una parihuela,» dijo. Se le obedeció llorando. Hizo colocar en ella un colchoncillo y que le pusiesen encima,

cubriéndole cuidadosamente. «Vamos andando,» dijo enseguida, y en medio de la noche, que era profunda y oscura, alumbrado por una linterna vacilante, el moribundo fué llevado por largos y escabrosos caminos á través del frío cierzo que soplaba con ímpetu.

Cuando el impenitente vió de improviso entrar en su habitación aquella camilla y aquel anciano demacrado que venía á visitarle, incorporándose en su cama: «¡Oh! exclamó, ¿á qué venís aquí?» — «Á salvarte,» respondió el sacerdote.

Depositaron la camilla junto al lecho y dejaron solos á los dos enfermos... Cuando volvieron á entrar ambos á dos lloraban. El buen párroco bendijo por última vez al moribundo: «¡Hasta luego, le dijo, hasta el cielo!»

El sombrío cortejo volvió á emprender su marcha en las tinieblas de la noche, silencioso como un convoy fúnebre. No se oía más que los pasos de los portadores sobre los guijarros del camino, y en los sotos el viento que hacía estremecer las hojas.

Á la vuelta, cuando se descubrió la camilla, el cuerpo más pálido aún que antes, estaba inmóvil; el alma había volado...

¡Ah! Señores, vosotros que hace poco no os extrañabais de lo que hacen los sacerdotes en

cumplimiento de su Deber, vosotros que hace poco no lo admirabais, ¿porqué os extrañáis en este caso?... ¿porqué lo admiráis ahora?... ¿porqué ante ese cadáver os inclináis como ante la reliquia de un santo?

Porque aquí el Deber ha exigido el sacrificio de la vida, y se le ha dado la vida como un don de vil precio.

He ahí lo que debemos responder á la pasión cuando nos dice que el Deber es duro, que demanda sangre. Sí, es verdad; pero ese es el precio del honor, y el honor jamás es caro, es lo que cuesta la felicidad del hombre, y nuestra felicidad, por mucho que nos cueste, siempre será barata.

No hagamos caso de la pasión cuando nos dice que el Deber es penoso, que es austero, que es intolerable.

Y la pasión no dice más que eso.

La pasión se muestra asimismo llena de atractivo y encanto, dulce y suave, «bella á los ojos, deliciosa á la mirada;» promete placeres, goces, delicias; promete todo lo que aquí en la tierra llamamos con un nombre magnífico, pero profanado, ¡felicidad!

Quiero ser justo hasta con la pasión: es cierto que da algo de todo eso. El fruto cogido por Eva tenía su sabor. Si no fuera así, á buen se-

guro no nos dejaríamos enredar por dos veces en sus lazos.

Da pues alguna cosa; pero no da lo que promete, ni lo que esperamos de ella. Miente, nos engaña, como poco ha os decía.

«El pan del pecado es amargo,» dice un proverbio antiguo. Y no me extraña. Hecho mi corazón á la medida de lo infinito, tiene deseos que se extienden más allá de la tierra. ¿Qué puede darme esa pasión sino esas cosas vanas y fútiles que pasan como el relámpago y mueren? ¿esas cosas de los sentidos y del cuerpo ante las cuales siéntese ofendida mi alma y se aparta de ellas? ¿esas cosas, en fin, de la tierra y del tiempo á mí que sueño con el cielo y con la inmortalidad?

Tanto es así, Señores, que al dejarnos arrastrar por ella, llegamos á vernos chasqueados.

Pero, ¿cómo se explica que engañados una vez por la pasión, nos dejemos engañar segunda vez, y tercera vez, y veinte veces, y siempre, y sin cesar, quizás durante toda la vida?

¡Oh! aquí no desempeñamos ya simplemente el papel de engañados y chasqueados, sino el de tontos y necios.

Porque la pasión no cambia de táctica, no imagina nuevos subterfugios, vuelve á presentarse siempre con la misma voz, siempre con

la misma sonrisa y con las mismas promesas. ¡Pero ahora sabemos ya lo que eso vale, sabemos lo que nos ha costado y nos cuesta, sabemos que es mentira!... ¡No importa! la escuchamos, la creemos, nos dejamos seducir otra vez.

¡Oh! ¡qué gran compasión causa ver al hombre cegarse de esta suerte, y seguir en todo tiempo y en todas las edades la historia siempre antigua y siempre nueva de sus extravíos!...

Cuando en vuestros viajes á través de las montañas un guía os detiene y mostrando con el dedo á vuestros pies el imponente fondo de un abismo os dice: Por aquí cayó un viajero á lo profundo haciéndose añicos en los picos salientes de las rocas, os sobrecoge un frío estremecimiento, é instintivamente os retiráis hacia atrás. Jóvenes que viajáis á través de la vida, cuando se os dice: Allí, por aquel camino, veinte, cien, mil jóvenes como vosotros han caído precipitados dejando en las salientes rocas del precipicio su honor, su grandeza, su juventud, su vida... ¿retrocedéis vosotros?... ¡No, yo no sé qué fatal instinto os empuja adelante, os hace mirar aquella cosa desconocida, aquel insondable precipicio más de cerca, cada vez más de cerca, hasta que os sobreviene el vértigo y á vuestra vez rodáis á lo profundo!

¿Qué digo? Aun aquellos mismos que han



experimentado esa triste y dolorosa caída, y que se han levantado de ella manchados, deshonrados, envilecidos y avergonzados á sus propios ojos, esos mismos atraídos por yo no sé qué demonio vuelven allá, miran otra vez, y girando sobre sí mismos caen nuevamente en el negro abismo adonde les precipita la pasión.

---

Nada más tengo que deciros acerca de la pasión. Lo repito, tiené pocos recursos de imaginación y no varía el nudo de sus lazos. Ya os he dicho que no negaba el Deber, cuando surgía en nuestras almas, y que hasta su mismo nacimiento le afirmaba: ahora que está satisfecha se desvanece, y al punto reaparece el Deber, solo, en el silencio del alma, y aparece en ella siempre como rey; pero ha cambiado de nombre: al presente se llama remordimiento.

La mitología antigua había divinizado los remordimientos bajo la figura de las Furias latinas y de las Erinias griegas; y las llamaban «dirae,» ¡siniestras!

Eran hijas de Júpiter y de Arauca: la Necesidad. De pie, ante el trono, coronadas de serpientes entrelazadas, con la tea en la mano,

horribles, derramando de sus ojos lágrimas de sangre esperaban la sentencia del juez. Después, de repente, aullando y silbando se precipitaban sobre la tierra... Esperaban la noche, y entonces se lanzaban horrendas sobre el lecho del culpable. Le desgarraban el corazón, le roían el alma... le abrasaban las entrañas. Era la hora de la tortura y de la venganza, la hora del remordimiento.

Cuando Esquilos en sus Euménides, las hizo aparecer en la escena, dos jóvenes doncellas murieron de espanto, algunos criminales con los cabellos erizados y la vista extraviada huyeron á través de la asamblea, gritando: «¡Socorro!»

El análisis del remordimiento no exige todo ese aparato escénico. La inteligencia muestra al alma el Deber; la memoria le muestra sus obras; y el contraste entre lo que debiera haber hecho, por un lado, y lo que ha hecho, por otro, tortura la conciencia humana mucho más que el hierro y el fuego de los verdugos.

Eso es el remordimiento y no otra cosa. Para matar los remordimientos sería pues preciso, ó matar la inteligencia ó matar la memoria; pero ni á la una ni á la otra se puede matar, y esto es lo que hace invencible al remordimiento y por consecuencia inmortal al Deber.

El único recurso que tiene el hombre contra

ellos, es el de distraerse y aturdirse, y ni aun así permite Dios que se le escape.

Aun en medio de esas distracciones y de ese aturdimiento, en que el hombre se degrada... se le presentan, y no puede echar de sí... iba á decir, algunas nonadas... que bastan á prescribir en favor del Deber. Ya es el ojo de Caín, ya la mancha de sangre de Macbeth, ya el alma de Margarita. Ya son avecillas que pían al borde del nido.—«¿Porqué les arrojas piedras?»

«¿Qué te han hecho esos pobres pajarillos?  
—¿Qué han hecho?... ¿qué me han hecho?  
¡Mentirosos, me acusan de asesino!»

Un miserable, cierta noche, en el fondo de un aislado caserío estrangula á un viejo avaro, tío suyo, cuya fortuna tardaba en llegarle más de lo que él quisiera.

Ningún ojo humano había visto el crimen, ningún oído humano había percibido los sofocados gritos del moribundo, que se agitaba y defendía bajo la férrea presión de los puños del sobrino.

Largo tiempo hacía ya que la tierra se había endurecido sobre la tumba del asesinado; el asesino vivía tranquilo y rico. ¿Qué necesitará Dios

para vengar el Deber? He dicho antes que algunas nonadas... sí, una nonada, ¡un gato! Durante la horrible lucha un pobre gato había saltado para huir. Su sombra había pasado ante el homicida como un rasgo más negro en aquella negra noche, y los encandilados ojos del espantado animal, como dos llamas del infierno, habían infundido terror en su alma. Basta para el remordimiento. Aquel hombre á quien nadie acusa, aquel hombre que no tembló en el momento del crimen, aquel hombre va á temblar como un azogado ante ese pobre animal. Sus cabellos se erizan, sus ojos se abren desmesurada y espantosamente, su rostro se contrae de una manera horrible, sus puños se crispan, sus rodillas se doblegan y chocan entre sí; cae... se levanta... «¿Qué tiene?...» — «¡Oh! nada, nada... he visto un gato... ¡ah! ¡esto es horrible!»

Por la noche... ¡Ah! ¡por la noche! allí, junto á su cabeza, delante de él brillan siniestramente los dos verdes ojos del gato... El infeliz se estremece, se incorpora, agita sus manos en el vacío... Los ojos permanecen siempre allí, clavados en él... Se vuelve al otro lado, mete su cabeza entre las sábanas, cubre su rostro con ambas manos... Á través de las manos y de las sábanas los ojos siguen brillando á su vista... Grita, pide socorro... Acuden á su voz... Los ojos han huído... «¡No

es nada!... Tenía miedo... Una pesadilla...» Retírase la luz, ciérrase la puerta... ¡Ah! ¡los ojos, otra vez los siniestros ojos están allí lanzando sus llamas vengadoras!

Esta horrible tortura no duró un año... pálido, consumido, acosado por los remordimientos, como un espectro, él mismo se llegó un día á llamar á la puerta de la justicia y á entregar sus manos á las cadenas y su cabeza al verdugo.

---

Os he presentado el Deber y la pasión en sus repetidos encuentros. Surge al punto una cuestión que parece complicar el problema. «Si la pasión es engañadora, si el Deber, lo mismo después que antes, se nos descubre rodeado de su inalterable autoridad, siempre como rey, ¿en qué consiste que el hombre se resigne á desempeñar lo que he llamado el papel de burlado y el papel de necio? ¿en qué consiste que no se desentiende de esas decepciones y de esas vergonzosas necedades?

En que el hombre es poltrón y cobarde contra sí mismo. ¡Si os parece demasiado dura la expresión, digamos débil, Señores; pero mucho mejor estaría decir poltrón y cobardel...

Todo esfuerzo, cualquiera que sea, nos cuesta, nos exige un gasto de energía que repugna á

nuestra naturaleza perezosa. Si el penoso esfuerzo se prolonga ó se renueva, no tardamos en considerarle como un padecimiento, y sabido es que todo padecimiento nos causa horror; renunciamos pués al esfuerzo, dejamos caer los brazos. Ahora bien, Señores, el resistir á la pasión requiere esfuerzo, y como la pasión veinte veces vencida renace otras veinte veces y sin cesar, esa necesaria renovación de esfuerzo nos exaspera. Por su misma continuidad acaba con nosotros y con nuestras pobres energías. Mas no es esto todo. ¡Ese esfuerzo sin cesar renovado que nos demanda el Deber contra la pasión, nos lo demanda contra nosotros mismos!... Tenemos que ser autores y víctimas á la vez de ese renovado esfuerzo. Esa sofrenada que para traerla á raya y sujetarla al paso damos á nuestra naturaleza presta á desbocarse, ese latigazo ó espolazo que le aplicamos para avivarla, le damos nosotros, pero también somos nosotros mismos los que le recibimos, lo cual le hace mucho más doloroso y repugnante. Finalmente, el resultado de ese esfuerzo de nosotros mismos sobre nosotros mismos es el rehusarnos á nosotros mismos un gozo, un placer, una satisfacción de especie muy baja tal vez, pero que agrada y complace á cierta inclinación natural de nuestros corazones. ¡Y nos cuesta

tanto el rehusarnos cualquiera cosa á nosotros mismos!...

¡Qué triste espectáculo ofrece el hombre así ligado, arrastrado y conducido como bestia por la pasión!

---

Un hombre, y por cierto de carácter y de gran ingenio, toma, sin darse cuenta por decirlo así, la costumbre, al principio inofensiva, de excitarse durante el trabajo con un sorbo de licor. Con esto los pensamientos le venían á su parecer más ardientes y vigorosos y tomaban bajo su pluma una forma mucho más viva. Á la larga, sin que jamás hubiera llegado á excederse, pues su educación delicada y distinguida le ponía en guardia contra semejante exceso, á la larga, repito, llegó á debilitarse su organismo; llamados los médicos no tardaron en descubrir el mal, le señalan y manifiestan claramente que será causa de muerte en breve plazo... Pero á la larga también había venido la pasión. El pobre enfermo toma resoluciones enérgicas. Y las cumple durante... ¡ocho días!

Bien pronto una recaída más grave inspira á su esposa una medida radical: destierra de su casa de campo todos los alcoholes... contando que la dignidad al menos impediría á su des-

graciado esposo el acercarse á las tabernas de la comarca...

Entonces aquel hombre, aquel viejo — tenía ya cincuenta años — se puso á suplicar como un niño, de rodillas, con lágrimas, y viendo que la súplica no surtía efecto, apeló á la cólera y á la amenaza... pero su mujer se mantuvo firme, y no cedió más á las amenazas que á las súplicas...

Después se le sorprendió corrompiendo á un criado de la quinta para que le llevase bien oculto aquel licor que le mataba... El criado fué descubierto y despedido.

En fin... escondiéndose detrás de los sotos de la posesión daba un real á un chicuelo que por allí pasaba para que corriese á la taberna de su lugar... el chiquillo corría y volvía inmediatamente con un botellín bajo su blusa, y el infeliz bebedor detrás del soto poco á poco se iba matando.

Ya ha muerto: tengo compasión de su sombra, y por tanto no le nombraré; pero decidme, ¿conocéis nada más abyecto que esa cobardía del hombre? ¿Hay nada más rastrero y repugnante que ver al hombre, al varón «Vir» al rey y señor de la naturaleza así entregado, así esclavizado, así degradado, sin levantarse, sin romper su cadena, sin poner, en fin, bajo sus



pies aquella pasión odiosa cuando para hacerla añicos le bastaría querer?

De intento, Señores, he tomado para ejemplo esa pasión vil, embrutecedora, degradante. ¿No es verdad que ante ella vuestro corazón siente aversión y desprecio? Entremos nuevamente dentro de nosotros mismos, si no lo lleváis á mal, repleguémonos sobre nuestro corazón, miremos bien, sin asustarnos, sin retroceder ante nuestros propios descubrimientos, y encontraremos otras pasiones no tan bajas quizá, pero no ménos vivas, y que también nos llevan tras sí, y con las cuales también nos mostramos cobardes, y cuyo yugo tampoco sacudimos ni rompemos sus cadenas.

Y he ahí cómo por la complicidad de nuestra debilidad y de nuestra indolencia, de nuestra cobardía y de nuestra pereza, la pasión se sobrepone al Deber.

He ahí cómo por una inconsecuencia frecuentísima, vemos el bien, confesamos sus excelencias, nos prendamos de su belleza y de su grandiosidad, y obramos el mal cuya fealdad y bajeza nos son bien conocidas.

¡He ahí cómo con la inteligencia reconocemos la realeza del Deber, y con la voluntad le hacemos traición!

---

Le es duro al hombre tener que reconocer— y todos tenemos que hacerlo en mayor ó menor grado— tener que reconocer cuán deficiente es su voluntad y cuán extenuada se halla su energía. ¡Esta confesión le humilla!... Le es duro sobre todo sufrir el látigo del remordimiento. Intenta pues zafarse de la una y del otro, y sus tentativas de salvamento en un naufragio tan desesperado son de tal naturaleza que interesan al moralista.

Desde luego declara á la pasión irresistible, avasalladora, ofuscante, absolutamente invencible. Si fuera así, evidentemente el hombre no merecería reproches: no se puede echar en cara á nadie el que no haya vencido lo que es invencible. Desgraciadamente esta es la historia de esos niños á quienes un gozquejo que ladre por la noche hace huir temblando, y que para justificar el valor de sus piernas hacen del perrillo un mastinazo muy grande ¡oh! muy grande, tan grande como un elefante.

Esta teoría ha sido inventada para servicio de las pasiones comunmente admitidas aun entre aquellas personas á quienes se ha convenido en llamar gentes de honor... Ved pues el castigo; los presidiarios se la han apropiado enseguida. Preguntadles porqué han asesinado á martillazos á aquella pobre mujer á quien robaron, y

os dirán: «¡Que estaban fuera de sí!... ¡Que les cegó el tinto!... ¡Que no veían lo que hacían!... ¡Que les ofuscó la vista el color rojo del oro!...»

Y á los del mundo de más alta esfera les ofusca el color de rosa.

Entre ese hombre honrado y el presidario, solo media una diferencia de matices, del rojo al rosa, ¡eso es todo!...

No claméis pues... Si la pasión es irresistible, ese bandido con su ensangrentado martillo no es más culpable ni más despreciable que aquel hombre honrado. Porque la pasión no depende de nosotros; le ha acometido á él diciendo que asesine, como á otros ha dicho que engañen, que mancillen, que ultrajen, como á otros dirá que defrauden, que roben, que hagan traición... y á fe mía, puesto que es invencible para unos, lo ménos que podéis hacer es reconocerla también invencible para otros.

Pero quiero concretar más el asunto.

Admito, Señores, con toda la amplitud que queráis, admito que un olvido ó una enfermedad mental puedan dejar al hombre en un estado de irresponsabilidad completa; en cabezas de ese género extraviadas ó desorganizadas podrá la pasión obrar como dueña soberana é invencible... Pero no tratamos ahora de eso.

Admito, si os place, esos fenómenos tan ex-

traños que los estudios fisiológicos han descubierto en nuestros días, admito las sugerencias todas del sueño hipnótico. Pero añadiré igualmente: tampoco tratamos ahora de eso. Hablamos del hombre sano de cuerpo y mente, libre completamente de todo sueño, del hombre en su estado normal, tal como nos hallamos nosotros, y no de esos enfermos que dependen del médico y del hospital.

En ese hombre que se halla en la plenitud de su libertad física y de su libertad moral, la pasión ¿es invencible? ¡He ahí la cuestión!...

Pues bien; esa cuestión se la presento yo al hombre, no ya en sus horas de calma y de paz en que brilla la razón sin una nube en el cielo de su alma — en ese caso no me sería difícil salir vencedor — no, se la presento en la hora de la borrasca y de la tempestad, al tiempo en que le asalta la pasión incitante y apremiadora, en el momento en que le enloquece, le fascina, le arrastra; en el instante en que cae, y le conjuro que me diga ante Dios y su alma... ¿Si él quería?... ¡Ah! ¡si quería, si era dueño de su voluntad, en aquel mismo momento hubiera podido desbaratar la pasión como á un juguete de paja! Pero ¡querer es lo que no ha sabido!... ¡Para querer es para lo que no ha tenido valor!

Me diréis que hay circunstancias tales que el ímpetu de la pasión sobrepuja, moralmente al ménos, la fuerza humana, aun en las condiciones sobrenaturales en que nos ha colocado nuestro bautismo. Y una vez enredados en medio de ellas ¿cómo resistir? ¿Cómo la pasión no ha de ser entonces irresistible?

¿Os acordáis de nuestras antiguas ferias y de los juegos populares de la cucaña y otros semejantes que los acompañaban? Se colocaba horizontalmente á algunos metros del suelo, sobre caballetes, un largo madero bien torneado y bien untado de una pasta viscosa y resbaladiza. Á un lado y á otro se tendían largos sacos de lona, el uno lleno de harina y el otro de cisco negro de humo. Entre los dos avanzaba de pie sobre el madero el que intentaba ganar el premio con todas las evoluciones de brazos, y todas las contorsiones de cuerpo á que le obligaba su posición de equilibrio inestable... Ya sabéis lo que de ordinario acontecía y las grandes risotadas que acompañaban á su caída á la derecha ó á la izquierda, y las risas estrepitosas con que le acogían cuando saliendo del saco aparecía sacudiéndose como mejor podía su librea blanca ó negra.

¿Habría tenido motivo justo el caído de quejarse de los que se reían? No, ¿no es verdad?—

«¡Pero si le era casi imposible evitar la caída!...»  
Sea, pero en su mano estaba el no subir al madero, y por tanto, una vez subido, su excusa sería una salida de tonto. ¡Que trate de que la dé por buena ese pueblo de incomparable buen sentido que se ríe á mandíbula batiente por su percance!

Pues bien; cuando se me habla de esas circunstancias irresistibles en que la pasión llega á ser soberana dueña, aun admitiendo que no se la pueda vencer entonces, ¡lo cual es falso!... tengo el derecho de preguntar: «¿Porqué habéis subido al madero?...»

¡No! la pasión no es irresistible, y jamás lo repetiremos demasiado á la cobardía y dejadez humana! No, no estamos sujetos á la servidumbre de la pasión. Si somos vencidos por ella, es que hemos querido la derrota; si nos fuerza á sentirnos avergonzados, es que antes voluntariamente bebimos la copa de la vergüenza hasta las heces... ¡Oh pobre hombre! ¡Te hubiera bastado el querer eficazmente contra ella!...

---

Arrojado fuera de este primer reducto el hombre se oculta en otro segundo.

«¡Todo el mundo es así!»

¿Y qué prueba eso?

¿Qué otra cosa queréis que yo responda á ese nuevo descubrimiento? ¡Todo el mundo es así! Lo repetiré otra vez: ¿Y qué prueba eso?

¡Ah! ¡Todo el mundo es así! ¿Sabéis la verdadera, la digna, la noble respuesta que entonces debería dar el hombre á la faz del cielo y de la tierra? «¡Aun cuando todo el mundo sea así y vaya por ahí y se sumerja en ese abismo de vergüenza, yo, yo no me degradaré hasta ese punto, yo no haré traición al Deber, yo no me envileceré!»

*¡Etiamsi omnes, ego non!*

Os sonreís, Señores, y me decís que San Pedro, porque de San Pedro es la expresión que acabo de citar, que San Pedro después de haber lanzado ese hermoso grito del amor y del Deber, no dejó por eso de obrar como todos los demás, y negó á su Maestro á la primera pregunta de una criada.

¡Ay! ¡es verdad! Y eso es lo propio de la pobre debilidad humana el ver caer al primer soplo sus resoluciones más firmes y generosas. Pero no es á la debilidad humana á la que yo combato; antes bien tengo de ella gran compasión y la acojo con afectuoso compadecimiento. Lo que yo impugno es la cobardía y dejadez humana, esa dejadez que busca teorías para

justificar sus caídas, y no contenta con resbalar, pretende que es buen género de guerra el volver la espalda al enemigo.

¿Preferiríais vosotros á San Pedro respondiendo á su Maestro: «¡Ah!... ¡todos van á dejaros, Señor... entonces yo también quiero marcharme!?»

Por lo demás, calumniais á San Pedro, Él al primer choque del enemigo tiró valerosamente de la espada é hirió en la cabeza al representante del Sumo Sacerdote, fué menester que Jesucristo le contuviese, y que entregándose sin defenderse, se pusiera, por decirlo así, él mismo en manos de sus enemigos.

«¡Todo el mundo es así!»

Y en el momento mismo en que el hombre echa sobre sus debilidades ese miserable jirón para cubrirse, suscítase en su alma el recuerdo de un tiempo, tiempo feliz y bendito, en que él mismo, todavía fiel, no era así. En ese mismo instante se acuerda de todas las virtudes que ha encontrado en su camino, que ha respetado y venerado, y cuyo valor y honor envidia secretamente. ¡Tampoco eran así los que las practicaron!

¿Qué digo? si ahora mismo se le presentase la virtud, caería de rodillas delante de ella.

Máximo del Campo refiere que un día dos



Hermanitas de los pobres pidiendo para sus viejecitos se aventuraron á subir al piso de cierta casa y llamaron á una puerta desconocida. Salió á abrirles una confidenta, las introdujo y les dijo: «la señora va á venir.» Las Hermanitas contemplaron sin conocerlo aquel lujo provocativo que les rodeaba.

«La señora» se presentó con peinador blanco, los cabellos flotantes sobre la espalda, y en sus dedos y brazos deslumbradoras sortijas y brazaletes. Las sencillas religiosas, sobrecogidas, asustadas, retrocedían..., la pecadora ruborizada, con los ojos bajos, les dijo en tono de súplica: «Permitidme, os ruego, que os dé limosna,» y tomando de un velador un portamonedas le vació en sus manos; y como las Hermanitas temblando retrocedieran aún, se quitó sus brazaletes, se sacó sus sortijas y se las entregó; y luego cayendo de rodillas con lágrimas—que Dios ha recogido—besó el extremo de sus negros hábitos.

---

Derrotada en esas primeras tentativas la cobardía del hombre, emprende otro rumbo, atrevidísimo por cierto, y que si le saliera bien, resolvería radicalmente la cuestión á su favor.

Procura justificar el mal, demostrar que el mal no es mal, ó que al ménos no tiene ese carácter vergonzoso y repugnante que nos obliga á ruborizarnos de él.

Donde primero trata el hombre de llevar á cabo esa demostración interesada, es en su propio corazón, en el secreto de su conciencia. Y se comprende, porque con ella se vería libre de remordimientos. Y aquí tiene lugar un fenómeno psicológico notabilísimo. La razón del hombre en su plena luz es la que le ha dicho: «He ahí el mal; tú no puedes hacerle.» Pues bien, esa misma razón es la que siguiendo el impulso de la voluntad depravada, va á replegarse sobre sí misma, procurando con mil subterfugios contradecirse á sí misma y levantar nubes para que haya sombra y tinieblas allí mismo donde ella había difundido luz y claridad.

Que surta efecto ese trabajo subterráneo del alma, y el Deber se derrumbará y la pasión podrá desplegarle á sus anchas; por un maravilloso cambio de las cosas llegará á convertirse casi en virtud.

Mas ¿quién no ve que la razón no puede suicidarse de esta suerte? Por más que nos empeñemos en cubrirla con triple velo, ella le traspasará siempre y reaparecerá, como á través de las nubes por el más pequeño claro reapar-

rece el sol. ¡Cómo! ¿con que no podemos quitar de nuestra memoria el recuerdo de nuestras faltas, y habríamos de poder quitar de nuestra inteligencia la idea del mal?

Pero ¿sabéis lo que podemos? ¡Podemos cegarnos momentáneamente y aturdirnos!... Y ¡ay! ¡por desgracia en esto salimos demasiadas veces con nuestro empeño!

Uno de vuestros amigos á quien considerabais como un alma honrada y pura, sincera y deseosa del bien, de repente, como atacado de vértigo, cae, y tan bajo, que estupefacto ante esa caída os preguntáis: ¿Es verdaderamente él? ¿es él mismo?... Preguntadle después: «Estaba ciego, os responderá, y ahora que se me ha caído el velo de los ojos, me avergüenzo de mí mismo.» No miente, así es. En algunos momentos críticos, en vísperas de una ruina suprema, en esas circunstancias enloquecedoras en que á veces se encuentra uno en la vida, el hombre puede perder de esa manera la vista clara del mal, y ateniéndose á razonamientos absurdos y meciéndose en locas esperanzas, arrojarse en ellas inconsideradamente como se precipita en el mar un navío cuando naufraga.

Pero esa ceguera es momentánea... pronto se recobra la vista... «¿Qué es lo que he hecho, Dios mío? ¿qué es lo que he hecho?»

No, no. No se llega de ese modo á sojuzgar la conciencia humana; el buscar en el crimen la paz del alma se ve que es un recurso al cual bien pronto es preciso renunciar.

---

No pudiendo justificar el mal, ¿qué va á hacer el hombre?

Hace convenio con sus cómplices—convenio tácito ó expreso, es igual—conviene con ellos que en adelante se distinguirá entre mal y mal, y que se formará un catálogo nuevo de las debilidades de la voluntad humana. Y este catálogo será el decálogo del hombre puesto en lugar del decálogo de Dios. De este que en absoluto es demasiado molesto, se suprimirán ó al ménos se recortarán dos mandamientos, nada más; se dejarán los otros, y al Deber de este modo simplificado, se le llamará el honor, el honor mundano. Bastará ser hombre honrado en el nuevo sentido para reivindicar el respeto y la estimación, y no será menester más. Habrá recortes en la serie antigua del mal, y donde la antigua virtud cristiana decía: «Eso es malo,» se responderá en adelante: «¡Oh, no; ya es cosa admitida y corriente! ¡Eso es correcto!... No deja uno por eso de ser un hombre honrado á carta cabal!»

Aquel personaje ha engañado la sencilla credulidad de una joven, la ha adormecido en los sueños de un afecto pérfidamente representado á las mil maravillas, la ha hecho juramentos, mintiendo y sabiendo que mentía; después el mejor día la deja sumida en el fango, abandonada y envilecida; y él con la sonrisa en los labios prosigue su camino bajo las maldiciones de la infeliz.

Y mientras que la desgraciada, loca de desesperación y de vergüenza, correrá tal vez á buscar la muerte en la asfixia ó en el fondo de un río, él, el miserable, se paseará tal vez con la frente erguida envuelto en el manto de su honor.

Mirad este otro. La amistad le ha acogido en la confiada intimidad de un hogar dichoso y bendito, porque era puro y casto. Y él ha hecho traición á la amistad y ha sembrado caute losamente en aquel hogar la profanación y el deshonor. Ved, sin embargo, cómo continúa representando la comedia de la amistad... ved cómo su mano aprieta con efusión la mano de su amigo, cómo le mira con ojos inocentes y límpidos, cómo le sonríe con embelesante candor... ¡Oh manos hipócritas! ¡Oh labios y ojos pérfidos y traidores!

Un día estalla la tempestad; el infeliz ultra-

jado contempla su vida envenenada. ¡Necesita sangre!

Va á cruzar su acero.

¿Y el otro?

¿Creéis vosotros que se va á dejar matar?

En algunas novelas he visto que en efecto se deja matar. Pero en otras he visto que es él el que mata. Y si no me engaña la memoria, se juzgaba este desenlace como lamentable, pero correcto.

¡Oh! ¡Cuán repulsivos y repugnantes son á veces esos defensores del honor mundano!

---

Mas tampoco aquí se deja esperar mucho el castigo. El mundo había establecido esas facilidades del honor en beneficio de la consabida pasión privilegiada.

Sobreentendíase por supuesto entre aquellas gentes honradas de primera hora que no gozarían de semejante privilegio ni la mentira, ni la deslealtad, ni la traición, ni el robo, ni el asesinato.

Y ¿qué ha sucedido? Que sin tardar, viendo que arriba se desentendían tan fácilmente del Deber respecto de una pasión, abajo se han

desentendido con la misma facilidad respecto de las demás.

La etiqueta del honor mundano ha admitido poco á poco mil maneras de mentir, que se ha convenido en no llamar mentiras; mil maneras de engañar y hacer traición, que se ha convenido en que no sean traiciones ni engaños; mil maneras de robar, que ya no son robos; y algunos modos de matar sin incurrir en la nota de asesino. ¡Oh veneranda sinceridad de las palabras! ¿qué ha sido de tí?

Pero esta primera venganza del Deber ultrajado no es la única, y en ese mismo campo en que se le abandona, va á recobrar todos sus derechos, y esto de una manera muy sencilla.

Sucedé que un golpe de viento de contraria fortuna levanta á veces el manto del honor, y de repente aparece el hombre honrado al descubierto á la faz del sol. Ápodéranse de él la prensa, la opinión pública y á veces los tribunales. ¿Dónde se hallan entonces sus correligionarios? ¿van á protegerle con sus doctrinas y con la mano puesta sobre el evangelio de su honor van á levantarse para defenderle?... ¡Ah, Señores! todos los brazos se levantan para repudiarle y anatematizarle, todos le abandonan y se vuelven contra él.

Si al ménos ese infortunado se convirtiese, y

viendo las manos de todos levantadas contra sí, exclamase: «¡Vuestras manos!... ¿tan puras se encuentran vuestras manos?»

Hace muy poco tiempo, en un país vecino, á vista de revelaciones inesperadas, todo el pueblo se levantó como un solo hombre. ¿Cómo tan cerca de la cumbre de los puestos públicos había tomado asiento la concusión? ¿Cómo se vendían los cargos y los honores? Ya os acordáis, Señores, de la ola desbordada de aquellas indignaciones catonianas. Los viejos republicanos de Roma y de Atenas no habían conocido reprobaciones del mal tan vigorosas y retumbantes. Ciertamente yo no quiero justificar ni absolver nada, pero si á todos los rígidos y declamadores catones de entonces se les hubieran dicho las palabras de Jesucristo: «Que aquel de entre vosotros que se halle sin culpa arroje la primera piedra,» ¿creéis que hubiera sido preciso desempedrar muchas calles de la capital?

¿Y no es la condenación más sangrienta de esas teorías el ver á los que las invocan, para justificarse á sí mismos, repudiarlas cuando hay que juzgar á los demás?

---



La última venganza del Deber es más sangrienta y más completa todavía. Fuerza á los defensores de esas bellas teorías á ocultarse y avergonzarse de sí mismos.

¿Quién es el hombre que tenga el descaro de exponer en público los sofismas con que en secreto, en lo más recóndito de su corazón revisite y engalana al mal para hacérsele más aceptable á sí mismo?

Bien sé que en la intemperante fogosidad de la juventud, en esa edad en que los primeros vapores de la independencia oscurecen la mente y ciegan el corazón, en que ni la experiencia ni la edad han venido á deshacer las ilusiones y recobrar el respeto debido á las cosas, sé que entonces al salir de un banquete, en reuniones de confianza no se avergüenzan de presentarse al descubierto las teorías más locas y extravagantes... Del mismo modo que en un rincón de presidio, de garito ó de burdel se puede escuchar también á los dogmatizantes de esos lugares, glorificar el robo y el asesinato, las ganzúas del ladrón y el puñal del bandido.

Pero en público, de día, á la luz del sol, en presencia de una esposa, de una madre, de una hermana, ¿quién defenderá esas ignominias? ¿Quién se hará el apóstol de esas doctrinas?

¡Escuchad pues!...

Un día depositará Dios en los brazos de ese hombre una criaturita pura y sonriente, un hijo, una hija... y temblando á impulso de una emoción misteriosa, ese desertor del Deber sentirá de repente en su corazón como un hombre nuevo que renace. Ante ese niño, que es su hijo, todos los santos pudores que ha ahogado en su alma renacerán en toda su castidad angélica... él, que ya no sabía avergonzarse, bajará los ojos; él, cuyos labios se habían acostumbrado á todas las audacias, pondrá un triple freno á su lengua y una medida estrecha á sus palabras. No quiere que ni aun el soplo del mal desflore aquella inocente alma... ¡Ah! ¡es el alma de su hija, es el alma de su hijo; es preciso que esa alma se conserve pura, se conserve blanca, se conserve inmaculada!...

Y cuando llegue la hora de abrir á esa inocente alma las luces del Deber, ¿cuál pensáis que será el decálogo que enseñe ese padre á su hijo? ¿Será el decálogo abreviado del honor mundano, imaginado para su uso? ¡No! Será el viejo decálogo de Moisés y de Cristo, el Deber, todo el Deber, sin cobardes compromisos, sin desfallecimientos vergonzosos: el Deber íntegro y eterno.

Coppée, en uno de sus relatos, nos pinta un miserable borracho que todas las noches al en-

trar en su casa, golpeaba de lo lindo á su infortunada mujer: sus gritos y sus juramentos señalaban á sus vecinos la hora de su entrada. Un día hizo Dios que naciera un niño en aquel infierno... Cuando entró en casa el borracho, lanzó sobre la madre feroces miradas, y como ella retrocediera poseída de espanto: «¡No me pegues, le dijo, porque se despertaría el niño!»

Si yo pidiera á ese padre delante de su hijo que me demostrara sus teorías contra el Deber, también él me respondería con estas magníficas palabras: «¡Tengo miedo de hacer mal al niño!»

---

Eso es todo, Señores.

Acabo de manifestaros los únicos recursos que el hombre puede poner en práctica para escapar al Deber y conservar para sí mismo una apariencia de estima. Ya veis lo que valen.

Réstale pues decidirse á tomar su partido... Y por desgracia ¡ay! muchos le toman. Saciarse del mal sin disfraz, sin máscara, sin falsas cubiertas, bajo su verdadero nombre: el mal... y sentirse dentro de sí mismo deshonorado, envilecido, y en el silencio y en la soledad de la noche decirse á sí propio: «¡Oh! ¡no soy más que un cobarde, que un infame!»

Pero ¿sabéis lo que entonces queda también?

Una cosa muy normal, sencillísima y desgraciadamente inevitable.

Todos, querámoslo ó no lo queramos, los unos más lentamente, los otros algo más de prisa, todos confusamente mezclados caminamos á la muerte.

Yo os deseo, si así lo queréis, que dure largo tiempo vuestro viaje en ese tren antes de llegar al término. Pero hagáis lo que hagáis á él llegaréis un día.

Entonces se pondrá el sello sobre vuestra vida; sobre esa vida que os ha sido dada, ¿para qué?

¿Para hacer fortuna? ¡No!

¿Para dejar herencias cuantiosas á vuestros hijos? ¡No!

¿Para gustar el placer y saborear la embriaguez? ¡No!

¿Para cubriros de honor y de gloria? ¡No!

¿Para haceros ilustres en el gobierno de los hombres? ¡No!

Pues ¿para qué?

¡Para servir al Deber!

*Finis venit, venit finis.* El fin se acerca, exclama un antiguo profeta; el fin llega... llega el fin sobre vosotros. *Finis super te!* Voy á juzgaros según vuestras obras, y cargaré sobre

vuestros hombres todo el mal que habéis hecho: *Imponam tibi omnia scelera tua*. Mi ojo no os perdonará y mi corazón no tendrá piedad de vosotros, tendréis que responderme de vuestras obras. Y entonces sabréis que yo soy el Señor que castiga: *Et scietis quia ego sum Dominus percutiens*.

Os dije al principio que las vicisitudes del Deber á través de los siglos parecían humillantes. ¿Qué importa, Señores, qué importan esos siglos que pasan?... Dios ve desde lo alto pasar las generaciones de los hombres... los deja que se engolfen... los abandona á sus ensueños... es paciente porque es eterno, y porque su hora al fin y al cabo llega siempre.

---

#### SEÑORAS Y SEÑORES:

Dejadme, para terminar, recordaros un ilustre ejemplo en que se resume enteramente mi discurso.

Tomás Moro era canciller y guardasellos de Inglaterra, cuando Enrique VIII, para escaparse del Deber, imaginó el odioso proceso de divorcio, que debía desembarazarle de Catalina de Aragón. En el día mismo el canciller rompió

con su amo y señor, se despojó de sus cargos, y se retiró á la pobreza de su familia, arruinado, pero sin mancha, y fiel al ménos por su parte al Deber.

Ana Bolena se sintió obofeteada por aquel anciano que silencioso se retiraba de ella... bramó de cólera y se acordó de Herodías.

Después de dos años se impuso al desterrado el juramento al nuevo Estatuto del Reino. Este juramento violentaba su conciencia... El Deber se le apareció... y el anciano se inclinó ante él... Rehusar era la muerte... Y aceptó la muerte. Una real orden inspirada por Ana le condenó á la Torre de Londres. Fué preciso partir. En su casita de Chelsu vivía con su mujer, con sus hijos y con sus nietos, y sobre todo con su hija primogénita, aquella «muy amada Margarita,» la primera en su corazón. Había soñado vivir y sufrir ya que era preciso, pero... en medio de ellos, junto con todos ellos. «Somos pobres, escribía; mas aunque nos fuera peor, no nos separaríamos, iríamos cantando la *Salve* á mendigar, pero todos juntos.» ¡Y ahora era preciso dejar allí aquellos seres tan queridos!... No tuvo valor para afrontar la dolorosa pena de las despedidas... guardó secreta su condenación, y, llegado el día, contempló por última vez su pobre morada, dulce cuna de sus hijos, y por una

puerta del jardín salió y se alejó de aquel imán de su alma: á los cincuenta y cuatro años vino á constituirse prisionero en la Torre.

Tenido al principio incomunicado, un día le entregaron una carta, era de su hija, de Margarita... La abre, nota que está empapada en lágrimas, y en sus líneas amorosas escucha á su hija que le suplica con acentos que le desgarran; le conjura que ceda al rey, que pronuncie aquel juramento que debe salvarles á todos, y que, según ella cree, admite un sentido legítimo.

«¡Oh, hija mía, contestó Moro, el temor de morir no me aflige; pero tus lágrimas, que yo he sentido todavía húmedas, pero tu súplica, pero tu dolor... ¡Oh, cómo me desgarran el alma todo eso!... Margarita, mi querida hija, no puedo; mi convicción es inquebrantable: no puedo, no quiero faltar á mi Deber.»

«No tengo miedo á la muerte, pero el pensar que mi esposa, que mis hijos, que tú, Margarita mía, habéis de sufrir por mi causa, me espanta... ¡Oh, que Dios os proteja y que Él os bendiga!»

Poco tiempo después Margarita triunfante le anuncia que el Obispo de Rochester había suscrito la fórmula del Estatuto y prestado el juramento. Era esto una calumnia artificiosa de Cromwell.

«Hija mía, le respondió Moro, pobre inocente, tú no conoces la perversidad de los hombres. Te están engañando; Fischer, mi amigo, no ha cometido esa bajeza. Pero aunque la hubiera cometido, yo al ménos no la cometeré.»

En fin, el rey perdió toda esperanza de vencer aquel gran valor, y el 1.º de Julio de 1535, después de cinco meses de prisión, en la sala de justicia de Westminster, Moro fué condenado á muerte.

Precedido del verdugo, que llevaba vuelto hacia su cara el corte del hacha, bajo la custodia de Eduardo Kingston, que derramaba gruesas lágrimas, el heróico anciano regresó á pie á la Torre: marchaba apoyado en su bastón; sus cabellos se habían encanecido, su cuerpo se había encorvado bajo la bóveda de la prisión, pero su alma había permanecido valiente; marchaba sosegado y pensativo. De repente, junto al río, levanta la cabeza; su hija, su querida hija, Margarita estaba allí... Lánzase la infortunada en sus brazos, y á la vez se oyen estas exclamaciones: «¡Padre!» «¡Margarita!... ¡hija mía!...» La voz se extingue en los labios de entreambos, y ya no se escucharon más que sus llantos y sollozos... Ella cayó de rodillas; él la bendijo y prosiguió su marcha... Margarita sostenida por una criada fué poniendo sus pies sobre las pisa-



das de su padre en el largo trayecto de aquel calvario. Cuando se abrió la puerta de la cárcel, lanzando un grito desesperado la pobre Margarita, se arrojó por segunda vez al cuello de su padre... Aquel fué el último beso antes de la muerte; apartaron violentamente al uno de la otra, y la pesada puerta de hierro se cerró separándolos para siempre en este mundo.

Al poco tiempo vinieron á notificarle que había llegado su hora. Sobre un pedazo de papel escribió con carbón su última carta á su hija: «¡Adiós, Margarita, yo te bendigo, bendigo á tu esposo y á vuestro hijo, bendigo á todos mis hijos y nietecitos, y á todos mis amigos. Sé feliz, queridísima hija mía. Yo voy á morir fiel á Dios y al rey! ¡Que descienda sobre todos vosotros mi última bendición!»

Al pie del cadalso se detuvo para orar; después subió con paso firme, abrazó al verdugo, inclinó la cabeza y cayó el hacha.

Más de trescientos años han pasado desde aquella odiosa fecha. Y mirad, la Iglesia ha recogido aquella sangre y aquel cadáver, le ha colocado de pie sobre sus altares, y en todos los rincones del mundo los fieles postrados de rodillas ante aquel valiente, ante aquel siervo fidelísimo del Deber, se inclinan diciendo: «Bienaventurado Tomás Moro, rogad por nosotros.»

Y en todo el universo acuden á él los pueblos respetuosamente, y en nuestras antiguas catedrales, y en la pequeña iglesia de las aldeas, y en la capilla de bambú del África y de las Indias, vienen á besar las cenizas del mártir.

Yo quisiera saber quién es al presente el hombre de corazón libre y honrado que se descubre ante la tumba de Enrique VIII de Inglaterra, que vaya á besar el polvo de aquella mujercilla que se llamó Ana Bolena.

A. M. D. G.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

---

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdonés.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*

### Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.<sup>a</sup> parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.<sup>a</sup> parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

### Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*



## EL ESCLAVO DE LOS ESCLAVOS

*Iam non ut servum, sed pro  
servo carissimum fratrem.*

No veas en él á un esclavo,  
sino en vez de esclavo á un her-  
mano amadísimo.

S. PABLO Á FILEMÓN, v. 16.



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

EL ESCLAVO DE LOS ESCLAVOS

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

---

ES PROPIEDAD

---





SEÑORAS, SEÑORES:



la hora en que esto se escribe, se nota un movimiento de magnánima generosidad en esta ya vieja Europa. De repente se ha dado cuenta á sí misma de que todavía hay esclavos en el mundo, y ante este reto lanzado contra la civilización contemporánea, se estremece y se indigna. Quizás no sepáis de dónde la viene ese impetuoso arranque.

Livingstone había escrito sus viajes á través de África, y después de él otros muchos habían publicado los suyos. Todos á una contaban conmovidos é indignados los horrores de que habían sido testigos, á saber: hombres, mujeres y niños, acechados como si fueran aves de ra-

piña, conducidos como bueyes con cepos al cuello, puestos á subasta en la plaza pública, manoseados, pesados, comprados y vendidos como cualquier mercancía, y después puestos al yugo, castigados, agujoneados y, por último, degollados cuando y como le viniese en gana al dueño. Todo esto habían dicho y escrito en sus libros, y estos, vertidos á todas las lenguas, lo habían repetido por todos los cabos del mundo; mas la Europa continuaba dormida.

Solo allá, en lo escondido de su gabinete de lectura, se había indignado y estremecido alguno que otro amigo de la civilización moderna, y nada más; después de cerrar el libro, su compasión se apagaba, y su vida egoísta se contentaba con la primera novela del día que distrajese su atención de aquellos desgraciados seres. . . . .

El año anterior se conmovió Europa entera, pero fué por una fiesta. Iba la Iglesia á celebrar el jubileo del Papa, y por todas partes se recogían objetos preciosos, oro, plata, piedras, sedas, encajes; en todas partes se trabajaba para llevar tesoros á los pies del Sumo Pontífice: hasta aquellos hermanos nuestros extraviados, unieron con las nuestras sus ofrendas y dieron ciertamente al universo entero un espectáculo magnífico; pues mientras que el Empera-

dor de Alemania colocaba sobre la cabeza del Vicario de Jesucristo la tiara y triple corona, el Sultán, enemigo eterno del nombre cristiano, le ponía en el dedo el anillo de los Supremos Pastores.

Y hubo más aún. ¡Hubo todavía una cosa mejor, más grande, más hermosa y agradable á los ojos y al corazón de Dios!... La inspiración divina de aquellas mujeres brasileñas que vinieron á depositar á los pies de León XIII no oro, ni alhajas, ¿qué son ni qué valen las alhajas y el oro para quien sabe lo que son y lo que valen las almas? nada de esto, sino la libertad de ciento cincuenta esclavos.

¡Oh Jesús mío! Vos que amáis entrañablemente á los pequeñuelos y á los pobres; Vos que amáis á los esclavos, ¡qué bendiciones no habréis derramado sobre tan hermosas almas!

Aquí tenéis, Señores, de dónde vino ese arranque generoso de que antes os hablaba: de los sentimientos de esas mujeres.

Conmovido también, y hasta en las últimas fibras de su corazón el mismo León XIII, escribió por entonces á los Obispos del Brasil esa carta conocida de todos vosotros, de la cual brota un ¡ay! desgarrador; es el ¡ay! de un Padre pidiendo auxilio y favor para sus hijos encadenados. Mas tampoco fué esto bastante. Porque

á poco tiempo después, en la audiencia concedida á los Obispos de Africa, vió entre los *Padres blancos* unos pobrecitos negros rescatados, instruídos y bautizados por ellos. ¡Allí en presencia del Sumo Pontífice, arrodillados ante el trono y asustados por los esplendores del Vaticano, unos pobrecitos que acababan de dejar sus chozas de paja y follaje!

Sus manos de azabache, cruzadas sobre blanquísima túnica, imploraban socorro, á la vez que sus ojos le contemplaban extasiados y con una sencillez, en parte encogida por el temor, y en parte ensanchada por la confianza: les habían instruído de que aquel anciano de blanco ropaje era padre suyo como lo es nuestro.

El Papa se compadeció, y fijos sus ojos en el cielo, como herido repentinamente por un rayo de divina inspiración, estuvo largo rato hablando de la evangelización de los salvajes; luego, pasando á hablar con aquellos pobres esclavos y dirigiéndose al Cardenal Lavigerie: «Cardenal, le dijo, os encomiendo el cuidado de estas pobrecitas criaturas, y os encargo que las salvéis. Id por toda la Europa, predicad una cruzada; despertad las almas adormecidas y decidles lo que pasa en África, y que basta querer para dar fin á tantos horrores. Id en nombre de Cristo, cumplid vuestro encargo.»

El Cardenal vino, recorrió la Europa y predicó su santa cruzada.

Con que ya lo habéis oído, Señores. Habéis dado vuestro oro para una obra grande; muchos darán por ella su sangre, y la obra se hará. ¿Qué os parece? ¿Se llevará á cabo la empresa? Yo no quiero entrar en averiguaciones. Lo importante para un corazón generoso, no es salir con sus intentos, sino trabajar para lograrlos, y vosotros habéis puesto vuestro trabajo.

Ahora quisiera yo mostraros lo que han hecho otros en otras ocasiones en favor de estos dichos esclavos, y no os lo ocultaré; es un Santo el que voy á presentar á vuestra consideración... pero un Santo... que no es de diferente raza de la nuestra, sino de carne y hueso como nosotros... Lo que hizo él, podríamos hacerlo nosotros también; solo con que supiéramos sacudir nuestra pereza y animar nuestra cobardía.

Voy pues á deciros lo que hizo por los esclavos Pedro Claver, catalán, del condado de Urgél, que nació en el año 1584 y murió en 1654.

---

Para comprender la vida de este hombre, es menester, Señores, que apartéis del mundo de hoy vuestros pensamientos, y los fijéis en el

mundo de tres siglos más atrás; es menester que olvidéis por un instante las pequeñeces, los cálculos y el egoísmo de nuestra vida, y os acostumbréis á la grandeza de alma, al entusiasmo, á lo que de buena gana llamaremos nosotros locura caballeresca de la España antigua. Porque si no, os va á parecer lo que voy á deciros una leyenda fabulosa, ante la cual vais á reiros y á mover la cabeza, como nos refamos en el colegio cuando nos hablaban de los trabajos de Hércules.

La España de entonces era aquel imperio inmenso en que no se ponía el sol. Su señor, Felipe II, reinaba en Castilla, Aragón, Navarra; en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellón, Los Países-Bajos, el Franco Condado; en Cabo-Verde, Túnez y Orán, en toda la costa occidental de África. En América gobernaba Méjico y el Perú, Nueva Granada, Chile, Paraguay y La Plata; y las islas de Cuba, La Martinica, Santo Domingo, Guadalupe y la Jamaica de él recibían las leyes y ordenanzas.

Y mientras que sus mil y mil barcos surcaban los mares trayendo al abrigo de sus velas riquezas inmensas y los testimonios de la honra y bravura de los españoles, sus artistas y sus pintores, formados por los Leonardos de Vinci, los Miguel Ángel, Rafael, Ticiano y otros, en-

traban en la madre patria para fundar las célebres escuelas de Madrid, Sevilla, Toledo, Valencia, en las cuales brillan Velázquez, Rivera, Zurbaran, Alonso Cano, el divino Morales y tantos otros que sería prolijo enumerar, figurando á la cabeza de todos el incomparable Murillo.

Las Letras van aún más allá que las Artes. En el teatro se pone en escena la *Electra de Sófocles* y la *Hécuba de Eurípides*: Cervantes escribe su inmortal sátira: Lope de Vega es aclamado por el pueblo, y al pasar por las puertas del Palacio real tiene la honra de ser presentado por Felipe II con orgullo á sus huéspedes: Calderón y Ercilla, comparados á Virgilio por Voltaire; Herrera, Hurtado de Mendoza y Garcilaso de la Vega hacen de la literatura española la primera literatura de la época, y de ella tomarán Corneille su *Cid* y Molière su *Misántropo* y *Festín de Pedro*. España era realmente la reina del mundo.

Pues Señores, cuando la patria es grande, grandes hace á los corazones de sus hijos. «Cuando se mueve España, decía un proverbio, la tierra tiembla.» Bien sabéis aquella enérgica fórmula de los aragoneses con que coronaban á sus reyes: «Nosotros que separadamente considerados somos tanto como Vos, y en conjunto más que Vos, os hacemos á Vos rey. Si guar-

dáis nuestras leyes y nuestros privilegios, os obedeceremos; pero si no, no.»

Recordad el Cid, y en él encontraréis el fondo del carácter español de aquella época como de los anteriores, su valor y su necesidad de volar todavía más y más alto, y de hacerse aún más grande; allí encontraréis el amor delirante de su honra, el deseo de grandes obras y la ambición de gloriosísimas empresas, junto con la desdeñosa indiferencia á las riquezas y desprecio de los trabajos y de la muerte.

Al ceñirse la espada un caballero español, besaba su filo y la encargaba «defender bien su honra si la necesidad lo exigía,» y luego, sin importarle un ardite el peligro ni la muerte, y erguida la frente, emprendía presuroso el camino de los valientes.

Pues estos eran los tiempos, esa la atmósfera en que vino Pedro Claver al mundo.

---

Era de sangre noble, y por su padre emparentaba con los Requesens y con los Condes de Benavente. Mas nada tiene esto de particular, porque España era entonces el país de los Señoríos y de las Grandezas, y el más desaharrado militar quería que le llamasen «Caballero.»



Era pobre, y esto era ménos raro aún, mas no sufría la pobreza rayana con la miseria que de todo necesita, sino la pobreza que exige el trabajo. Por entonces no se cuidaba nadie en España de saber si un hombre era rico ó no; solo se indagaba si era valiente y de buena sangre, porque esto bastaba para ser tenido por honrado.

Para dar conveniente colocación á su hijo, contaban los padres de Claver con la prebenda de un tío suyo anciano, Canónigo de la Catedral de Solsona; porque entonces pasaban de uno á otro, como en herencia las mucetas, del mismo modo que pasan hoy las Notarías y las Farmacias. Seguros, por esta parte, de la carrera de su hijo, solo pensaron en formar bien su corazón, y se lo encomendaron con este objeto á los Jesuitas de Barcelona. Con ellos hizo sus primeros estudios, después de los cuales pasó á la Universidad de la misma ciudad, en donde recibió con grande aplauso y mérito sus grados.

¿Y hacia dónde se va á orientar ahora? ¿Ambicionará la gloria de las aventuras con expediciones á lejanas tierras? Pues un nuevo mundo le tiene abierto España, y aún resuena el eco de nombres ilustres de descubridores, Cristobal Colón, Américo Vespucio, Hernán Cortés... ¿Será la gloria y brillo de las armas? Pues es la

gloria de su tiempo, y entre su misma familia cuenta famosos capitanes, deseosos de apadrinarle en la Caballería. ¿Será el gobierno de los hombres, ó el ejercicio de alguna autoridad? Pues no le faltarán ocasiones ni probabilidades. ¿Ó será quizás el lauro del artista, poeta ó sabio á lo que piensa aspirar? Que alargue la mano y suyo será.

No, Señores... Nada de esto; la gloria que él desea y le encanta, señalada está en un diario de sus pensamientos que, respetado por el tiempo, ha llegado hasta nosotros. Oídllo bien:

«Quiero pasar toda mi vida trabajando por las almas de mis hermanos, salvarlas y morir por ellas.»

¡Salvar las almas hasta morir por ellas!

---

Y se va á poner á morir.

Primero, morir al mundo. Pide la tonsura clerical y demás órdenes menores al Obispo de Barcelona, el cual se las concede dando público testimonio de la virtud y ciencia del Ordenando.

Pero este sacrificio le pareció pronto muy pequeño. Quedábale morir á sí mismo, y pone su cuello bajo el yugo de la obediencia entrando en el noviciado de Jesuítas de Tarragona.

«¡Salvar las almas!» Es verdad, Señores; esto

y solamente esto es lo que todos deseamos cuando entramos en la vida religiosa. Mas al sonar la hora de emprender su conquista, nuestros generales señalan á cada uno la fila y el puesto, y aquel que soñaba con la conquista de la América, salvará quizás las almas regentando una clase de ínfima Gramática, desenmarañando algún teorema de Geometría, ó si se quiere, dando algunas conferencias. El mérito es igual.

Pero Claver lo entendía á la española. No había aún terminado sus estudios en la Religión, cuando ya suplica una, dos y tres veces á los Superiores, que le envíen á las Indias al servicio de los salvajes. Se lo niegan, pero él insiste, y cada vez con más ahínco en su petición. Finalmente, ocho años más tarde, el año 1610, recibió de su Provincial P. Villegas el permiso tan deseado: «Durante mucho tiempo me ha parecido conveniente detener á V. R.; pero no puedo ya retrasar más el cumplimiento de sus deseos. Saldréis desde Sevilla. Ruego á Dios que os bendiga.» Lee Claver esta carta, y salta de gozo, la llena de besos, y para deleitar con su lectura los oídos, la lee en voz alta; después, sintiendo no caberle dentro de sí el contento, corre á leérsela á sus hermanos, y estos viéndole tan alegre, le dan la enhorabuena por lo que él llamaba la mayor felicidad de su vida!

¡La mayor felicidad de su vida!... ¡Cómo, abandonar el suelo natal, su amada España!... ¡Dejar hermanos y amigos!... ¡Dejar padre y madre vivos aún!... ¡Sí! ¡Es menester que muera también este corazón; es menester romper esos lazos que aún sujetan al alma; es menester morir á todo esto!...

¡Ah, Señores!... ¡cuán duro es oír lo que acabo de deciros!... Sin embargo, prestadme vuestra atención.

Estaba un día predicando al pueblo Cristo Nuestro Señor en la Sinagoga, y he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera, y le querían hablar. Por lo que uno le dijo: «Mira que tu madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por ti.» Pero le respondió al que se lo decía: «¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?» Y mostrando con la mano á sus discípulos: «Estos, dijo, son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana y mi madre.» (Matth. XII, 46-50.)

¿Qué quiere decir esto, sino que cuando Dios llama hay que rasgar el corazón con el cumplimiento del deber, y partir aun á costa de la vida? «El que ama á su padre y á su madre más que á mí, no es digno de mí. El que ama

á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí!...»

Y cierto, Señores, ¿sabéis quién es el mayor enemigo de las grandes empresas y de las grandes resoluciones? ¡El corazón!

Acerca de esto ya os he dicho en otras ocasiones cosas muy agradables, y con esto podré deciros ahora algunas un poco amargas... Sí. El corazón, que aun con los afectos santos nos lleva, nos arrastra, nos cubre de redes, nos aprisiona con cadenas y nos tiene insensiblemente adormecidos en las delicias del amor, suavísimas, es verdad, pero con frecuencia personales y egoístas. Y cuando se desborda y corre hacia los amores culpables... ¡Oh entonces!...

¿Cuándo se olvida el fuerte Sansón de Israel y de su gloria? ¿Cuándo pierde su fuerza y queda debilitado por completo? Cuando con el corazón cautivo se va á beber el vino pérfido de Dalila. El valeroso David ¿cuándo se quedará cobarde y sin alientos, encerrado en su mancillado palacio, en tanto que sus soldados se dejan matar en las fronteras de la Idumea? Cuando el corazón, aprisionado por los ojos, le haga arrodillarse delante de la mujer de Urías.

Y notadlo bien; este sacrificio del corazón, aun en sus afectos más puros y santos, no se le pide Dios á sus sacerdotes y á sus apóstoles

únicamente; porque en ocasiones dadas se le exige también á todos los hombres de conciencia.

Cuando el grito de la madre patria llama á sus soldados á la batalla, ¿qué hacen los valientes? Dejan en sus hogares la esposa, los hijos y todo cuanto aman y, echando mano á su espada, gritan también ellos como Cristo: «Esta es mi madre, y estos son mis hermanos, y estos son mis hijos y mis hijas.»

Cuando la muerte diezma vuestras ciudades castigadas por la peste, ¿qué hace el médico corriendo de lecho en lecho y bebiendo cien veces la muerte? Dejar la esposa, hijos y cuanto ama su corazón, y gritar él también frente á la cabecera del agonizante: «Esta es mi madre, estos son mis hermanos, mis hijos y mis hijas.»

Y si no lo hicieran, ¿no los despreciaríais? Pues entonces, dejad partir á Claver en alas de la alegría de su alma.

Pero aquel su primer deseo, tan vasto, «salvar las almas hasta morir por ellas,» ¿cómo de repente se ha reducido y amenguado hasta señalar por límite de su celo las Indias... cómo? ¿Es este aquel celo que parecía abarcar al universo-mundo? Sí. Veámoslo.

Mientras estaba cursando los estudios pro-

pios de la Religión, fué enviado Claver á Mallorca para continuar allí la Filosofía. Vivía á la sazón en aquel colegio de Mallorca un religioso humilde y sencillo, el H. Alonso Rodríguez, encargado de la portería. Había pasado en el mundo sus primeros cuarenta años ocupado en los negocios del comercio; pero con la muerte de su esposa y de sus tres hijos por una parte, y yendo por otra sus negocios cada vez peor, se cansó de una vida tan llena de trabajos y molestias, como ingrata y poco afortunada. De aquí tomó ocasión para entregarse del todo á Dios, y lo hizo con tan gran generosidad, que desde el día y hora que entró en la Compañía vivió vida de santo, y ahora mismo es, juntamente con Claver, colocado sobre nuestros altares.

Este buen hermano vivía oculto en su aposento de portero, pasando las cuentas de rosarios y más rosarios, y abriendo la puerta y recibiendo á la gente; pero, como el resplandor de sus virtudes había pasado los humildes muros del colegio, en todas partes se le llamaba solamente el «santo portero de Mallorca.»

Al acercarse por primera vez Claver al colegio, sentía su corazón conmovido por saber que iba á ver á un santo. Abrióle Rodríguez la puerta y le recibió como á los demás compañeros de viaje; mas de repente y con soberana lumbré

vió, al contemplar á Claver, que á través de aquel velo de su cuerpo se descubría una alma grande y fervorosa, y cayendo de rodillas en su presencia le besó el pobre anciano los pies. Claver, conmovido y turbado con esto, cayó también de rodillas, y estrechando entre sus brazos al pobre portero, le abrazó tiernamente.

Desde este instante quedó establecida entre ambos grande y verdadera amistad. Todos los días, luego de oír las lecciones de Filosofía, se iba Claver á la celdilla del portero para conferir con él cosas celestiales y divinas, y hasta conseguía con sus ruegos que le diese el hermano por escrito sus apuntes espirituales.

Más adelante, cuando Claver se encuentre en medio de sus negros y desee fortalecer su alma y dar nueva vida á su espíritu, veremos al sacerdote, veremos al maestro de Teología ir en pos de aquellos amarillentos papeles que con letra temblorosa conservan las lecciones del portero.

Ya iba Claver dando feliz término á la Filosofía y acercándose el tiempo de la partida, cuando en una de aquellas largas y santas conferencias el anciano hermano habló á Claver de las Indias, y entonces sí que fué fervoroso y conmovedor su discurso. «Pedro, Pedro, le dijo: ¡Cuántos pueblos se pierden por allá, por no



ofrecerles una luz que los guíe! ¡Cuántas almas perecen... no porque ellas se quieran perder, sino porque nadie se toma el menor trabajo por salvarlas!... ¡Se temen las molestias de buscarlas y no se teme el crimen que se comete con abandonarlas! Por muy salvajes que parezcan aquellos hombres, no son sino diamantes, en bruto ahora, es verdad, pero cuya hermosura resarcirá con creces el trabajo que cueste pulimentarlos... ¡Oh hermano carísimo de mi vida, qué campo tan vasto se abre á vuestro celo! ¡Si la gloria de Dios os mueve algo, id, id á la India. Si amáis á Jesucristo, marchad á la India y recoged la sangre santísima que por allí se halla derramada.»

Con el corazón muy conmovido oyó Claver este discurso, porque en este discurso de su amigo queridísimo oyó la voz de Dios; así que no se negó á aquella exhortación, y como ya queda dicho, se dirigió al puerto de Sevilla.

---

En el mes de Abril del año 1610 se hizo á la mar. Ahora quizás no emplearán nuestros vapores quince días en hacer el trayecto de Sevilla á Cartagena de Indias; pero al pésimo velero en que iba Claver le fueron menester varios meses.

Entonces contaba Claver veinticinco años, y los retratos que de él han llegado hasta nosotros nos le presentan esforzado, robusto y enérgico: su rostro regular y perfecto, iluminado por ojos grandes y negros, por los cuales brota el fuego de su alma; y en fin, desde luego se echa de ver la entereza vivificadora de un cuerpo vigoroso y fuerte, en el cual hierve sangre española.

Traed por un momento, Señores, á vuestra memoria, de qué manera se presentaba á vuestra imaginación la vida á los veinticinco años, al abandonar las aulas universitarias. ¡Recordad, recordad los sueños del porvenir que pasaban vagamente por el horizonte de vuestra imaginación! ¡Qué entusiasmo, qué encantos! ¡Y qué fáciles se os hacían sus empresas!... ¡Cómo os acariciaba y mecía la ilusión con sus encantadoras esperanzas!...

¡Pues también tiene sus sueños Claver, y también pasan, van y vienen por su imaginación semejantes fantasías! ¡Son los negros, son los salvajes!... ¡Ellos son su amor! ¡Ellos son su encanto! ¡Su porvenir, su vida son los negros, pero los negros en cadenas! Y de pie, en el puente del navío, impaciente dirige su vista allá lejos por todo el horizonte, á ver si descubre alguna bruma, indicadora de la deseada costa de Cartagena, «¡Tierral ¡Tierra!» anuncia el vigía desde

lo alto del bauprés! ¡Oh! ¡Cómo se agita entonces el corazón de Claver, y cómo parece que le va á ahogar la alegría!

En fin, que llegó ya la hora; la chalupa ha tocado en tierra y el pie de Claver sus tan deseadas Indias, y de rodillas, en medio de inefables lágrimas, baja Claver su frente y besa aquella tierra en que en adelante va á vivir y morir por el esclavo!...

No era la bondad del clima ni la fertilidad del suelo lo que llevaba á los españoles y europeos á Cartagena, porque el clima es mortal y el suelo estéril; sino que aquella costa, bañada por las aguas del gran golfo de Méjico y puesta al abrigo de todas las borrascas del Atlántico por la maravillosa faja de las islas de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, hacía de Cartagena un puerto seguro y de fácil entrada para todas las embarcaciones de España y de toda Europa. Allí desembocaba sus aguas el caudaloso Magdalena, y las naves que le recorrían dejaban un reguero de plata y oro procedente de toda la India. Allí, en Cartagena, se habían establecido los almacenes de toda la América meridional.

Pero ¡ay! que no venían solos el oro y la plata.

Por aquella época en que desembarcó Claver, se vendían públicamente de 10 á 12.000 negros al año por término medio en aquella ciudad. Solían llegar aquí estos negros del Congo, de Angola, de las costas de la Guinea y aun del interior del África, de la Mauritania, de Arda y de Mina. Envueltas en continua guerra las naciones vecinas, se los cogían prisioneros á sus enemigos y los vendían después á los armadores á cambio de un poco de vino ó de unos trapos, ó quizás de algunas gargantillas de ningún valor; los cuales armadores volvían después á venderlos, como en montones, á otro comerciante por valor de unos cuatro escudos. Los mejor formados, los más negros y los más robustos llegaban á valer unos 200 escudos en los mercados de Cartagena.

¿Habéis visto, por ventura, Señores, cómo se cargan en nuestros puertos los rebaños de carneros?... Pues de esa manera se cargaban entonces los negros. Atados de pies y manos, se los echaba en número de 200 ó 300 en lo más hondo del navío, y allá, unos sobre otros, en confuso montón, se los obligaba á pasar la travesía. Pero... no os admiréis y tengáis esto por cosa que ya pasó.

Quizás no han pasado quince días desde que el príncipe von Bismarck daba cuenta al Parla-

mento de Alemania de que acaba de capturar un crucero á un buque negrero. En la bodega de este yacían los pobres esclavos colocados en tres filas sobrepuestas. Extendían por encima una vela, y allí sobre ese colchón de carne humana dormían los árabes durante la noche, y paseaban y danzaban durante el día. ¡Ah! ¡Nada tenemos que envidiar á los tiempos de Claver!

Así pués se los echaba en aquellos navíos á los pobrecitos negros. Si moría alguno, allí se dejaba corromper su cadáver. Luego, á la llegada, los sacaban de aquellas estancias y los lavaban, por si de esta manera podía subir el precio de la mercancía.

Sin duda que su suerte parecía mejor cuando eran vendidos, porque su dueño los trataba como se trata á un buey ó á un caballo á quien se cuida para que dure mucho tiempo, y representaban un capital que se podía hacer producir. Sin embargo, sucedía, Señores, con ellos lo que sucede con los pobres caballos de los coches de alquiler (los cuales también representan un capital productivo). ¿Cómo los trata su amo? Pues así trataban también á los negros...

Con el látigo en la mano, se los llevaba á trabajar en el campo ó en las minas, y se calculaban sus golpes de modo que ni se desgarrase demasiado con el azote la piel, ni se rompiese

con el palo algún hueso. En una palabra; ¿queréis saber de un modo gráfico la suerte de los esclavos por medio de un proverbio contemporáneo frecuente entre ellos? «El amo es el cuchillo, dicen, y el esclavo la bestia.»

Pues á estos pobres, á estos despreciados, á estos vendidos, á estas bestias domésticas va Claver á entregar su amor. Parece que el corazón se va naturalmente en pos de tanta miseria, y que nosotros hubiéramos también tendido nuestros brazos y abierto nuestro corazón á tan desgraciados seres. Mas no nos engañemos. La esclavitud de los negros estaba entonces admitida, era una costumbre, y aun las almas sensibles la reconocían como legítima. Con tal de no pasar ciertos límites de crueldad y barbarie en el trato de los negros, nadie encontraba en ello cosa reprensible y nadie se compadecía de ellos... Hay más, Señores, y es menester reconocerlo; á nosotros, europeos, á nosotros, blancos, no nos es simpático el negro.

Su color, los rasgos de su cara tan poco conformes con nuestras ideas estéticas, un yo no sé qué de degradación que se lee en todo su rostro, lo estúpido de su mirada, lo desmazelado y pesado de su actitud, el pudor tan rebajado que á nuestra delicada vista parece desvergüenza y descaro, sus hábitos tan groseros, sus feas

costumbres y sus pasiones tan de bestia, ¿no es verdad que todo esto es el negro y tal como nos le pintan nuestras historias?

Pues bien: ahí los tenéis. Acaban de sacarlos de la inmunda bodega del navío en que han estado enfangados por espacio de los dos meses que ha durado la travesía. Allí están tirados como maletas en la playa; unos de pie, otros sentados, acurrucados muchos y todos juntos en círculo, cercados y vigilados por guardas, que andan en su derredor como perros alrededor del rebaño acorralado.

¡Oh Claver! ¡Ven, que aquí están tus predilectos!...

---

En su misión de esclavos tuvo Claver un maestro, el P. Sandoval. Con este guía, con la antorcha del ejemplo y de la caridad se encendió el amor de Claver. Vió entonces de cerca á los que amaba y á cuyo servicio quería dedicar su vida: si en sus sueños se había mezclado alguna ilusión, ahora desapareció. Porque vió al desnudo lo que había de ser una vida del todo consagrada, sin descanso, sin tregua y sin lagunas, á estos desgraciados y miserables... Los vió tales cuales eran, sucios, repugnantes, degradados, engañadores, y á la vista de todos,

lo último de la especie humana. Vió que sus fuerzas se iban á consumir en una labor sin gloria ni atractivos, vió cuánto le iba á costar entregarse á los negros...

Y por supuesto, Señores, que delante de esta visión hizo el tentador (si no retrocedió en presencia de Cristo, ¿cómo había de retroceder en presencia de Claver?), hizo el tentador pasar otros cuadros: la vida risueña, cómoda y regada que había dejado allá lejos en su querida España.

¡Oh! ¡y qué encantadora era esta visión! Porque todos los encantos del mundo se le ofrecían para derribarle. La fortuna se le aparecía de nuevo y le cercaba con las delicias y regalos de una vida que comienza en cuna de flores y acaba en lecho de rosas. Pero Claver había ya renunciado á las comodidades y regalos del oro. ¿No era ya esto bastante?... La gloria se le presentaba radiante y purísima; le tejía coronas y le llevaba al oído la dulce armonía de los aplausos y de los triunfos... Pero Claver había renunciado á la gloria mundana. ¿Tampoco era esto bastante? ¿Había de enterrarse su talento, su ciencia y todas las cualidades de una alma privilegiada, en las chozas y establos de los negros?... Se le aparecía el cariño y presentaba á su amante corazón un nido glorioso de purí-



simos afectos, y erigía á su vista el altar del hogar doméstico en que á la luz de purísima llama se estrechaban como en guirnalda de ángeles, dorados y bellísimos niños... Pero Claver había ya renunciado á esas alegrías tan dulces y tan encantadoras del corazón: Claver vivía ya retirado en la fría soledad de una celda silenciosa y triste. ¿Aún no era esto bastante? ¿Era menester más aún? Sí. Faltaba aún abrazarse, desposarse con la abyección y miseria de esos negros; faltaba escoger sus amigos predilectos entre esos seres desgraciados y doblegar su corazón á latir solo por ellos... ¡Después de tantos y tan grandes sacrificios, bien podía Dios exigir de un corazón de hombre anonadarse hasta una humillación tan repugnante!

Había pues llegado para Claver la hora solemne, y se iba á cerrar para él el largo período de nuestras pruebas de religión.

Todo lo había visto Claver, y con el corazón tranquilo y palpitante como de ordinario, y con la mano firme y asentada, humilla su frente bajo el cuchillo de las víctimas, y escribe: «Yo, Pedro Claver, prometo á Dios todopoderoso, delante de la Virgen, su Madre, delante de toda la corte celestial, delante de todos los que me rodean... guardar para siempre pobreza, castidad y obediencia...»

Debajo y de su puño y letra, firmó: «Pedro Claver, esclavo de los esclavos, hasta la muerte.»  
Ahora vais á ver cómo lo entendió.

---

Luego que se daba en el puerto de Cartagena aviso de haber llegado algún navío cargado de negros, inmediatamente se lo comunicaba al colegio de la Compañía el gobernador. Claver con esto empezaba su obra y salía á recorrer toda la ciudad pidiendo á sus amigos dinero, bizcochos, conservas, frutas, tabaco, ropas y una infinidad de chucherías de ningún valor para los europeos, pero de mucho contento y regalo para los pobres salvajes. Con todas estas limosnas cargaba al hermano que solía acompañarle; luego se cargaba también él, y encorvado por tanto peso y rendido por la carga, corría al puerto en que había de desembarcar el navío.

Después de haberse colocado todos estos pobrecitos esclavos en la playa, dábales Claver refrescos, los lavaba, les limpiaba las heridas, y como venían con las manos atadas, llevábales él mismo la comida á la boca. Extendía el manto en el suelo, y lleno de ternura sentaba sobre él á los más enfermos, y muchas veces los llevaba en brazos hasta la camilla en que ha-

bían de ir al hospital. Si durante la travesía habían nacido algunos, á estos antes que á ningún otro atendía, los acariciaba, y en brazos de sus propias madres les administraba el santo Bautismo.

Mas, ¡con qué amor hacía todo esto! ¡Qué sonrisa tan celestial! ¡Qué delicadeza, qué términos! No es extraño que estos salvajes sin conocer la lengua de Claver, pero adivinando los sentimientos de su corazón, y atónitos de encontrar amor en uno de aquellos blancos que ejercían con ellos tanta crueldad, le abrazasen también ellos y derramasen lágrimas de amor y agradecimiento por sus negras mejillas. ¡Oh lágrimas dichosas de los negros! ¡Qué bien las recogía su Dios y su Redentor!

Después de haberles repartido todas sus provisiones, valiéndose Claver de algún intérprete, ó en su defecto, por signos, comenzaba á instruir á los negros en la fe y les hablaba de las esperanzas divinas, únicas que aún podrían quedarles acá en el mundo.

Luego, á la hora competente, los colocaba en filas el negrero para llevarlos á la ciudad, y hasta el día y hora del mercado los tenía almacenados como cualquiera otra mercancía.

Claver se presentaba después en medio de ellos, y continuaba su obra de civilización, con-

solando á los que lloraban, fortaleciendo á los que habían perdido toda esperanza, ayudando con su propia mano á los débiles ó jóvenes: y cuando se levantaba el látigo del negrero sobre las espaldas del esclavo, corría Claver á interponerse. Y... el látigo, en vez de acardenalar las espaldas del negro caía al suelo de las manos del negrero. Porque, ¿habéis visto los ojos de una madre cuando trata de defender á su hijo? ¿Habéis oído su voz? Pues tal era la mirada y tal era la voz de Claver; y ante esta mirada y á esta voz, aquellos vendedores sin entrañas, temblaban.

Volvía al día siguiente á hacerles otra visita y otra instrucción, pero cargado también de nuevas y frescas provisiones; y así continuaba, hasta que en el día del mercado eran vendidos. Pero entonces no se apartaba de allí Claver, con objeto de tomar nota del comprador y de su domicilio y no abandonar á sus negros, á los cuales continuaba visitando y socorriendo en casa de los nuevos dueños, reuniéndolos en la iglesia del colegio, instruyéndolos en la doctrina cristiana y preparándolos debidamente para las funciones solemnes... Qué, ¿no era este su pueblo? ¿No eran estas sus ovejas? ¿No eran estos los únicos queridos de su corazón?

¿Y sabéis cuántos de estos pobres negros

llegó á bautizar en los cuarenta años que vivió consagrado á su servicio? Pues más de 300.000.

---

En el espacio de tiempo que mediaba entre un viaje y otro de los navíos negreros, pasaba Claver los días visitando de choza en choza á sus pobres negros. En estas correrías apostólicas solía llevar en la mano un bastón en forma de cruz, sobre el pecho un crucifijo de bronce, y á la espalda una alforja llena de provisiones para estos desgraciados. Iba acompañado de un intérprete, y tan de prisa, que muchas veces tenía que moderar su paso á instancias del compañero, y según cuenta su biógrafo, solía rendir en un solo viaje á cuatro ó cinco acompañantes.

No dejaba á ninguno sin visitar, á todos los consolaba y particularmente á los abandonados.

¡Ah, Señores, los abandonados!

En tiempo de la Roma pagana, cuando no podía un esclavo prestar ya servicios á causa de su mucha edad, se le arrojaba al Tiber ó á un estanque para alimento de los peces, que eran sabrosísimos á los glotones de entonces, cuando estaban cebados con carne humana.

Cuando el soplo vivificador de Cristo ha pasado por una tierra, no son ya posibles en ella

tales horrores. En Cartagena no se mataba á los negros inútiles y ancianos, pero se los abandonaba, y vivían el resto de la vida pidiendo limosna. Por cierto que entre estos abandonados hay uno que nos pinta la vida de Claver.

El pobre negro se había refugiado en una miserable choza, abandonada también como él, y no tardó mucho en quedarse encerrado en ella, sin poder salir á causa de su mucha edad. Descubrióle Claver, y le adoptó verdaderamente por hijo. Todas las semanas iba á visitarle y á llevarle las provisiones necesarias; le cogía en brazos, le sentaba sobre su mismo manteo mientras que le arreglaba la cama, y luego le volvía á acostar. Comenzaba después á barrer y arreglar aquella miserabilísima vivienda, cada vez más arruinada por las aguas y los vientos, y no se salía ni abandonaba á su negro hasta no estar seguro de que, mientras él volvía la semana siguiente, había de visitar á su ancianito alguna alma caritativa de por allí. ¿Y sabéis, Señores, cuánto tiempo estuvo así Claver?... ¡Catorce años! Por espacio de catorce años estuvo Claver visitando semanalmente esta choza miserable.

Muy de madrugada, antes de sus expediciones, y por la noche después de su vuelta, se sentaba Claver en el confesonario, pero siempre para oír á sus esclavos. Ocurría muchas veces,

que atraídos los españoles por la fama de santidad de Claver, le rogaban que dirigiese sus conciencias, pero él se excusaba diciendo: «No, yo soy el confesor de los negros.» Y si insistían en su petición ó acudían al Superior, y se veía por obediencia obligado á ceder, ponía á estos ricos una terrible condición. Por grandes y ricos que fuesen los hombres, y por distinguidas y delicadas que fuesen las señoras, todos habían de dejar pasar delante de sí á los pobres negros, y no se habían de presentar hasta después del último esclavo.

---

Como era de temer, la vanidad de muchos se ofendió. Con este motivo hubo entre algunas señoras de alto rango que creían hacer mucho, quizás demasiado, con visitar á su Dios en su templo, un verdadero complot. Pretextaron que quedaba apestada la iglesia con la presencia de los negros, que en ella no se podía orar, y que esto equivalía á echarlas del templo. ¡Ellas... despedidas de la iglesia! ¿No se podía enviar á Claver á alguna de las chozas lejanas, para que viviese en ella con sus negros? Á lo ménos, allí no molestarían á nadie, y la iglesia del colegio quedaría así reservada para los cristianos de más alto rango, de mayores derechos en la tierra, y

por lo mismo de mayores derechos, como esperaban, en la corte del cielo.

Pero Claver se limitó á contestar: «Mis negros están lavados con la sangre de Jesucristo, y son hijos de Dios por los mismos títulos que ellas.» Y, francamente, lo confieso con noble orgullo, no he visto en ninguna parte que por esto le reprendieran los Superiores.

No creáis, Señores, que esta fué la única contradicción que experimentó el Esclavo de los negros. Porque los mismos dueños de aquellos infelices á quienes echaba muchas veces en cara con libertad apostólica su crueldad é inhumanidad, le llenaban á menudo de injurias y aun le maltrataban: veces hubo que le golpearon desapiadadamente los libertinos porque les arrancaba de entre sus licenciosas garras á las pobrecitas negras. Pero Claver se dejaba maltratar... ¿Qué le importaban tales golpes y la sangre que por ellos derramaba? Con ella había salvado á una esclava, á una pobre, á una desgraciada. Y ciertamente no le parecía que compraba caro la inefable consolación de hacer tanto bien.

Hasta sus mismos hermanos llegaron á mojetar aquel celo de indiscreción y locura; llamábanle maniaco é iluso; acusábanle de que perdía el tiempo y de que ponía en movimiento toda



la casa; y hablando un día Claver de un negrito, como dijese «mi negro,» un P. Provincial—Dios no se lo tome en cuenta, si no lo hizo por probar su virtud—le reprendió ásperamente, recordándole el voto de pobreza.

Lo odioso y repugnante de sus queridos negros se dejaba ver hasta en su propia persona, y parecía que pertenecía á la misma clase que ellos y que no se le debía guardar ninguna consideración. ¡Tanto era lo que con los negros se había identificado!

Un día que estaban los Padres discutiendo sobre una cuestión harto espinosa de teología, como diese Claver con mucha modestia su juicio, uno de ellos llegó en el calor de la disputa hasta decirle: «No se meta V. en teologías, P. Claver, que apenas sabe V. latín; ocúpese con sus negros.» Claver entonces bajó los ojos y calló.

El calor de la discusión obliga muchas veces á disculpar ciertas expresiones, y no me atreveré yo á tasar la gravedad de la falta en las palabras que acabáis de oír. Pero soy franco, deseo ver el día del juicio qué figura hará allí aquel tan excelente mandarín de Literatura latina y silogismos teológicos.

¿Y os parece que se desanimaba Claver con estas contradicciones y desprecios? Vamos, que

entonces no conocéis á los Santos. Claver tenía, sí, sumo cuidado en no disgustar á su Dios, pero muy poco, y á veces ninguno, en agradar á los hombres; dejaba pasar la tormenta, y luego proseguía su camino.

Hay en la vida de este hombre un rasgo que siempre me ha llamado la atención por traerme vivamente á la memoria un admirable rasgo de amor de San Pablo. Claver, este hijo obediente, este religioso observante, este «bastón de hombre viejo,» este cadáver, *perinde ac cadaver*, este jesuíta, en una palabra, porque todo esto es un jesuíta ¿no es verdad? tenía cuando se trataba de la gloria de Dios ó de la salvación de sus prójimos, hermosos arranques de santa independencia.

Había sido condenado á muerte un monedero falso, español, y pidió por favor le auxiliase en tan funesto trance el buen P. Claver, el cual puso en esto todo su empeño. Cuando le estaban levantando en alto se rompió la cuerda, y el reo cayó al suelo. Corrió entonces Claver hacia él, le cogió entre sus brazos y le colmó de caricias; mientras le tenía fuertemente estrechado entre sus brazos y descansando sobre su corazón, le echó el verdugo por segunda vez la cuerda al reo. No faltaron sacerdotes escrupulosos que dijeron á Claver que aquello era ayu-

dar al verdugo, y contribuir con él al homicidio, y, por tanto, que incurriría en las censuras eclesiásticas.

«¡Qué me importa si con ello salvo yo esta alma!» contestó Claver. Y como se rompiese también esta segunda cuerda, por segunda vez volvió á abrazar á la víctima con las mismas demostraciones de cariño que antes.

¡Oh! ¡Sí! Así exclamaba San Pablo: «¡Que sea yo anatema por Cristo, á fin de salvar á mis hermanos!» (1).

---

Mas continuemos, que todavía no está dicho todo, Señores.

Estos negros que, según os he dicho, llevaba en brazos Claver hasta la camilla que los había de dejar en el hospital, ¿quedaban ya abandonados de Claver? ¿Dejaba abandonados aquellos que los mismos dueños enviaban allí por enfermos, para librarse del trabajo de cuidarlos ó de darles sepultura? ¿Abandonaba Claver á los que por leprosos ó apestados eran enviados á mise-

---

(1) *Optabam ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis.* Rom. ix, 3.

rables chozas, lejos de la ciudad y cerca de los bosques?

¡No! Demasiado lo adivináis, ¿no es verdad? Pero lo que no adivináis, lo que ni aun sospechar podréis, es lo que me falta por deciros. Escojo dos hechos de los mil que pudiera citaros.

Visitaba con toda puntualidad los dos hospitales que había en Cartagena, y en ellos se empleaba con los negros en los oficios más bajos y humildes, siendo siempre preferidos los más enfermos y asquerosos. En el de San Sebastián se encontró con uno tan cubierto de llagas que se le caía á pedazos la carne, al cual habían puesto, fuera del edificio, en una especie de cobertizo bastante elevado del suelo, con el objeto de evitar á los demás las molestias del irresistible hedor que despedía. Para llegar donde él estaba, era preciso subir por una pésima escalera. Claver se comprometió á socorrer á este enfermo de quien todos huían, y durante varios meses se le veía subir tres y cuatro veces al día aquella peligrosa escalera, para asistir y consolar á su pobrecito negro, lavarle, barrer su vivienda y hacerle la cama.

Había para el servicio del colegio un negro atacado de una enfermedad repugnante, y ya se trataba de enviarle al hospital; ¡tan molesta y asquerosa era su estancia en el colegio! Pero

Claver alcanzó permiso para asistirle en su propio aposento. Púsole desde luego en su misma cama, durmiendo él en el suelo apoyada la cabeza sobre una tabla; todos los días le curaba y atendía como una madre, hasta que al cabo de cuatro meses le vió espirar entre sus brazos.

Donde los más valientes y animosos desfallecían, Claver se sentía con más valor y jamás retrocedía; sus compañeros huían y hasta se desmayaban de horror, pero él avanzaba siempre.

Habían colocado en una choza unos cuantos negros atacados de viruela. Allí voló enseguida Claver, acompañado de una intérprete animosa, llamada Magdalena Mendoza. Entra, quiere asistir cariñosamente á uno de aquellos enfermos, tendido en el suelo; pero en el momento de cogerle entre sus brazos, se extendió por toda la choza un tan pestilencial olor que no pudiendo Magdalena con ser tan resuelta resistirle, lanzó un grito de espanto y huyó. Claver continuaba sus oficios de enfermero con no menor diligencia; pero como no se podía hacer entender de este enfermo salió, y en actitud suplicante: «¡Volved, exclamó, volved, Magdalena, en nombre de Dios; son hermanos nuestros!» Obedeció la esforzada mujer, y cuando entró segunda vez en la choza vió... vió á Claver in-

clinado hacia los moribundos y venciendo la horrible repugnancia de la naturaleza, besar con ansia las llagas de aquellos miserables y pobrecitos negros, como sin duda no lo hubieran hecho sus propias madres.

¡Oh, Señores!... Cuéntase de la reina Isabel, la santa predilecta de Montalembert, que visitando un día á un leproso y descubriendo á Jesucristo bajo la horrible miseria de aquel cuerpo hediondo, se inclinó hacia él y puso sus castísimos labios en aquellas asquerosas llagas. Lo mismo se cuenta de Santa Catalina de Sena, y lo mismo de San Francisco Javier y de algunos Santos más...; y cuando el amor del prójimo ha llevado á las almas hasta el vencimiento de estas grandes repugnancias de los sentidos, publica la Iglesia en sus anales estos rasgos de verdadero y sublime heroísmo! ¡Pues lo que ellos han hecho una vez, Claver lo ha practicado cien y cien veces, y no con blancos solamente sino con negros, y no con libres sino con esclavos!

¡Oh! Bien sé que se sobresalta vuestro corazón y se rebelan vuestros sentidos. ¡No podéis vosotros comprender lo que él hacía, y quizás

interiormente me estáis rogando que no pase más adelante!

¿Y qué, creéis vosotros, por ventura, que esto no le costaba á él, y que no se sublevaba su corazón y que no le temblaban las carnes? ¡Ah, no!

No se despoja uno, así como quiera, de la naturaleza humana; no llega el alma á matar el cuerpo hasta ese punto... Pero sí le doma, le sujeta, le vence, y voy ahora mismo á deciros á qué precio.

Llegó un día á Cartagena un navío cargado de esclavos. Durante la navegación se desarrolló entre ellos la viruela negra (siempre esta horrible enfermedad), é hizo tales estragos que no se pudo ni siquiera pensar en desembarcar aquel montón hediondo de muertos y moribundos; de modo que el navío tuvo que retroceder hasta una isla próxima, y allí se dió tierra á aquella podre humana.

Sábelo Claver... corre..., pero ante espectáculo tan repugnante, sublévasele el corazón, vuelve instintivamente la cabeza, se le caen los brazos y retrocede. ¡Por primera vez se ha encabritado el caballo al sentir la espuela de su dueño! Un momento tan solo le fué menester á Claver para rehacerse. Lleno de vergüenza se echó á llorar, y retirándose después á un rincón, soltó

el manteo, se desnudó las espaldas, y asiendo con mano vengadora el azote de su disciplina, comenzó á descargar crueles golpes sobre ellas, hasta derramar sangre en abundancia... Domada de este modo la rebeldía de su carne, tornóse á vestir y á presentarse á los enfermos, y de rodillas les fué pidiendo perdón, besándoles con fervor uno á uno y saboreando entre dulzuras los horrores de aquella victoria.

Aquí tenéis, Señores, cómo vencía la repugnancia de sus sentidos y los procuraba tener en su punto, y de qué manera ponía su cuerpo y toda su parte inferior á los pies de la superior y á disposición de su alma. Aquí tenéis hasta qué grado amaba á sus esclavos... Porque, vamos, no me lo negaréis; ¿es esto amar, sí ó no?...

Pero veo que asustados me decís: «¿Qué, nos pide á nosotros Dios esas humillaciones sin nombre, y esas victorias tan horribles?»

¡Oh! ¡No, Señores, no; esto lo pide solamente á los héroes!

«¿Y era necesario todo eso? ¿No podía, por ventura, servir Claver á sus esclavos negros, sin la locura de aquellos besos y abrazos tan repugnantes?»

Ciertamente que sí podía; sin embargo, ¿no eran necesarios?

Preguntad, si no, á una madre porqué cuando



cae enfermo y está padeciendo su hijo, porque se apresura y corre al lecho de su niño, y en aquella frente abrasada de la calentura, ó en aquellos diminutos miembros doloridos ó llagados, extiende el suavísimo bálsamo de sus cariñosos ósculos. Preguntadla, preguntadla porqué hace todo esto, y ella os contestará ¡porque amo!

Preguntad ahora también al hijo, porqué se han secado de repente las lágrimas, y porqué ha como desaparecido su mal.

Porque de aquellos labios benditos ha salido una ola de amor, y no hay para el sufrimiento dulzura comparable á la dulzura de ser amado!

Si Claver ha sido loco, el secreto de su locura, Señores, está ahí... ¡Claver amaba!

Y si Claver salvaba negros á millares, el secreto estaba también en esto... Ellos sabían que se los amaba.

---

No es raro oír á los filósofos y periodistas de nuestros días que la Iglesia y el Cristianismo no han hecho gran cosa en favor de los esclavos. Según ellos debía la Iglesia haber armado á los cristianos desde las Catacumbas para la guerra, y haberlos enviado por todo el mundo á luchar en pro de los esclavos.

No hay para qué contradecir á estos señores; pero sí espero á que se me señale entre ellos, no digo un Claver, no pido tanto, no; pero un simple filántropo que no se haya vuelto á los veinte kilómetros de camino, al tratar de salvar algún esclavo; á no ser que en el término del viaje hubiese preparado algún banquete con entrada libre para la Filosofía y para la Prensa, porque entonces se alterarían las condiciones del ensayo.

Porque, decidme, Señores; sin Cristo, y sin Cristo azotado y crucificado en bien de los hombres, ¿quién es el loco que hubiera hecho en bien de estos hombres lo que ha hecho Claver? Mas Cristo ha enseñado el camino, y los verdaderos amadores de Cristo siguen apasionadamente á este Rey de amor y de sufrimiento.

«Pues qué, ¿no ha muerto Cristo por nosotros? dice San Pablo. Pues entonces, nosotros hemos de saber morir por nuestros hermanos.»

---

Treinta y seis años llevaba ya ocupado Claver en esta ruda tarea, cuando vino la peste sobre Cartagena, y causó grandes estragos entre los negros, sin perdonar al mismo Claver, porque encontrándole siempre á la cabecera de

los atacados se cebó en él con tanta crueldad que los Superiores juzgaron prudente administrarle el santo Viático. Á dos dedos de la muerte aún pensaba en sus negros Claver, lamentándose amargamente de no tener la dicha de morir entre ellos. Restablecido de la enfermedad en parte, quedó malamente desfigurado y con una convulsión nerviosa tan general que le privó casi totalmente del uso de pies y manos.

Pero ¿creéis que por esto renunció ya á sus negros? De ningún modo. Con objeto de recibir á sus amados esclavos, hizo que á la llegada de algún navío negrero le llevasen en brazos hasta la playa, y para visitarlos después en sus viviendas, hacía que le sujetasen fuertemente con cuerdas y correas sobre un caballo, y con la dirección del intérprete emprendía su expedición.

Luego que montaba, se envolvía como podía debajo del manteo los brazos inertes y paráliticos, y demacrado, pero risueño, quebrantado en el cuerpo, pero lleno de vigor en el alma, atravesaba como un fantasma la ciudad de Cartagena. La gente al verle pasar se detenía á contemplarle y á llorar de compasión ante un valor tan sobrehumano.

Así estuvo otros cuatro años, mas al fin se le acabaron repentinamente las fuerzas. El día 8 de

Setiembre de 1654 pudo ir en brazos de dos negros á comulgar á la iglesia, y al tornarle á su aposento dijo á un hermano que encontró: «Voy á morir.» Aquella misma tarde entró en agonía; la noche fué dolorosísima, y á la mañana siguiente aunque se quedó sin habla y sin movimiento, estaba sosegado y tranquilo.

Corrió enseguida por todo Cartagena el rumor de la muerte inminente del P. Claver, que cayó como un rayo entre los pobrecitos negros. Los niños iban gritando á lágrima viva por las calles: «¡El Santo se muere! ¡El Santo se muere!» y los negros acudían corriendo á ver por última vez á su padre.

Al principio se les permitió entrar, pero luego aumentando extraordinariamente el número, fué menester cerrar las puertas del colegio. Se quedaban pués afuera apoyados en la pared llorando y lanzando gritos desgarradores, que cada vez iban aumentándose por el número y el sentimiento. ¡Su Padre, su Padre! Era padre suyo y querían verle. Y ellos sin tener en cuenta más que su dolor y cariño, no pudiéndole ya contener, y perdida toda esperanza de que se les franquease la entrada, se arrojan á una sobre la puerta principal, que no pudo ménos de ceder á tan violento empuje, y se apoderan del colegio... ¡Bien conocido les era el camino

del aposento del Padre... ¡Así que con todo silencio y recogimiento se dirigieron por los tránsito, no sin regarlos con abundancia de lágrimas, hasta entrar por pequeños grupos en el aposento. Allí contemplaban unos instantes al moribundo, inmóvil, le besaban con ternura las manos, y ahogando vehementes sollozos, se retiraban. Todo el día estuvo desfilando por delante del lecho de muerte de Claver aquella gloriosa procesión de negros inconsolables. Poco después de la media noche subió Claver al cielo.

¡Ah, Señores! Buscad ahora en la historia un grande, un rico, un rey que teniendo delante la muerte se haya visto rodeado de un cortejo semejante.

Así vivió, así murió Pedro Claver, esclavo de los esclavos hasta la muerte!...

Y ¿qué os parece, Señores? ¿Qué somos nosotros á su lado? ¿No es verdad que somos muy pequeños? ¿No es verdad que desaparecemos por nuestra poca importancia?

Mas oigo que me decís: «¿Pero á qué viene este discurso, más á propósito para desesperar nuestra debilidad que para estimular nuestros deseos? ¿Á qué el anacronismo de presentarnos

un ejemplo de un valiente, sí, pero de una época tan diferente de la nuestra? ¿Dónde vemos esclavos en derredor nuestro?... ¿Y hemos de cruzar los mares y poner á orillas del Congo ó del Zambeza nuestras tiendas, si queremos dedicarnos al servicio de los negros? ¿Á qué traer á la tribuna de un círculo, ó á la presidencia de una tertulia, esas vidas de santos inimitables que valdría más dejar para la sagrada Cátedra de una iglesia, juntamente con las historias de las catacumbas y la sangre del Coliseo?»

Admito gustoso este último cargo que me hacéis. Cierto, que para dar á conocer á este linaje de gigantes son menester las inmensas naves de una catedral. Es verdad; pero ¿qué queréis? Me ha encantado Claver, y no he podido desasirme de él. Luego decía yo, que al fin y al cabo no se cambiarían vuestros sentimientos con pasar de la iglesia á este recinto, ni dejaría de hallar eco en vuestros generosos corazones la grandeza del asunto. Y en verdad que no me he equivocado mucho, como se complace en manifestármelo vuestra benévola atención.

¡Que sois débiles! ¡No, no lo admito, Señores; cuando os dejáis llevar de vuestro entusiasmo, de ese noble y santo entusiasmo, fuego en que arde y á las con que vuela vuestra alma, lleváis á cabo obras grandiosas y magníficas! Os hablo

de Claver; y por ventura ¿ignoráis que aquí mismo y en la hora que estoy hablando con vosotros hay Señoras, hay doncellas que se apartan á cada paso del torbellino de vuestras fiestas, y despreciando al mundo se retiran con su delantal sobre el vestido de seda, á lavar y á curar inmundas llagas' con aquellas mismas manos que os alargarán por la noche en el sarao?

Hay un libro muy pequeño que os suplico que leáis. *La charité privé à Paris* (1). Su autor, mucho lo siento, no tiene la fe de Jesucristo, pero ha comprendido bien la caridad de Cristo, y basta esto para que sea interesante el libro. Leedle, y veréis lo que se hace en el mundo, no ya por sacerdotes ó Santos, ni por Hermanas de la Caridad ó Religiosas, sino por gente del mundo; por gente que como vosotros vive en medio del mundo.

¡Vosotros débiles! ¡No! Solo con que queráis tenéis bastante.

Pero vamos, os concederé que no ha sido mi intención que os embarquéis todos para el África. La obra civilizadora, concebida por vuestro Rey á favor de aquellas inmensas regiones, y emprendida por él á costa de sacrificios grandes y personales que se empeña en desconocer el

---

(1) *La charité privé à Paris*, par Maxime du Camp.

egoísmo de nuestra época; esa obra de generosidad y abnegación pide vuestro concurso de una manera fácil y sencilla. Solo os pide la limosna del oro, y me complazco en creer que no la habéis regateado. Pues bien, cuando hayáis dado con la largueza y con la nobleza propias de los corazones grandes, habréis hecho, sí, os lo confieso, habréis hecho casi, casi, lo que la mayor parte de vosotros puede hacer en favor de los esclavos del África.

¿Pero es exacto que en derredor nuestro no hay esclavos, y que si resucitase Claver ahora entre nosotros, no tendría más remedio que cruzarse de brazos y rezar descansadamente el breviario? ¿Lo creéis así vosotros? ¿Y creéis que él se resignaría á ello?

No nos dejemos, Señores, seducir por las palabras.

La esclavitud es la forma social del débil delante del fuerte en las sociedades paganas. Fuera del Cristianismo, el fuerte oprime al débil, le sujeta bajo el yugo y se sirve de él, y por grandes que sean los progresos que realice una sociedad pagana, por grande que sea la civilización que alcance, el débil siempre quedará es-



clavo. Fijaos en la antigua Roma, aun en los tiempos de mayor esplendor: «los esclavos son no tanto viles como nulos.» «El esclavo es nada,» *non tam viles quam nulli sunt*. Es un instrumento como otro cualquiera, pero con la sola diferencia de que habla: *Instrumenti genus vocale*, y no tiene ningún derecho: *Servile caput nullum ius habet*.

Bien sé, sin embargo, que protestaban algunos filósofos de corazón tierno, pero era porque habían sentido pasar por sus almas el divino soplo del Cristianismo.

Mas en las sociedades cristianas ¿cuál es la forma social del débil delante del fuerte? Toda ella está sintetizada en una palabra, que después de haber sido profanada entre sangre y lodo, suena mal, es verdad; pero que á la luz esplendorosa del santo Evangelio será por siempre y en todas las partes magnífica: ¡la Fraternidad!

El débil á los pies de los dioses es un esclavo. El débil á los pies de Cristo es un hermano. ¿Y de dónde viene esto, Señores? La explicación es muy sencilla. Bajo el gobierno de los dioses, el hombre se ama á sí mismo y no ama á los demás, sino á medida de lo que le sirven. El principio vital de las sociedades paganas es el egoísmo. Bajo el gobierno de Cristo, el hombre ama á los demás, como se ama á sí mismo y

por Dios. El principio vital de las sociedades cristianas es la caridad.

Estas son las dos formas extremas con que se presenta el débil á los ojos del fuerte, el rico á los ojos del pobre y el pequeño á los del grande; y todas las sociedades, cualesquiera que ellas sean, vienen á colocarse entre estos dos extremos, unas más cerca de las grandezas del idea cristiano, y otras más cerca de las bajezas del paganismo.

En cuanto á los individuos son como las sociedades á que pertenecen; pero sean como fueren, ya sean paganas, ya sean cristianas, en su seno tendrán débiles, tendrán pobres y tendrán pequeños.

¿Pero me preguntáis que dónde están vuestros esclavos?... ¡Pues aquí los tenéis!... ¿Veis ese desharrapado y lleno de andrajos que va de puerta en puerta mendigando pan ó trabajo; esa pobre viuda consumida por la labor sin alcanzar siquiera alimentar á sus pequeñuelos; veis ese enfermo, ese anciano, ese inválido mutilado por el hierro ó el acero de nuestras fábricas? Más aún; ¿veis á ese pobre obrero, valiente y fornido, sí, pero que va gastando la fuerza de sus músculos con el martillo de la fragua ó el cincel de la cantera; aquel labradorcillo que bajo un sol abrasador va abriendo sus barbe-

chos; en una palabra, veis todos esos seres desheredados de la suerte y de la fortuna... veis á los pequeños, porque estos son sus nombres, á los débiles, á los pobres?... ¡Pues ahí están, esos son vuestros esclavos!...

Y bien, Señores. En frente de estos esclavos de nuestra sociedad ¿qué hacéis? ¿cuál es vuestra conducta? vosotros grandes, vosotros fuertes, vosotros ricos, ¿qué pensáis?

En *Fabiola*, obra que escribió el Cardenal Wiseman hace treinta años, hay una escena que parece escrita para mi propósito. Un día Fabiola, antigua patricia romana, y muy entendida en Literatura y en Filosofía, oye á una esclava hablar de los misterios del Cristianismo; se admira de haber encontrado un corazón tan grande en una griega, Syra, una bordadora asalariada en su palacio. Pero cuando esta pobre, esta esclava Syra la dice que también ella cree tener un alma, también ella..., Fabiola se irrita, y para castigar este su atrevimiento, coge su punzón y pretende herirla; Syra retrocede pero tarde, y el punzante acero se clava en la espalda y hace brotar un chorro de sangre.

¡Esta es la pagana!

Pero Fabiola tiene sentimientos elevados, tiene corazón... y se avergüenza de haberse irritado. «Vete, la dice, y que te cure Eufrosina. Nunca creí hacerte tanto daño;» y escogiendo entre sus alhajas una finísima esmeralda montada en una sortija: «Toma, añadió, guárdate esa sortija.»

Esto ciertamente que ya es mejor; pero, Señores, aún es pagana Fabiola.

Syra salió toda ensangrentada, y al punto que abandonó las tupidas alfombras y tapicerías que adornaban el salón de su señora, vió de pie y vestida de blanco á la joven Santa Inés. Esta Santa lo había visto todo, la cólera de su prima y la sangre de Syra... y abrió sus brazos para estrechar en ellos á la esclava, y como á una hermana la abrazó. ¡Esta es la cristiana!

¡No! No creáis que os encontráis respecto del débil y del pobre como aquellos paganos ó aquellas paganas de los primeros siglos. No hay uno ni una entre vosotros, que no sacrifique, por lo ménos el oro en bien del pequeño, del pobre ó del esclavo; y esto es ciertamente señal de un corazón de buena voluntad, generoso pero frío. Y lo que yo os ruego es que entréis dentro de vuestro corazón y os preguntéis á vosotros mismos, si sois para ellos lo que es menester que sea un cristiano y una cristiana... Si los amáis...

Amarlos, sí, oíldo bien, amarlos... ¡Ah! ¡Qué cosas no hacemos cuando amamos!... ¡Recordad cómo amaba Claver!...

La esmeralda de Fabiola no basta, Señores; esto es vuestro oro. El amor ya es otra cosa. El amor es el corazón de Claver y de Inés.

¿Y sabéis porqué os he dicho siempre que no bastaba la caridad del oro y que debíais también añadir la caridad del corazón? Pues porque ante todo y sobre todo está la caridad de Cristo. Leo en el Evangelio que Jesucristo dió pan á los pobres dos veces, pero su Corazón siempre. Además, porque sólo la caridad conmueve al pobre y le llega hasta el alma; sólo por ella conoce que le aman y se siente amado. Después de haber puesto una limosna en la mano del pobre, os dice: «Gracias.» ¿No es verdad? Pues yo desearía que os dijese algo más.

---

Permitidme que os cuente un hecho personal. En el mes de Setiembre último fuí al campo á visitar á unos amigos que estaban pasando en él las vacaciones. Salieron á mi encuentro los niños de la familia, y cercado de esta hermosa guirnalda caminaba yo tranquilo y complacido.

De repente apareció por entre dos setos, á la derecha de nuestro camino, una niña como de unos quince años: sin ser pobre iba vestida como las gentes de pueblo, y mostrando desde luego señales de exquisita limpieza y aseo; pero ¡jay!... ¡pobrecita!... tenía unos ojos grandes, que daban espanto, sin expresión ni vida, los labios encogidos y entreabiertos y el rostro impassible y triste; en fin, todo indicaba que en aquel cuerpo estaba adormecida el alma y casi muerta la inteligencia.

«Padre, me dijo al verla una de las niñas que me acompañaban; ¡esa niña es una pobrecita bobal!» y me contó luego cuánto se reían de ella los pilletes del pueblo y cuánto la hacían rabiar con insultos, malas palabras y hasta tirándole piedras varias veces. Pero he aquí, que mientras la niña me estaba contando todo esto, se inmuta repentinamente la idiota, se conmueve y tiembla, y con voz ronca y casi salvaje, pero compasiva y penetrante, con una voz que jamás olvidaré, con indecible ternura exclama y dice: «¡Margarita!»

Y Margarita la saludó cariñosa y risueña.

«¿La conoces tú?» pregunté yo entonces á la niña que me acompañaba. «No la he de conocer; pero no diga V. nada de esto á mi padre; voy muchas veces á estar con ella y jugar y

divertirnos juntas para distraerla y consolarla algo. ¡Pobrecita! ¡Es tan desgraciada!»

La idiota repetía á cada paso y con el mismo tono: «¡Margarita!» «¡Margarita!» y después sin poder reprimir los sollozos de su pecho, y como si quisiera salirse de su sitio el corazón, «¡Margarita!» volvía á decir, ¡Oh!... ¡Tú... buen corazón!...

¡Ah, Señoras y Señoritas que me estáis escuchando! Muchas alabanzas en honor vuestro habrán llegado sin duda á vuestros oídos... ¿Conocéis alguna que sea comparable con la bendición de esta pobre idiota á favor de Margarita? ¿De qué manera se ha hecho Margarita merecedora de esta alabanza? ¿Quizás dando plata ú oro? ¿Qué plata y qué oro va á tener una niña de doce años? Dando su corazón. Amando.

Pues bien; yo quisiera que al conocer el pobre, el pequeño y el esclavo, que le amáis y que le deis también el corazón, os digan también no «gracias» solamente, sino ¡Oh!... ¡Tú... buen corazón!...

¡Bien está todo eso; pero estos son santos y nosotros no somos santos!

Es verdad, Señores; santos eran estos, y por

ser santos podían presentarse con confianza ante el divino Juez, aun sin estos sacrificios y sin estos actos de heroísmo.

¡Nosotros no somos santos! No; no somos santos, porque solo practicamos pocas virtudes y estas á medias; solo con grande esfuerzo sacudimos el yugo de una pasión; no damos un solo paso en el camino de la virtud sin tropezar; caemos en el polvo, y muchas veces en el fango; tenemos alas débiles, sin energía, sin vigor para el bien y con inclinación perpetua hacia el mal; por todas las fibras de nuestra alma se pasea la vanidad; nuestros sentidos y todo nuestro cuerpo nos llevan á la tierra y á deseos de tierra. No somos santos.

Pues entonces, ¿qué nos salvará si no amamos á los pobres? ¿Qué nos salvará si no amamos á los débiles y á los pequeños? ¿Qué nos salvará si no amamos á nuestros esclavos?

---

#### SEÑORAS, SEÑORES:

Os he contado la vida de Claver. En ninguna parte he leído que Claver escribiera teorías acerca de la emancipación de los esclavos. Pero ha hecho más. Los ha amado, y habéis visto de



qué manera entendía él el amor de los esclavos. No hagáis vosotros otra cosa. Ni hagáis caso de teorías acerca de la regeneración social, ni acerca del obrero y del pobre; pero haced más aún que esto. Amadlos como Claver, y dejaos llevar de lo que os inspire vuestro amor. Él os llevará á casa del que tiene hambre, para alimentarle; á casa del que está desnudo, para echar sobre él una parte del manto de vuestras riquezas; á casa de los que sufren, para consolarlos ó curarlos; el amor os llevará con las manos llenas de dones, y sobre todo con el corazón rebosando de amor... Creedme, sí, creedme; más necesidad tienen de vuestro amor que de vuestro pan.

El amor de los negros hacia Claver bien nos lo declara en nuestros días una leyenda original. La estatua de Claver que más veneran los negros, es muy antigua, y á fuerza del tiempo están tan gastados los colores que parece completamente negra su cara. Pues los pobres negros sacan de aquí un argumento para decir que Claver fué negro como ellos: «Un blanco, dicen ellos, jamás los hubiera amado tanto.»

«Es de nuestra sangre,» repiten con el más puro agradecimiento.

Cuando un grande de este mundo, cuando un poderoso, cuando un rico se abaja ante un

pobre, ante un débil ó ante un pequeño; cuando habla su lengua, se sienta á su mesa y se manifiesta su hermano, y como tal se conduce, el pobre, el débil y el pequeño tienen también análogo lenguaje. Narran con agradecimiento verdadero cuanto por ellos ha hecho la cristiana familiaridad con que han sido tratados, y añaden: «Se hubiera dicho que era uno de nosotros.» Expresión que equivale á aquella de los pobres negros: «Es de nuestra sangre.»

¡Oh! ¡Señores míos! ¡Haceos también vosotros dignos de este elogio! Nada hay más grande ni más glorioso. Cristo no ambicionó otra cosa. Escogió ser pequeño, débil y pobre. Escogió el techo humilde y la herramienta humilde del obrero.

Fué uno de ellos.

Fué de su sangre.

¡Pensad en Cristo!

A. M. D. G.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

---

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.— I. *La Ilusión*.— II. *Libertad*.— III. *Los llamados por Dios*.— IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.— V. *El Deber*.— VI. *El esclavo de los esclavos*.— VII. *En Africa*.— VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.— XIII. *La Obrera*.— XIV. *Los chicos de la calle*.— XV. *El Valor*.— XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.— XVII. *El Placer*.— XVIII. *La Miseria*.— XIX. *Las Madres*.— XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.— XXI. *El Fuego*.— XXII. *La vida cristiana*.— XXIII. *El corazón del hombre*.— XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.— II. *Más allá*.
- TOMO VIII.— XXIX. *Desequilibrados*.— XXX. *El Obrero*.— XXXI. *El Patrón*.— XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.— XXXIII. *Entusiasmo*.— XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.— XXXV. *La Fe*.— XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.— XLI. *Pobres y ricos*.— XLII. *El mal del mundo*.— XLIII. *El remedio del mal del mundo*.— XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*

### Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.<sup>a</sup> parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.<sup>a</sup> parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

### Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia*—*Entre el cielo y la tierra.*



EN ÁFRICA



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

EN ÁFRICA

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

---

1902

—  
ES PROPIEDAD  
—





SEÑORAS Y SEÑORES:



MUCHOS de vosotros habréis visitado las catacumbas de Roma, y os acordaréis sin duda de la impresión misteriosa que embarga el ánimo en aquellas oscuras galerías.

No es solamente la vista de un corredor tallado en la toba granular lo que de tal suerte agita al alma; pues nada semejante se experimenta en un túnel... ¡No! lo que entonces hace latir el corazón es algo más elevado que una pura sensación de oscuridad.

Es la imagen majestuosa del pasado que aparece en aquella santa noche... Es la historia solemne de los primeros tiempos de la Iglesia que se despliega sobre aquellos abruptos muros,

es el primitivo pueblo cristiano que resucita en aquella Roma subterránea que revive con él.

Mirad: allí está el altar, decorado con sus pinturas toscas, pero bellas sin embargo en su antiguo simbolismo. Ese nicho abierto en los muros es la tumba de un mártir: allí están todavía sus huesos, con la ampollita de cristal que encerró su sangre; ese polvo negruzco, eso es su sangre...

Y allí reposan millones de esos héroes que por el deber han dado su vida.

Y yo no sé qué sucede, pero ante esos mudos testigos de su valor, el corazón se agranda. Se diría que el aire embalsamado por las cenizas de aquellos valientes está impregnado de fuerza y de energía, y que respirándole se vigoriza el carácter. El cristiano levanta la frente con más noble orgullo; siente que su alma es de la raza de aquellas grandes almas, que ha heredado con la filiación de la gracia el lote de su nobleza y el honor de su rango.

Para todos es útil este espectáculo, aun para aquellos que no reconocen á Cristo por su Maestro es santo y fortificante. Por empequeñecido que se halle á sus ojos el mártir, no dejará de ser un hombre de un corazón incomparable, fiel hasta la muerte á las convicciones de su vida, y que con el sacrificio de su sangre le-

vanta victoriosa, sacándola de debajo de las plantas de los tiranos, la libertad de las almas.

Quisiera yo esta noche, con el pensamiento, visitar en unión vuestra, no ya las catacumbas, pero sí un campo de mártires, y en ese campo, deteneros ante dos tumbas.

No las he escogido en Roma, sino en África: considerando lo que actualmente nos preocupa os explicaréis esta elección. Quisiera mostraros qué grandes corazones han germinado allá, en esa tierra en que flota hoy día la bandera de nuestra patria.

---

Hacia el África, en efecto, se dirige desde hace algunos años la atención de Europa. Tomad un mapamundi; en él os ofrecerá el África un espectáculo casi único. Separada por todas partes de los continentes vecinos, excepto por un punto, Suez, por donde toca á la Arabia, parece que mira con ojos recelosos, al norte á la Europa, y delante de ella y á su derecha al Asia; el Asia, y la Europa sobre-todo, han dado vueltas alrededor de ella, y la han invadido por las costas; pero deteniéndose bien presto, no han podido penetrar hasta su corazón. Portugal, España, Francia, Inglaterra, Alemania, Holanda, Italia y hoy día también Bél-

gica, tienen allí enarbolado su pabellón, pero tan cerca de los mares y de las márgenes de los grandes ríos, que parecen estar siempre en guardia y temerosas, reservándose para huir esas vías abiertas, por donde no les perseguirá el africano.

Fuera de esa banda estrecha que tiene su geografía y su historia, el África es todavía para nosotros como un libro cerrado: con razón se la ha llamado «el continente misterioso.»

Mas en esa banda conocida, ¡qué de monumentos admirables, qué de recuerdos grandiosos!... El que por ahora quiero yo hacer revivir ante vosotros, Señores, me parece magnífico. Tuvo por escenario á Cartago y por tiempo la primera mitad del siglo tercero de nuestra era.

Ocupaba Cartago esa punta del norte del África que avanza en el mar como dirigiéndose á tocar á Sicilia, de la cual apenas la separan treinta leguas. Había sido fundada en una antigua colonia de Sidón por la nobleza de Tiro, desterrada á causa de una revolución popular. Por esto tuvo desde su origen, gracias á esa población patricia, un carácter de distinción aristocrática que nunca se le borró por completo. Ella dominó bien pronto todos los establecimientos fenicios de la costa de África.

En el siglo III antes de Jesucristo amenaza

Cartago á Roma. Poseían entonces los cartagineses lo que llamamos ahora Marruecos, Argel, Túnez y Trípoli, habían pasado el mar é invadido á España hasta el Ebro. Escipión los arrojó de Europa en 202; pero hasta el año 147 antes de Jesucristo no logró el ejército romano dominar á Cartago. En ese año, 80.000 hombres pusieron sitio á la ciudad. Ésta se hallaba defendida por Asdrúbal. Los 50.000 hombres que él podía oponer á los romanos se rindieron: se les prometió conservar sus vidas; cuando rindieron sus armas y Asdrúbal entregó su espada, su mujer, enfurecida, le trató de cobarde, y después, ante sus ojos, degolló á sus dos hijos y se arrojó en las llamas. Esta altiva pagana que prefiere la muerte al yugo, es quizá salvaje, pero es grande, y yo descubro en ella como una visión anticipada de las valerosas africanas cuya historia os voy á referir.

Cartago se vió sujeta á las leyes del imperio del mundo.

Y no sólo á las leyes, sino también á las costumbres del imperio romano. La civilización romana se infiltró en ella. Vecina á la Grecia, Cartago había sufrido ya la influencia de Atenas. Formóse, pues, en ella una especie de mezcla de las grandezas del espíritu romano y helénico esparcidas sobre un fondo de altivez y de

elevación naturales que le venían de la vieja sangre fenicia y de las tradiciones tirias.

En el tiempo en que se verifica mi relato, empuñaba el cetro del imperio un africano, nacido en Septís, Septimio Severo, el cual estaba casado con una siriaca, Julia Domna, muy aficionada á las letras y á la filosofía, y tenía por primer ministro á Plautiano, africano como él, pero de origen vulgar.

---

No sin designio, Señores, os he recordado estos detalles. El nombre de Cartago, el de África sobre todo, hubiera podido traer á vuestra mente, por una asociación de ideas muy natural, el pensamiento de un pueblo y de una ciudad todavía semisalvajes, apenas salidos de las groserías de la barbarie; hubierais podido figuraros en mis héroes, hombres y mujeres duros y resistentes al dolor y al sufrimiento, y que bajo la corteza de un cuerpo enjuto y apergaminado por el sol y la mar llevaban corazones rudos, inaccesibles á las finas emociones de los civilizados.

No, Señores; nos hallamos aún en el siglo de Augusto: todas las grandezas de la civilización romana permanecen en pie. Cartago es una gran ciudad, tiene sus templos, su foro, sus baños públicos, sus teatros y sus circos; tiene

todos los esplendores y todos los refinamientos de Roma. Las letras gozan en ella de honor como en Roma, y en ella se ven también cultivadas las ciencias y las artes. Reinan igualmente en ella el lujo y la molicie; y desde ciertos puntos de vista, Cartago se encontraba en mejores condiciones para acoger ese reinado. El gran mar que le bañaba, había cavado á sus pies las profundidades de un puerto magnífico, adonde venían los navíos de Italia á buscar las piedras preciosas de la India, el coral, el marfil, el ébano, el incienso, los perfumes, las maderas preciosas, las perlas de la Trapobana ó Ceylán y del Golfo pérsico, tres veces más caras que el oro, y en cambio dejaban allí sumas inmensas. Plinio evalúa en 21.000.000 de francos solamente el comercio anual de la púrpura.

De esta suerte las riquezas que iba perdiendo Italia aflúan á Cartago. Los grandes que habitaban en esta ciudad eran admirados de los romanos por la ostentación de su fausto y de su esplendor; sus casas eran palacios donde brillaban los mármoles y las sedas finas; sus *villas* se elevaban en las playas de un mar tranquilo y trasparente, acariciadas por tibias brisas, embalsamadas por toda esa vegetación oriental, tan viva, tan rica, tan brillante, tan ardorosamente coloreada por el sol.

En medio de esas dulzuras encantadoras y enervantes, sonó de repente, como suena en medio de la noche un toque de rebato, el edicto de una sangrienta persecución.

---

La décima parte de la población de Cartago adoraba entonces á Cristo.

Por otra parte, la comunidad cristiana ni era desconocida ni estaba oculta. Nos hallamos, Señores, en tiempo de Tertuliano. Este genio grande, pero rudo é impetuoso hacía resonar por Cartago y Roma el eco de sus elocuentes apologías. El paganismo sorprendido se extrañaba y admiraba, mientras que los cristianos, temblando á veces ante aquel celo á quien no contenían los temperamentos de la prudencia, daban gracias á Dios por haberles concedido para defenderles un alma tan elevada y una voz tan vibrante.

Muy cerca de Cartago, la escuela de Alejandría, había llegado á ser una verdadera Universidad cristiana. En ella enseñaban Clemente y Orígenes, y su brillo era tal, que en los bancos de los discípulos se veían sentados junto á los estudiantes cristianos, filósofos de renombre, grandes damas y oficiales del imperio.



El éxito creciente de la nueva doctrina causó celos á la mujer de Severo: era ésta, como ya os he dicho, literata, y presidía con su hermana y sus dos sobrinas, siriacas como ella, una sociedad de literatos. Ella fué la que excitó al retórico Filóstrato á componer un libro que concluyera con el Evangelio de Cristo, y Filóstrato escribió la vida de Apolonio.

El mismo Severo juzgaba que le hacía sombra Jesucristo, y en su barbarie de autócrata lanzó el año 202 el edicto de que os hablaba poco hace. Los términos precisos de ese edicto no han llegado hasta nosotros. Esparciano se limita á decir lo siguiente: «Severo prohibió bajo graves penas hacerse judío: lo mismo decretó respecto de los cristianos.»

Era un proceder nuevo. Roma no condenaba ya, como en las persecuciones anteriores, la simple profesión del Cristianismo; lo que intenta impedir es su propagación ulterior, lisonjeándose de hacerle morir así de inanición. No impide vivir á los cristianos; sólo les impide nacer. Es evidente que si este proceder surtía efecto, los días del Cristianismo estaban contados; debía morir de muerte natural con aquella generación presente. Y de esto se gloriaba y complacía el tirano.

¡Admiro lo bien que calculan y discurren los

enemigos de Cristo!... El mal para ellos está en que no cuentan con Dios, que ha de intervenir en sus asuntos.

Pues bien, en este tiempo, un cristiano, Satureo, retórico ó maestro de filosofía sin duda, enseñaba á algunos catecúmenos las divinas lecciones del Evangelio. Obligándoles el edicto de Severo á guardar excepcionales precauciones, convinieron en reunirse, no ya en Cartago, sino en un lugarcito vecino llamado Tuburbio. Separadamente se dirigían á la morada convenida, y allí escuchaban á su maestro con una veneración afectuosa, deseosos de poderle llamar presto su hermano.

¿Fueron vendidos por algún traidor? Nada nos dicen sobre esto las actas de su pasión. Pero un día, mientras se iban reuniendo, antes de la llegada de su maestro, cercaron la casa varios soldados romanos, la invadieron y se apoderaron de aquella pequeña grey.

Allí fueron presos dos esclavos: Revocato y Felicitas, hermano y hermana, ambos muy jóvenes; Saturnino y Secundulo, y una patricia: Vivia Perpetua. Era ésta de noble alcurnia, dicen sus actas, y de educación muy distinguida. Su padre y su madre vivían todavía. De sus dos hermanos el uno era catecúmeno como ella. Y ella era recién casada, apenas contaba

veintidós años, y estaba criando á su primer hijo (1).

Todos los cinco fueron encadenados y custodiados con guardias de vista, quizá en la misma casa en que se les arrestó, quizá en la de los magistrados municipales de Tuburbio. Allí debían esperar la decisión del juez.

Cuando llegó el maestro Saturo, viendo á sus catecúmenos encadenados, sin vacilar un momento, se entregó él mismo. No se le separó de sus instruídos, y con ellos fué guardado en la misma casa.

---

Detengámonos, Señores, pues no es una simple historia lo que intento referiros, es una gran lección que voy á poner ante vuestra vista.

He aquí unas almas en presencia del deber. Su deber se les presenta allí, claro á sus ojos. Se les ha manifestado la verdad de Cristo y de su Evangelio, rodeada de victoriosa luz; les es preciso confesarla: ¡he ahí el deber!... El cumplir con él les costará la vida... La vida no es una razón contra la verdad... sacrificarán su vida, no harán traición á la verdad, serán fieles al deber.

---

(1) *Passio sanctarum Perpetuae et Felicitatis cum sociis earum.* Apud Ruinart.

Ya sabéis lo que el deber exige, y que para cumplir con él necesita valor el alma humana.

Hay más todavía, Señores.

Yo siento en mí una libertad soberana, invencible, inmortal, la libertad de mi pensamiento; ella está asida á mi alma por todas sus raíces, es mi alma toda entera. Conjúrense contra ella el cielo y la tierra, nada podrán, nada, os repito; en medio de tal embate advierto en mí que podría dejar pasar todo ese fracaso del cielo y de la tierra, y reirme de su impotencia solemne. Pues bien, he ahí que yo no sé qué emperador, en nombre de yo no sé qué edictos, pretende encadenar y subyugar esas libres energías de mi alma, y donde mi corazón dice: Sí, obligarme á decir: No.

—Pero, ¿quién es un emperador para mandar á mi alma?

—Un emperador; pues el que manda al mundo.

—¿Y qué más?

—¡Un emperador, pues también puede hacerlos atar de pies y manos y arrojarlos en sus calabozos!

—¿Y qué más?

—Puede hacerlos ahorcar inmediatamente.

—¿Y qué más?

—¿Qué más queda ya; qué más se necesita?

¡Pues falta tocar á mi alma, y vuestro emperador no la ha tocado en lo más mínimo! Yo no conozco por dueño mío á vuestro emperador; yo no conozco más que á dos señores: la verdad y la justicia. Á ellos solos es á quienes sirvo, ante ellos es ante quienes se inclina mi libertad.

Toda esta teoría es límpida... Vosotros despreciaríais al que cobardemente retrocediera en semejante caso.

Pero, Señores, cuando al salir de esas teorías que el espíritu acepta con una facilidad tan natural, hay que llegar á la obra y á la realidad de las cosas, ¡oh! ¡cómo tiembla todo el cuerpo! ¡cómo se hiela la sangre!

Mirad á esa pobre Felicitas... es esclava; ¡pero al menos conserva la vida!... ¡es joven, y para dentro de un mes espera de Dios un hijo!...

Mirad á Perpetua... ¡á los veintidós años!... en medio de la primera y embelesante dicha de una familia apenas fundada, rica, noble, estimada, rodeada de todas las delicadezas de una vida de patricia, enteramente absorta en los besos y caricias de su primer hijo... ¡Y es preciso morir!

¡Ah! ¡entrad, os ruego, en el corazón de esas dos mujeres!... Y si yo no me fijo ahora más que en ellas, es porque ellas eclipsan con su heroísmo á sus compañeros, mejor dispuestos

á sufrir por la fortaleza de su sexo y por su más ruda educación. Obro en esto como la Iglesia que nombra á Felícitas y Perpetua todos los días en la Misa de todos sus sacerdotes, y recuerda á los otros en el Martirologio por estas simples palabras: «Y sus compañeros.»

Hay, en fin, una razón superior que me mueve á poner de relieve á Perpetua, ya os he dicho que era literata; pues bien, ella misma ha escrito lo que yo llamaría el diario de su prisión y de su interrogatorio. Saturo le revisó quizá y le retocó, pero el fondo nos viene indudablemente de ella. Lucas Holstein le encontró, en 1663, entre los manuscritos de Montecasino, y esas páginas que Tertuliano había conocido y que San Agustín había citado, forman hoy uno de los más puros y de los más bellos monumentos de la antigüedad cristiana.

---

En aquella prisión temporal, como generalmente en casi todas las prisiones romanas, bastaba dar una suma módica á los guardias para tener libre acceso á los prisioneros. Perpetua vió venir á visitarle en su prisión á su padre y á su hijo, el muy amado de sus entrañas... ¡Oh! ¡qué lágrimas derramó estrechándole contra su

seno, y cómo besó á aquel pobre niño, á quien iba á dejar huérfano! Mientras que ella le amantaba, su padre, imbuído aún en las viejas tradiciones paganas, le suplicaba que se volviese al culto de los dioses de Roma, que cediese ante el edicto, que tuviese piedad de sí misma y de su hijo, y que no deshonrase la ancianidad de su padre. Agotaba el afligido anciano todos los recursos de su ingenio, todas las inspiraciones de su corazón, y la estrechaba con toda su alma.

—Padre,—le dijo ella; ¿veis el vaso que está allí?

—Sí, respondió él.

—¿Puedo decir yo que ese no es un vaso?

—No, volvió á responder.

—Pues bien, mucho menos puedo decir que no soy cristiana.

Entonces aquel pobre padre desesperado, pasando de repente de la súplica al furor, se precipitó sobre mí como para sacarme los ojos..., pero no hizo otra cosa que darme un empujón, *sed vexavit tantum*, y se marchó.

Quedaba todavía, no os figuréis, entre los brazos de Perpetua un tentador más dulce y más poderoso, ¡su hijo!... Aquí me es imposible describir, toca á vuestros corazones el sentir aquella escena.

¡Oh! ¡cuán dulce era para ella aquel momento!... ¡Qué le importaba lo demás del mundo, ya que estaba allí con ella su hijo, y le tenía sobre sus rodillas, y se miraba en sus ojos y veía sus bracecitos abiertos como para abrazarla, y contemplaba la sonrisa de sus labios!

¡Perpetua le miraba extasiada, y le cubría de besos, y le estrechaba contra su corazón; hubiérase dicho que quería agotar, antes de morir, la copa de aquel amor, que se le iba á arrancar de las manos!

Felicitas contemplaba pensativa á aquella madre... ella... ella no gustaría jamás aquellas dulzuras maternas!... La ley romana era implacable... Se aguardaría la hora de su alumbramiento, y en seguida le arrebatarían su hijo, y le entregarían á una nodriza extraña, mientras ella iría á la muerte!

¡La muerte, la muerte! ¡siendo tan joven!  
¡La muerte, cuando su corazón aplicaba apenas los labios á la copa de la felicidad! ¡La muerte, cuando la vida le reservaba aún tantas sonrisas!

Y para vivir, para escapar del verdugo ó del anfiteatro, bastaba una palabra, una sola. Y notadlo bien, Señores, aquella palabra hubiera sido verdadera. Aquellos prisioneros de Tuburbio no eran todavía cristianos. El agua del bautismo aún no había corrido sobre sus frentes.



Únicamente Saturo podía reivindicar aquel título!... ¿No era esto una legítima escapada abierta á su debilidad?... Pues van á cerrársela ante sus pasos.

Todos ellos suplican á Saturo que colme al fin sus deseos, y Saturo, viendo que se acercaba la hora del combate, y que aquellas almas necesitarían fuerza extraordinaria, las bautizó. «Me sentí inspirada por el divino Espíritu, dice Perpetua, y mientras que el agua regeneradora caía sobre mi frente, sólo pedía una cosa: permanecer fuerte en medio de los sufrimientos de mi carne.» *Nihil aliud nisi sufferentiam carnis.*

Pocos días después, ya fuera por haber venido orden de urgir la ejecución del edicto, ya fuera porque la noticia de su bautismo hubiera exasperado al Procurador romano, sacaron de Tuburbio á los mártires y los sepultaron en los calabozos de Cartago. *Recipimur in carcerem.*

Las prisiones de Cartago eran horribles. Perpetua lanzó un grito de angustia. «¡Sentí pavor, dice ella misma, pues nunca me había hallado en semejantes tinieblas!» *Expavi, quia nunquam experta eram tales tenebras.* Y esto, ¡ay! no fué todo; vióse allí arrojada y confundi-

da entre la turba de los malhechores y bandidos, en medio del vicio y de la infamia; los soldados la tratan brutalmente, la injurian, la hacen ruborizar con sus sarcasmos groseros. Sus hermanos en Cristo la defienden y consuelan; mas ¿qué pueden ellos contra su dolor supremo? *Novissime macerabar sollicitudine infantis*, mi corazón sufría sobre todo pensando en mi hijo que me había sido arrebatado; la solicitud por él era mi mayor martirio.

Mas bien presto dos diáconos á fuerza de dinero alcanzaron de los guardas que se endulzase aquella odiosa tortura: se les permitió pasar todos los días algunas horas en una sala mejor ventilada y más fresca, donde el aire y la luz al menos consolaban á los mártires.

Durante aquellas horas la madre de Perpetua le llevaba su hijito, y la mártir le daba de mamar. Sus hermanos venían á verla, y juntos hablaban del cielo y del triunfo. Corrían por sus mejillas muchas lágrimas; pero éstas confortaban su alma. Luego, cuando terminaba la hora, abrazaba Perpetua á su hijo, le entregaba otra vez á su madre, y volvía á entrar en su sombrío calabozo.

Estas repetidas visitas tristes y dulces, seguidas de una soledad tan espantosa, aquel pobre niño del que era menester separarse todos los

días, y á quien todos los días volvía á ver cada vez más pálido y más enfermizo, pereciendo por falta de esos mil cuidados continuos que sólo puede tener una madre, aquella prisión infecta, los malhechores con quienes tenía que codearse á cada paso, toda esta tortura continua, todos estos sufrimientos incesantes agotaron la salud de Perpetua: se puso enferma, y conociendo en dónde radicaba el mal, suplicó que le permitieran tener á su hijo constantemente con ella. No se lo rehusaron.

«¡Oh! ¡cuán pronto me vi entonces curada! escribe ella misma. ¡Mi prisión se me convirtió en un palacio. No la hubiera cambiado por nada de este mundo!» *Statim convalui, et factus est mihi carcer subito quasi proetorium, ut ibi mallem esse quam alibi.*

¡Oh! ¡verdaderamente es el corazón de una madre el que aquí habla! ¡cómo se reconoce su voz!

---

Una cosa llama la atención en la lectura del diario de Perpetua. En él habla de las visitas que le hacen su padre, su madre, sus hermanos, los diáconos Tercio y Pomponio, mas en ninguna parte menciona á su marido; no se trata de él más que en el corto prólogo que

precede al acta de su pasión, y en el cual se dice que era casada según la costumbre de las matronas patricias. *Matronaliter nupta*.

Este silencio singular no puede suplirse por ningún otro documento histórico. Por lo mismo abre el campo á muchas hipótesis.

Quizá sería pagano, y al saber la conversión de su esposa la habría abandonado. Sin embargo, debía saber al casarse con ella, que su madre y uno de sus hermanos estaban bautizados, que el otro era catecúmeno, y que solamente el padre guardaba todavía respeto á los dioses del imperio.

¿Habría tal vez muerto?

Acaso, en fin, sería cristiano también él, y á la noticia del arresto de su mujer habría huído y se habría escondido, como lo aconsejaba á los fieles el obispo Clemente.

Sea de esto lo que quiera, Perpetua no le vió nunca en su prisión: únicamente su madre y sus hermanos le permanecieron fieles hasta el fin.

---

«Señora hermana mía, *domina soror*, le dijo un día uno de sus hermanos; héos ya elevada á un alto rango por el bautismo, rogad ahora á Dios que os haga ver, si es el martirio lo que

os aguarda, ó si después de haber sufrido la prueba de las cadenas nos seréis devuelta en libertad.»

—Y yo,—continúa la santa, yo que sabía que conversaba con Dios, y que había recibido de él tantos beneficios, se lo prometí á mi hermano confiadamente y le dije: «Mañana os lo anunciaré.»

Imploró, pues, de Dios esta visión de lo porvenir, y la obtuvo; ella misma nos la refiere con detalles de un sabor oriental, todo impregnado ya del simbolismo cristiano: «Vió una escala de oro, tan grande que tocaba á los cielos... Por ella subía Saturo; mas á los pies mismos de la escala, tendido en el suelo había un dragón terrible y amenazador. Saturo volviéndose á Perpetua: «Venid, le dice, yo os ayudaré; pero tened cuidado que no os desgarré el dragón.» Ella respondió: «En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, no me hará ningún mal.» Y poniendo el pie sobre la cabeza del monstruo, le aplastó de un golpe. Luego subió, y en la cima vió abrirse ante ella un jardín inmenso. En medio, bajo árboles frondosos y floridos se hallaba un anciano en traje de pastor; estaba entonces ordeñando á sus ovejas. Levantó su cabeza el anciano, miró á Perpetua, y le dijo: «Bienvenida seas, hija mía,» y en seguida le dió

á beber un trago de leche. Perpetua juntó las manos, y la multitud que la rodeaba cantó: «Amén.» «Á esta palabra me desperté, añade luego, y sentí en mi boca un sabor desconocido y de una dulzura incomparable. Comprendí que era la muerte lo que me aguardaba, y se lo dije á mi hermano. ¡Desde aquel día me despedí de la vida!...»

Llegó la hora en que los prisioneros debían comparecer ante el juez. Se había divulgado la noticia, y un pueblo inmenso concurrió al foro.

El anciano padre de Perpetua quiso tentar un último esfuerzo, y abalanzándose á ella: «¡Hija mía, le dijo, ten piedad de mis canas! ¡Ten piedad de tu padre! ¡Yo te he amado más que á todos tus hermanos!... ¡Piensa en tu hijo que va á morir sin ti!...» Y hablando de esta suerte besaba las manos de su hija y se las bañaba con sus lágrimas, se postraba á sus pies y ya no la llamaba su hija, sino que suplicando le decía: «¡Señora mía!...»

¡Perpetua lloraba á lágrima viva!... Desprendiéndose de su hijo le puso en los brazos de su padre diciéndole: «¡Padre mío, yo estoy en las manos de Dios, en el foro no sucederá sino lo que él quisiere.»

Luego fué sacada violentamente de allí por

los soldados, y el pobre padre se retiró lleno de una desolación desgarradora.

El relato de Perpetua acerca del interrogatorio que se hizo á los mártires es muy breve, pero otras actas nos permiten suplir á esta brevedad.

Estos procedimientos tanto en Roma como en Cartago, iban acompañados de gran aparato. La plataforma que servía de tribunal, levantada sobre el foro, dominaba á toda la multitud; el juez (entonces lo era Hilariano, procurador interino, pues el procónsul Minucio Timiano había muerto después del arresto de los mártires), el juez, repito, sentábase sobre un trono, rodeado de todo el aparato militar de los gobernadores romanos. El pequeño grupo de los presos subió al estrado y compareció delante de él.

—Sacrificad á los dioses,—les dijo; así lo han ordenado los emperadores inmortales.

Saturo, el catequista, respondió: «Á Dios es á quien se deben ofrecer sacrificios, y no á los ídolos.»

*Hilariano.*—¿Respondes en tu nombre, ó en nombre de todos?

*Saturo.*—En nombre de todos, porque todos somos del mismo parecer.

*Hilariano,* dirigiéndose á los demás.—¿Es verdad lo que afirma Saturo?

*Todos.*—Verdad: esa es nuestra voluntad exactamente.

El magistrado ordenó entonces separar de los demás á Felicitas y Perpetua. En seguida trató de convencer á los hombres, pero éstos permanecieron inquebrantables.

No esperando nada por este lado, volvió á llamar á Felicitas y Perpetua, y dirigiéndose á la primera entabló con ella el siguiente diálogo:

*Hilariano.*—¿Cómo te llamas?

*Felicitas.*—Felicitas.

*Hilariano.*—¿Tienes marido?

*Felicitas.*—Sí, pero no está aquí.

*Hilariano.*—¿De qué condición es?

*Felicitas.*—Del pueblo.

*Hilariano.*—¿Tienes padres?

*Felicitas.*—No, pero Revocato es hermano mío.

*Hilariano.*—Ten piedad de ti misma, infeliz mujer, y sacrifica á fin de vivir, pues veo que llevas en tu seno una criatura.

*Felicitas.*—Soy cristiana, y debo sacrificarlo todo por Dios.

*Hilariano.*—Mira por ti misma, pues me inspiras compasión.

*Felicitas.*—De ningún modo me persuadirás.

*Hilariano.*—Y tú, Perpetua, ¿qué respondes, quieres tú sacrificar?



*Perpetua.*—Mi nombre lo dice, soy Perpetua, yo no cambio jamás.

*Hilario.*—¿Tienes padres?

Salió un grito de entre la muchedumbre, y se vió al padre de Perpetua abriéndose paso para subir corriendo las gradas del estrado, caer de rodillas ante su hija, y en sus brazos extendidos levantar á su nietecito que lloraba, y exclamar: «¡Ten piedad de tu hijo! ¡ten piedad de tu hijo!»

Perpetua sintió despedazársele el corazón; ahogábanle los sollozos: volvió la cabeza, y de los ojos que levantó al cielo se desbordaron torrentes de abrasadoras lágrimas.

—Perpetua,—le dijo el juez, piensa en tu padre y en tu hijo; sacrifica por la salud de los emperadores.

Perpetua respondió con voz entrecortada por el llanto: «¡No puedo! ¡soy cristiana!»

Entonces el juez tuvo una inspiración bárbara: hizo echar de allí á latigazos al padre y al niño: «¡Oh, escribe Perpetua, cómo desgarraban mi corazón aquellos golpes!» Mas viéndola inquebrantable, Hilario abrevió el acto y condenó á Perpetua, Felicitas, Saturo, Revocato y Saturnino á ser devorados por las fieras.

Volviéronse de nuevo á la prisión. Apenas entrada en su calabozo, envió Perpetua al diá-

cono Pomponio á buscar á su hijo. Su padre se negó á entregárselo. Esto fué para ella el principio de la muerte. «No obstante, Dios se ha mostrado benigno conmigo, dice ella, pues he sabido que mi pobre hijito no ha pedido de mamar, y yo misma no he sentido en mis pechos malestar alguno.»

---

Véome precisado, Señores, á interrumpir mi narración; adivino lo que está pasando por vuestras almas, y voy á contestar á ello.

Ese anciano padre, desolado, suplicante, y á quien se rechaza; ese niño que llora, y que no tiene madre, ¡oh, qué impresión tan dolorosa causa todo eso!

Esa hija, esa madre que despedaza sin duda su propio corazón, pero que al mismo tiempo despedaza tantos otros corazones, ¿no es implacable, dura y cruel?...

Nosotros creemos lo que ella cree, servimos al mismo Dios á quien ella sirve, y sin embargo nuestra fe es tan tibia y nuestras almas tan muelles, que ante ese espectáculo, yo no sé, quizá vacilamos. Quizá preferiríamos que fuera menos grande y más sensible, menos amante de Dios y más inclinada á la tierra. ¡Oh, cómo

han pervertido nuestros corazones á nuestras inteligencias!...

Y hay más todavía, Señores; para aquellos que no creen, Perpetua es un escándalo!

He aquí lo que leo en un libro escrito en tiempo del imperio por un familiar del emperador, ministro de Instrucción pública en Francia: «Historiador de los hechos humanos, yo debo ver en la santa también á la mujer que insulta públicamente las leyes de su país (¡las leyes de su país! ¡como si la ley prevaleciera contra la justicia, y la tiranía contra el derecho!) y mostrar á la madre abandonando á su hijo, á la hija afligiendo á su padre... Es menester decirlo, esa joven madre que iba á la muerte pisoteando el corazón de todos los suyos, es un héroe de una especie particular. Ella moría para sí misma, á fin de vivir eternamente; los verdaderos héroes mueren por los demás...» (1).

¿Qué es lo que viene á ser este discurso, en el que el buen sentido sale tan ultrajado como el valor? ¿Qué quiere decir toda esa retórica sino que es preciso hacer traición al deber, cuando su cumplimiento haría derramar sangre á un corazón; entregar la libertad de su alma y ven-

---

(1) Duruy, *Historia de los Romanos*, t. VI, páginas 226-227.

derla para conservar bienes, amables indudablemente y dulcísimos, pero de especie mucho menos noble sin embargo que el honor y la dignidad humana? En lugar de Dios, de quien ese buen ministro apenas se cuidaba, poned el emperador, y ved la traducción que resulta de su discurso: «Esa joven madre á fin de conservarse para su padre y para su hijo, debiera haber vendido al emperador.»

¿Qué pensaría de esto el ministro?

Avancemos un poco más: un general por temor á la bala que le arrebatará para siempre al amor de su esposa y de su hija, deberá huir y ocultarse tras los muros de una tapia. Si se dejase matar, moriría para sí mismo, por la vana satisfacción del honor militar; los verdaderos héroes mueren por los demás.

¡Pero él muere por la patria!

¿Y no muere ella por Dios?

En tesis general, si en el camino del deber se os atraviesa un corazón... retroceded, desandad el camino, abandonad el deber, hacedle traición, pero sed humanos y respetad el corazón ajeno.

¡Ah, Señores, venimos á parar á una bella moral! ¡qué esponja tan hermosa para pasarla sobre nuestras frecuentes debilidades y caídas!

«¡Oh, si yo no hubiera cedido, si yo no hubie-

ra faltado, si yo no me hubiera deshonrado y envilecido, hubiera sufrido tanto aquel pobre corazón!»

¡No veis que esto es la muerte de toda grandeza, de todo heroísmo, de todo valor, que es la muerte de toda virtud!

Siempre el deber y la libertad nos exigen sacrificios, grandes ó pequeños, nosotros se los debemos, y el que se los rehusa es un vil. Son dioses á quienes se lo debemos inmolar todo, sopena de convertirnos en unos infames. Cuando ellos nos exigen inmolar nuestras pasiones, nuestros deseos, las inclinaciones naturales de un alma deseosa de gozar, las ambiciones de un espíritu enamorado de la vana gloria, es preciso que les ofrezcamos esas víctimas.

Cuando nos exigen nuestras vidas, les debemos nuestras vidas... Cuando nos piden más que la vida... (porque decidme, ¿no sería más dulce para una madre aceptar la muerte que sacrificar un hijo?... ) ¡es preciso saber dar más que la vida, es preciso saber sacrificar un hijo!

¿Y sabéis por qué esa Perpetua, la noble, y esa Felicitas, la esclava, son tan incomparablemente grandes?... ¿Es sólo porque van á morir en seguida entre tormentos? No, ¡han muerto de igual modo tantos otros, á quienes admiramos sin duda, pero que no nos causan ese ho-

rror del corazón y ese estremecimiento del alma, que habéis sentido ante esas jóvenes africanas! ¿Por qué, pues? Porque puestos en presencia del cúmulo de sacrificios que Dios les exige, nuestro espíritu se confunde... Todas las angustias y todas las amarguras se hallan en la copa que Dios les hace beber y la copa se desborda. No hay partecita de su corazón que no deba ser triturada.

Y ellas no retroceden; sufren todas las torturas del alma... ¿Conocéis alguna que se las haya ahorrado?... las sufren todas... Lloran, ¡oh! sí, pero no flaquean... Y ahora valientes, heroicas, sublimes, superiores sin comparación á cuanto nos presenta la tierra como grande, avanzan con paso firme hacia la muerte.

---

Habían sido los mártires trasladados á una prisión nueva, bajo el anfiteatro. Se les reservaba para los juegos con que debía festejarse el aniversario del nacimiento de Geta, hijo de Severo. Pusieronlos en cepos. Perpetua cesó de escribir su diario. Secundulo, uno de sus jóvenes compañeros, murió consumido por el dolor y el horror de aquellos infectos calabozos.

Los otros pasaban los interminables días de

la prisión en prepararse para el combate, en orar, en alentarse mutuamente á la santa victoria, en pensar en el cielo, tan cercano.

Mas para Felicitas la dicha de morir por su Dios iba mezclada de un temor. La ley romana estaba terminante, no podía morir antes de haber dado á luz la criatura que llevaba en su seno; y Felicitas se entristecía pensando que se retardaría para ella la hora del martirio, y que no moriría al lado de Perpetua, su hermana y su amiga. Porque entre hijos de Cristo no hay libres ni esclavos, y la patricia amaba á la humilde joven, sin cuidarse de que en otro tiempo había sido vendida en la plaza pública.

Ahora bien; iba acercándose el día del martirio, estaban ya en la víspera. Felicitas suplicó á Perpetua que rogara con ella, hizo también la misma súplica á Saturo y sus hermanos; y todos de rodillas rogaron á Dios que escuchara á la pobre esclava.

Y mientras rogaban, le sobrevinieron los dolores del parto. Como la pobre gemía, uno de los guardas le dijo burlándose: «¡Bah! ¿de eso te quejas? ¿qué será, pues, mañana cuando estés entre los dientes de las fieras?...» Á lo cual respondió Felicitas: «¡Hoy sufro por mí, y soy yo la que sufre; pero mañana sufriré por Cristo, y Cristo será quien sufra en mí!»

Dió á luz una niña. La tomó en sus manos, la contempló sonriendo, luego la besó con muchas lágrimas, y se la entregó á una cristiana que tuvo á bien adoptarla.

Todos, pues, estaban ya preparados.

---

La mayor parte de entre vosotros, Señores, ha podido ver el Coliseo de Roma, ó las Arenas de Nimes. Todas las grandes ciudades del imperio tenían un anfiteatro construído por ese modelo; solamente en Francia más de cuarenta ciudades tenían el suyo. Las ruinas que de ellos nos restan, nos permiten reconstituirles fácilmente. Eran grandes edificios circulares, cuya parte central formaba la arena propiamente dicha. Alrededor estaban dispuestas al ras del suelo las jaulas de las fieras, las habitaciones de los encargados de su custodia y las de los soldados, y las salas adonde se conducía á los cadáveres ó se daba el golpe de gracia á los moribundos. Sobre este primer círculo se elevaban por gradas y en anfiteatro los asientos en que se colocaban los espectadores. Las Arenas de Nimes se elevaban de este modo hasta 21 metros de altura, el Coliseo de Roma hasta 50 metros: 24.000 espectadores podían



tomar asiento en Nimes, y 80.000 en Roma. ¿Cómo aquellas muchedumbres habían llegado á encontrar placer en la vista de la sangre de hombres y mujeres corriendo á torrentes, en contemplar la agonía y las convulsiones de la muerte? Yo no puedo ni explicármelo, ni comprenderlo; pero el hecho está ahí palpitando ante nuestros ojos en toda su ignominia. Acoraos que Trajano después de su segundo triunfo dácico hizo batirse y morir en el Coliseo á 10.000 gladiadores: hombres y bestias fueron degollados durante ciento tres días. ¡Y los espectadores no dejaron de asistir ni un sólo día!

Imaginaos, pues, el anfiteatro de Cartago. La muchedumbre ha concurrido á él ávida y palpitante. Las graderías inferiores están llenas de magistrados y de las personas notables de la ciudad: en medio de ellas bajo un dósel con franjas de oro está sentado Hilariano, el representante del poder de los Césares. Más arriba están colocados los caballeros y los ciudadanos, *cives*; más arriba todavía el pueblo bajo y los esclavos. Un ruido confuso y tumultuoso sube y se entrecruza de todas partes, cortado á veces por gritos de impaciencia.

De repente, á una señal del gobernador romano, queda todo en profundo silencio; se abre

una puerta que comunica con la arena; por allí aparecen los mártires.

Saturo marchaba á su cabeza con calma y noble majestad; le seguían Saturnino y Revocato; detrás iba Perpetua con su manto de patricia, sus cabellos recogidos sobre la frente con peineta de oro y adornada como para una fiesta. Apoyada en su hombro marchaba, por último, toda pálida aún y con paso vacilante, la esclava Felicitas.

¡Perpetua cantaba!

Se los condujo delante de Hilariano, según la costumbre, y ellos le saludaron. «Dios os juzgará, como nos habéis juzgado á nosotros,» le dijo Saturo. Hilariano sonrió y dió orden de que los azotaran.

Formáronse inmediatamente dos filas de soldados armados de correas emplomadas... los mártires salieron de la arena pasando por entre aquellas dos filas bajo el chasquido de los latigazos. Y el pueblo reía á grandes carcajadas.

Revocato y Saturnino fueron vueltos á llamar los primeros; abrióse cerca de los mártires la jaula de un tigre. La fiera de un salto se precipitó sobre ellos, y comenzó á correr sangre cristiana; luego volvió á entrar el animal en su jaula. Lanzaron después sobre los firmes confe-

sores de Cristo un oso, y éste les aplastó. Y como yacieran inanimados en la arena, agarrocharon sus cuerpos y los arrastraron moribundos fuera del recinto.

Llegó en seguida Saturo conducido por un soldado, Pudente, al cual desde que entró en la prisión le había estado predicando la fe de Cristo. Se abrió la jaula de un feroz jabalí; la fiera corrió á Saturo y le echó por tierra; luego volviéndose contra el encargado de su custodia, le desentrañó horriblemente. Se quiso hacer salir un oso, pero el animal rehusó dejar su guarida. Mientras le azuzaban, Saturo dijo á Pudente: «Esta fiera no me hará daño ninguno, pero el tigre que van á soltar en seguida me matará.» Cerraron la jaula del oso, y dieron libertad al tigre; la fiera saltó á la garganta del mártir, y de un mordisco le tiñó por completo en su propia sangre.

«¡Ah! ¡ah! vedle ahora bien bautizado,» gritó el pueblo. Saturo había caído: «Adiós, dijo al soldado, acuérdate de mí,» y tomando su anillo, le mojó en su sangre y se lo dió como recuerdo. Después se desmayó y le condujeron al espoliario para darle el golpe de gracia.

Quedaban Felícitas y Perpetua.

Ambas debían servir de juguete á una vaca furiosa. Según la costumbre se las despojó de

sus vestidos y se las envolvió en las mallas de una red.

Cuando el pueblo vió aparecer de esta suerte á Perpetua con su delicadeza aristocrática y á Felicitas todavía temblando de fiebre, tuvo piedad, resonó un gran clamoreo: «Que se les devuelvan sus vestidos.» Y los soldados las hicieron entrar otra vez en la habitación destinada al efecto.

Perpetua y Felicitas pusieron de nuevo sus vestidos, arreglaron otra vez sus cabellos, y bien presto reaparecieron en el Circo.

La vaca asaltó primero á Perpetua, y engan-chándola en sus astas la lanzó al aire; en seguida se precipitó sobre Felicitas y la pateó con furor. Perpetua cayó al suelo con todo su peso, pero se levantó sin herida alguna. Como su vestido estaba desgarrado, juntó sus pliegues para cubrirse, y sujetó sus cabellos con la peineta de oro. «No está bien, decía ella, que una mártir muera con los cabellos esparcidos como una mujer desolada.» Luego viendo á Felicitas por tierra, corrió hacia ella, y tomándola en sus brazos la levantó dulcemente.

Por segunda vez sintió el pueblo un movimiento de piedad, y gritó: «¡Que se acabe con ellas! ¡que se las remate!» no queriendo verlas sufrir más. Un gladiador corrió hacia Felicitas,

y de un golpe le hundió su espada en el pecho. Otro gladiador, desmañado ó quizá conmovido, corrió hacia Perpetua, pero su arma resbaló por las costillas y la desgarró. Perpetua lanzó un grito, y cogiendo la espada por la punta, ella misma la puso sobre su garganta: «Aquí,» dijo al gladiador, y éste, empujándola con fuerza, se la metió hasta la empuñadura. Saltó una ola de roja sangre, y envuelta por completo en ella como en manto de púrpura, cayó al suelo la mártir.

Así murieron por Cristo Santa Perpetua, Santa Felcitas y sus compañeros mártires de la Iglesia de África.

Si yo añadiera cualquiera cosa á este relato, creería desvirtuarle. ¡Qué almas! ¡qué corazones! ¡qué valor!

Pudiera pareceros, Señores, que esa visión clara del deber, ese valor en cumplirle y esa grandeza de alma es patrimonio exclusivo de las sociedades civilizadas; que es una de esas cosas finas y peculiares de ciertas castas ó familias distinguidas semejantes á aquella antigua caballería, en que el valor, la generosidad y todas las delicadezas de un corazón entusiasta estaban reservados á los nobles de aquel tiempo

y se trasmitían con la sangre y con el escudo de familia.

Sin duda, os lo he dicho antes y lo repito de nuevo, Perpetua, Felcitas y todos sus compañeros de muerte y de victoria habían respirado el aire de Roma y de Atenas, y estaban impregnados por todas partes de aquellas civilizaciones elevadísimas y grandiosas.

Pero no era en ellas, creedme, donde habían encontrado aquella exuberancia de heroísmo y aquel magnánimo valor; fué en un librito que se llama el *Evangelio*, donde aprendieron á morir; fué en el banquete de Cristo, donde comieron el pan de la fortaleza y bebieron el vino generoso de la energía.

¡Ah! si dudarais de ello, yo os pediría una cosa: yo os pediría que lo buscarais en nuestra sociedad contemporánea; á pesar de que es muy civilizada, pues jamás las artes, las letras, las ciencias, jamás la mecánica sobre todo ha remontado tanto el vuelo; se precia el presente de ser un gran siglo, mostrándose muy desdeñoso de todos sus predecesores; pues bien, buscad en él, lejos del *Evangelio* y de Cristo, entre esos literatos sin fe y esos sabios sin alma, entre esos políticos tan hábiles y esos filósofos tan libres, buscad alguno presto á morir por sellar con su sangre las convicciones de su vida!...

Y mientras vosotros buscáis, iré yo á esa misma África á preguntar á la historia, á buscar á mi vez, no ya entre los civilizados, sino entre los salvajes, entre esos pobres salvajes que corren desnudos por sus bosques, más cercanos, pudiera decirse, de la bestia que del hombre, y les preguntaré: «Hermano mío salvaje, ¿te han hablado de Cristo?»

—Sí, hombre blanco, nos han enseñado la oración.

—¡Ah, hermano mío! entonces debe haber mártires entre vosotros; cuéntame su historia.

Pues bien, he aquí lo que el pobre negro me contaría.

No lo olvidéis, Señores, estamos ahora en pleno corazón del África, en el mundo de los negros, en el centro del salvajismo, en la corte del rey Mteaça, visitado por Baker, Speke y Stanley en las riberas del Nyanza, en los confines mismos del reino del Congo. El valor de que os voy á hablar no saldrá ya pues de un alma de blanco ó de blanca, sino del alma de esos pobres negros que á veces despreciamos, hacia quienes mostramos un desdén mezclado de compasión, pero que de un sólo vuelo suben tan alto que ante ellos debiéramos caer de rodillas.

---

Seré breve.

Hace dos años acababa de morir Mteaça, y le sucedió Mouanga. Un día, mal aconsejado por uno de los oficiales de su corte, empezó á recelar de los cristianos, cuyo número aumentaba sin cesar en su tribu. En seguida ordenó que se los degollara. Si por casualidad habéis leído alguno de los numerosos viajes al África central publicados en estos últimos tiempos, sabréis que á cada instante se ve ensangrentada aquella desgraciada tierra por matanzas horribles y sin número, y que la corte del rey Mteaça estaba acostumbrada á ellas de un modo especial.

José Mkasa es el primer condenado al suplicio; á él marcha sonriendo, y mientras le atan fuertemente las manos, se limita á decir al verdugo: «Dirás á Mouanga que me ha condenado injustamente, pero que le perdono de todo corazón.»

É inclina el cuello bajo el hacha.

Hállanse reunidos todos los pajes del rey.

«Que los que rezan pasen á la derecha,» dice Mouanga. É inmediatamente todos los cristianos van á colocarse á la derecha. Forman de ellos dos grupos: atan juntos á todos los jóvenes de dieciocho á veinticinco años; después, también juntos, á todos los más pequeños. Se



les ató tan estrechamente que no podían andar sin empujarse unos á otros, y aquellos jovenzuelos que iban á morir, con la desaprensión propia de su edad, se reían de aquella postura tan extravagante.

El rey llamó entonces á Bouzabaliao.

—¿Eres tú,—le dijo, el jefe de los cristianos?

—Soy cristiano,—contestó él, pero no me pertenece el título de jefe.

—Pues bien, se te va á matar en seguida.

—Oueraba,—respondió el martir, ¡adiós! yo rogaré por ti.

El jefe de los pajes fué quemado aparte á fuego lento.

Se hicieron para todos los otros haces de leña seca, en medio de los cuales se los enrolló, atando las ramas por debajo para que no se escapasen.

—Declarad simplemente que no volveréis á rezar,—les dijo el verdugo, y Mouanga os perdonará.

—¡Oh! no,—respondieron ellos, rezaremos mientras vivamos.

Y continuó el siniestro preparativo.

Todos los haces fueron colocados unos al lado de otros en una gran hilera.

Restaba uno que hacer y una pobre victimita que liar... ¡Horror! era el hijo mismo del verdu-

go. El padre había esperado que la vista de los preparativos del suplicio quebrantaría su valor. Pero el niño permanecía firme. Se echó él mismo sobre las ramas, y cuando quedó enrollado en ellas: «¡Oueraba, dijo, adiós, padre mío!»

—¡Hijo mío,—le dijo entonces el verdugo, ven, yo te ocultaré en mi choza; nadie pasa por allí, y no te encontrarán!

—Padre,—le respondió el niño, yo no quiero esconderme, yo quiero ser fiel á la oración. Por otra parte tú eres esclavo del rey, si me escondes, mandará que te maten; pero, padre mío, tengo miedo al fuego, mátame antes de que le enciendan.

El verdugo hizo señal á uno de sus ayudantes, le dió órdenes y se retiró de allí. El ayudante levantó al niño y le rompió la nuca. «Al menos, se dijo, el pequeñín no sufrirá la horrible muerte del fuego.»

Entonces se encendieron las hogueras, y una densa y negra humareda empezó á subir á los cielos entre siniestros chisporroteos. ¡Ni un grito, ni un gemido, ni una lágrima! ¡Los jóvenes mártires rezaban!

Treinta y cuatro fueron quemados de esta suerte en aquel día.

Y esto, Señores, no ha sido en los primeros

siglos de la Iglesia, fué, por decirlo así, ayer, fué el 22 de Mayo de 1886.

Ahora bien, Señores, ¿qué decís de esto?...

¿El heroísmo de estos negros, de estos salvajes, es de menos alto rango que aquel de los civilizados del siglo III? ¿No son de la misma familia todos esos mártires? ¿Qué es, pues, lo que ha hecho al negro tan grande de buenas á primeras? Ya os lo he dicho: el Evangelio. Y en verdad menos todavía que el Evangelio, las simples lecciones, el sencillo catecismo de un pobre misionero.

Y ahora permitidme concluir.

---

Ha sido ciertamente un pensamiento generoso, feliz y magnífico, el que ha tenido nuestro monarca al concebir el glorioso proyecto de civilizar el África central. La historia dirá tal vez que adormecidos por la atmósfera enervante de nuestra vida contemporánea, tan egoísta por desgracia, no hemos sabido apreciarle con justicia.

Que no diga al menos, que después de haber reconocido la grandeza de la empresa, no hemos cooperado á ella, que nos hemos desentendido de esas cosas lejanas, que le hemos rega-

teado nuestro oro y nuestros corazones. No, ¡eso no sucederá!

Pero ¡sabemos bien lo que pretendemos!

Civilizar á aquellos salvajes, ¿no es verdad?

Sí, Señores, civilizar á aquellos salvajes. Pero ¿qué es esto?

¿Es enseñarles á manejar la carabina, á echar puentes sobre los ríos, á construirse casas de piedra, á vestirse de tela ó de lana, á trazar vías férreas por sus montañas, á imprimir libros, á destilar alcoholes?

Sí, no tengo reparo en concederlo... Pero ¿no es más que eso?

¡Pues si eso no es nada! Yo os enseñaría en mi país multitud de gentes que saben esas cosas, y que cuando se ofrece un caso en que los salvajes se inclinarían con respeto, ellos aullan y echan espumarajos de furor, como las bestias feroces, en sus inmundas madrigueras.

No hay civilización donde no reina el deber.

Y el deber no reina, donde no reina el espíritu de sacrificio hasta la efusión de sangre, hasta la muerte.

Y el espíritu de sacrificio no reina más que en las almas en que reina Cristo, el Dios del Sacrificio y del Calvario.

¿Queréis civilizar á los negros? Muy bien, enviadles vuestros hierros, vuestros tejidos, vues-

tras máquinas, vuestros fusiles; mas ante todo enseñadles el Evangelio.

Yo me regocijo, Señores, al pensar, juzgando por el ejemplo que acabo de referiros, en lo que llegarían á ser esos queridos negros de aquellas lejanas tierras, doblemente hermanos nuestros, pues son de la misma sangre que nosotros, y viven bajo el mismo cetro y la misma corona.

Es un axioma antiguo, Señores, que ha llegado á ser una de las citas más comunes de la Apologética y de la Cátedra cristiana «que la sangre de los mártires es semilla de cristianos.»

Perpetua sembró el suelo de Cartago.

Los queridos negros cuya muerte os he contado, sembraron también las regiones vírgenes que nuestro Rey ha abierto á la civilización europea.

La sangre de Perpetua fué fecunda. Cartago llegó á ser, bien lo sabéis, una de las cristianidades más gloriosas de la historia. Sus Obispos ocupan en la historia un rango incomparable. Baste citar á San Agustín, que habrá tenido acaso quien le iguale, pero no quien le sobrepuje.

Pues bien, yo espero y creo que la sangre de los negros será también fecunda para el África, y que allí donde la intrepidez de nuestros viajeros haga brotar del suelo el oro y las riquezas,

la cruz de nuestros misioneros hará germinar, por encima de esos tesoros, excelentes virtudes.

No son las riquezas las que salvan al mundo, son las virtudes.

Contemplad, pues, la bandera que flota allá en las riberas de los grandes lagos y de los caudalosos ríos.

¡Es azul... es el cielo!... adonde como nuestros corazones se dirigirán los corazones de los negros como al blanco de su esperanza.

Y en sus pliegues brilla una estrella... ¡la antigua estrella que llamó y condujo ante la cuna de Cristo Niño á los primeros negros!

A. M. D. G.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

---

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*

### Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.<sup>a</sup> parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.<sup>a</sup> parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

### Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*





## EL HIJO DEL POBRE

*Invenietis infantem pannis involutum et positum in praesepe.*

(LUC. II, 12.)

Hallaréis al Niño-Dios envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.



OBRAS AMENAS  
DEL  
P. VÍCTOR VAN TRICHT  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

EL HIJO DEL POBRE  
CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO  
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS  
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

---

ES PROPIEDAD

---



Monseñor, (1)

SEÑORAS Y SEÑORES:

**E**N los húmedos y pobladísimos bosques del Norte de Europa crece una planta singular que es trasportada á veces á nuestros jardines, y cuyas propiedades maternales siempre me han llamado vivamente la atención. Es la Balsamina de los bosques, á la cual los botánicos suelen llamar: *Impatiens, noli me tangere*: «la que no sufre que la toquen.»

No es ciertamente una planta de grande ornato, y vosotros no la colocaríais en los canastillos que se despliegan en las ventanas de vues-

---

(1) Mons. Doutreloux, Obispo de Lieja.

tros salones; no tiene amplitud, carece de gracia y esbeltez, su tallo es delgado y sarmentoso, sus hojas tenues, puntiagudas y hendidas, sus flores rojizas y pequeñas, pero su fruto llama la atención extraordinariamente.

Es una cápsula graciosa, de figura oval, de un verde pálido y á veces de color anaranjado, dividida en cinco bandas por rayados surcos que van de un polo al otro, y allí se cruzan como los meridianos de una esfera.

Abrid ese fruto por el medio, y en él encontraréis cinco camaritas, cuyas paredes estaban marcadas por los surcos, y en cada una de ellas seis granos adheridos al ángulo.

Ahora ved lo que sucede:

Cuando los granos están ya maduros y la planta-madre les ha nutrido suficientemente con su savia, llega un momento en que de repente, cual si saltara un resorte, el fruto estalla, las cinco puertas de las cinco camaritas se levantan y se enroscan bruscamente en espiral hacia el pie del fruto, y los granos son lanzados con viveza á diez pasos de distancia en derredor, como si estallara desparramándose un cartucho de perdigones.

Esta singular Balsamina es tan impaciente que, aun antes de tiempo, si distraídos en vuestro paseo llegáis á tocarla, ó si con la punta de

su ala un pájaro cualquiera la toca, al punto estalla, y como si montase en cólera, lanza á la ventura sus granitos al rostro del paseante ó al cuerpo de la avecilla.

Confesaréis, Señores, que este es un procedimiento muy hábil, expedito y cómodo para desembarazarse de sus hijos y ponerlos á muy poca costa en medio del mundo.

Y sin embargo, notémoslo bien, esa Balsamina es una de las raras plantas que tienen algún cuidado de los granos que han producido. Las otras, inertes, y sin amor, los dejan perezosamente caer á sus pies los unos sobre los otros, como dejan caer sus hojas muertas.

La Balsamina al menos, lanzándolos alrededor suyo, los siembra á cierta distancia, y de esa suerte proporciona á cada uno el lugar y el aire de que tendrá necesidad para desarrollarse.

¿Qué más necesita el grano?

Nada.

Se halla preparado ya por sí á todos los combates..., en aquella pequeña simiente se encuentra el resorte completo de la vida.

Bajo la tenue cascarilla que le envuelve, nuestros más poderosos instrumentos no descubren otra cosa que un fino polvo de átomos..., y sin embargo, allí está la vida. ¡Dejad dormir ese fino polvo, dejadle que duerma aunque sea des-

de los tiempos de los Faraones en aquellos inmensos sepulcros de piedra por los cuales han pasado cuarenta siglos, la vida está allí, la vida permanece siempre allí! Que vengan la luz y el calor de Mayo, que vengan el rocío de las noches y la lluvia del cielo, y ese grano, inactivo desde hace tantos siglos, pondrá manos á la obra; introducirá en el suelo su raíz, levantará hacia el cielo su tallo, echará sus hojas, producirá sus flores, dará sus frutos y á su vez sembrará sus granos.

¿Qué necesidad tiene de socorro esa semilla, si encierra en su seno todo el desarrollo de su vida? ¿De quién podría necesitar auxilio ni lecciones?

---

En un grado superior de la escala de los seres parece que todo cambia.

¿Quién de nosotros no ha sentido latir agradablemente su corazón al ver á un pajarillo alimentando á sus pequeñuelos y abrigándolos bajo sus alas extendidas y esponjadas plumas?

Mas conviene seguir hasta lo último á esa madre amante y tierna. La habréis visto cuando sus hijitos acaban de dar el primer vuelo. Pósanse el uno junto al otro sobre una misma rama lanzando monótonos píos, abriendo des-



mesuradamente su amarillento é insaciable pico y agitando sus alitas. La madre vuela por entre las ramas en busca de orugas y de insectos; hecha su provisión, acude con vuelo ligero á sus crías, y éstas se precipitan sobre ella todas á la vez, levantando y alargando sus cabecitas unas sobre otras..., la madre se retira, y no entrega su presa sino á pedazos, para poderla dividir entre todos aquellos glotones.

Esto durará ocho días, diez días, después... seguidla! ¡oh sorpresa! la veréis volver la espalda, abandonar á todos sus pequeños y recoger briznas de musgo para formar un nuevo nido. La seguirán los pobrecitos... mas ella les alejará de sí... y si persisten, á picotazos y aletazos les pondrá en fuga bien pronto.

¿Qué misterio es este?

¡Ah, Señores, como el grano de hace poco, esos pajaritos están ya preparados para la existencia, se hallan armados para los combates, tienen en su cabecita todo el resorte de su vida!

Ese instinto, ese misterioso instinto ante el cual duda y vacila nuestra filosofía investigadora, ese instinto de Dios que guía al pájaro en todas las fases de su existencia, se encuentra ya en aquellas cabecitas formado completamente y de un golpe, viviendo en todos, semejante en todos y en todos perfecto. Dejad, pues, vivir á

esos pequeños abandonados, y ellos irán, como hacía su madre, á buscar el insecto y la oruga; como ella irán á beber gota á gota el agua en la fuente; como ella cantarán en las ramas; como ella, cuando llegue el tiempo conveniente, cuando el invierno empiece á echar sus primeras escarchas sobre las hojas, se marcharán por un camino que nadie les ha enseñado, á través de un océano cuyas costas jamás han visto, á buscar luz y calor bajo cielos más clementes.

¿Qué necesidad tiene ya de una madre ese pajarito? ¿De quién podría necesitar auxilio ni lecciones si también él tiene encerrado en su seno todo el desarrollo de su vida?

Es una gran ley de la naturaleza, Señores, y desde la planta más humilde hasta el más fiero animal aparece siempre realizada: todo ser en este mundo ha sido armado por Dios para los combates que le esperan.

---

Un ser, un sólo ser parece formar excepción de la regla enunciada. Este ser es el hombre, es el hijo del hombre, es el niño.

¿Le habéis visto en los primeros momentos de su vida? ¡Oh! ¡qué criatura tan digna de compasión!

Vedle allí débil, sin fuerzas, temblando de

frío, llorando de puro sufrimiento. Sus ojos se cierran ante la luz que les hiere, su oído no presta la menor atención á las palabras de amor que se le dirigen, sus mejillas no sienten la dulzura de los besos con que se las cubre, sus tiernecitos miembros se doblegan bajo la delicada presión de quien los estrecha, y para no lastimarlos son precisas manos de madre. Nada se halla hecho en aquel pobre cuerpo; é iba á decir que nada se halla tampoco hecho en aquella alma. Bajo su frente, en aquella pulpa misteriosa en que un día se arraigará el pensamiento, no se halla trazado el menor surco: ¡todo está por hacer!

El infeliz exhala vagidos, llora, agita sus bracitos en el vacío, y sus labios se comprimen para apretar el seno de su madre, ¡ahí está todo su recurso! No tiene más que ese instinto al inaugurar la vida!

¡Sí, es un espectáculo desconsolador el de ese pequeño ser desnudo y desarmado!... ¿Le ha olvidado por ventura Dios á él, al hombre, al rey de la creación?

Ya habéis respondido en vuestro interior por mí: ¡no!... ¡Dios no ha olvidado al hijo del hombre! Dios le ha dado otra cosa mejor que la suave tersura de las flores, mejor que la delicada pluma de las aves, mejor que la abrigadora

piel de las fieras, mejor que la admirable luz del instinto; le ha dado otra cosa mejor que todos esos apreciables, poderosos y magníficos dones, le ha dado el corazón de su padre, y sobre todo, sí, sobre todo, le ha dado el corazón de su madre!

Pero mientras que el grano lleva en sí mismo su vida, mientras que el pajarillo lleva en sí propio su vida y su instinto, Dios ha puesto la salvaguardia del niño fuera de él, á su lado, en el seno de dos voluntades siempre libres. Podría, en vista de esto, parecer dudoso que Dios haya provisto convenientemente á la vida del niño, que le haya asegurado eternamente la debida salvaguardia.

¿Dudáis, Señores, sinceramente de ello?

Un poeta representó en versos de una majestad incomparable al «pálido Adán» y á «Eva, de canos cabellos,» sentándose al anochecer sobre una piedra y llorando en silencio. Y allí comprimiendo su respiración, con las manos en las rodillas y volviéndose las espaldas, anonadados... sin otro movimiento de vida interior que el de bajar cada vez más la cabeza; absortos en sombrío y fatal estupor, fríos, lívidos, huraños, encorvados bajo el ser sin límites, sin figura y sin nombre, contemplaban el uno cómo decrecía el día, y la otra cómo crecían las sombras...

Pensativos y cavilosos, sin oír ni ver nada, pasaban toda la sombría noche llorando en silencio, ambos á dos, abuelos del género humano lloraban: el padre lloraba á Abel, la madre lloraba á Caín (1).

Tendrían indudablemente Adán y Eva, al recuerdo de los bienes perdidos y á la vista del abismo de males abiertos por su culpa, momentos de horrible desesperación... Sí, derramarían copioso llanto sus ojos, abrasadoras lágrimas surcarían sus mejillas, tristes arrugas marcarían su frente, la angustia del corazón encanecería sus cabellos. Pero nada de eso me hace ver la santa Escritura, de nada de eso me da cuenta. Antes de que llegaran esas tristezas supremas había sonado la hora de la animación y del éxtasis. Escuchad: es una palabra, una sencilla

- 
- (1) Et là, sans qu'il sortît un souffle de leur bouche,  
 Les mains sur les genoux et se tournant le dos,  
 Accablés. . . . .  
 Sans autre mouvement de vie intérieure;  
 Dans une stupeur morne et fatale absorbés,  
 Froids, livides, hagards, ils regardaient, courbés  
 Sous l'étre illimité, sans figure et sans nombre,  
 L'un décroître le jour et l'autre grandir l'ombre  
 . . . . .  
 Ils songeaient et, rêveurs, sans entendre et sans voir,  
 Toute la nuit dans l'ombre, ils pleuraient en silence;  
 Ils pleuraient tous les deux, aïeux du genre humain:  
 Le père sur Abel, la mère sur Caïn.

palabra, pero de la cual se desborda á torrentes la dicha.

Acaba de cerrarse la página sombría y amenazadora; Adán y su compañera huyen á grandes pasos bajo la maldición divina; el Querubín guarda la puerta del paraíso, inmóvil, deslumbrando con el fulgor de su centelleante espada é impidiendo la entrada á todo mortal. Parece que todo ha concluído, parece que todo está perdido... ¡ya solamente lágrimas se derramarán en este mundo!

Y de repente, ¿qué es lo que leo?... ¡Ah! es un himno de alegría que estalla bajo los cielos iluminados por el sol. ¡Escuchad, escuchad!

«Eva concibió y dió á luz un hijo, y llena de júbilo exclamó: ¡Tengo un hijo! ¡tengo un hijo! ¡Dios me ha dado un hijo!...» *Possedi hominem per Deum!*

Es la dicha que vuelve, es la fuerza que renace, es la esperanza que sobrenada... «¡Oh! ahora soy fuerte. ¡Tengo un hijo! Dios me ha dado un hijo.»

Ya no es una simple mujer, ¡es una madre!  
¿Qué importan al presente el trabajo, las vigili-  
as, los sufrimientos, los peligros, los enojos,  
los disgustos y todas las cargas de la vida? ¿Qué  
importa la muerte?... ¡Ya la tenéis ahí, valerosa,  
invencible! «¡Tengo un hijo! ¡Dios me ha dado  
un hijo!»

¿Y el padre?... ¿no os parece que Adán, ante la feliz visión de su primogénito recién nacido, serenaría su frente y sonreiría de placer? También para él reviviría la esperanza y el valor... No había, pues, muerto ni desaparecido toda felicidad de la tierra: quedaba todavía algo bueno en la vida; y por esto en adelante abrirá con brazo más robusto los surcos de esta dura tierra que debe cultivar en castigo de su culpa.

¿Qué le importan ya á él tampoco el trabajo y el sufrimiento? ¿qué le importa el sudor que corre por su frente?... ¡Tiene un hijo, Dios le ha dado un hijo! Y cuando por la noche, cansado del trabajo y tostado por el sol vuelva á sentarse junto á Eva, tomará á su vez, en sus encalecidas manos, aquel primer hijo querido, á su vez le estrechará contra su pecho y se estremecerá de gozo al recibir un beso de sus diminutos labios, y cuando por primera vez enlacen su cuello los bracitos de Abel, como precioso collar, quedará embriagado de una satisfacción incomparable.

¡Así lo ha dispuesto Dios! Por un admirable retorno de las cosas, al niño le ha dado padre y madre; mas al padre y á la madre les ha dado el niño. De la dicha del uno ha hecho depender la dicha de los otros.

Á la inmensa necesidad que tiene el niño del

corazón de su padre y del corazón de su madre, ha respondido arraigando en las más profundas fibras de esos dos corazones la inmensa necesidad de amar al niño. No me digáis ya, pues, que está desnudo y desarmado, no me digáis ya que está solo. Son tres... y cuando él se me presenta, le veo entre su padre y su madre, llevado en sus brazos, abrigado con su amor y cubierto y defendido por el invencible escudo de sus corazones.

¡Oh! ¡sí! ¡verdaderamente que Dios ha tratado al hijo del hombre como á rey!

---

Y ahora no tenemos más que hacer la aplicación; porque la historia del primer nacido de Adán y Eva es nuestra historia, es la historia de todo hijo del hombre que viene á este mundo; siempre encuentra el niño abiertos para llevarle á través de los escollos de la vida, esos mismos brazos y esos mismos corazones.

¿Qué tenemos nosotros que de ahí no lo hayamos recibido?

¿No es de ahí de donde nos ha venido la tradición de la sangre que alimenta la vida física? ¿la tradición de las costumbres que alimenta la vida moral? ¿la tradición de las doctrinas que



alimenta la vida espiritual? ¿Y no constituyen esas tres vidas toda la vida humana?

«Si el más sabio de entre nosotros, dice un escritor moderno, hiciese un recuento exacto de todas sus ideas y de todos sus sentimientos, encontraría que lo mejor de su inteligencia y de su corazón le vienen de su madre. Todos nuestros esfuerzos, después que nos hemos separado de ella, nuestros estudios, nuestras vigili-  
as, nuestras experiencias, nuestros viajes, es bien poco lo que añaden á esos primeros elementos de vida intelectual y moral que le debemos. Por su boca nos habla todo el pasado de la inteligencia humana.

»Cuando más tarde un hombre de conciencia recta, de corazón noble, se siente en posesión de una voluntad á la vez resuelta y tranquila, á su madre es á quien después de Dios lo debe.»

Es verdad que lejos del hogar bendito en que nos cobijaba su amor, hemos aprendido muchas cosas; sin ella y lejos de ella hemos aprendido el griego, el latín y la retórica; hemos aprendido la historia y el derecho, las ciencias físicas, las artes, las matemáticas y que sé yo cuántas cosas más.

¡Ah! ¡es muy cierto!

Pero ¿de qué sirve toda esa balumba de conocimientos para la felicidad de la vida? ¿Qué

alivio nos prestan en la tentadora vehemencia de los deseos, en la angustia cruel de los sufrimientos, en la amarga soledad del corazón?

¡Yo quisiera saber quién es el hombre que ha llorado al recuerdo del teorema de Maclaurin! ¡Quién es el hombre á quien las Pandectas hayan encendido el corazón!

Mas ¡el recuerdo de una madre y de sus lecciones!...

Ella os tenía sentaditos sobre sus rodillas... por la noche, al amor de la lumbre, y vosotros la pedíais que os contara cuentos. Y mientras que con vuestras manecitas le acariciabáis el rostro, repetía ella por centésima vez: «Érase un rey que tenía tres hijas...» y terminado el cuento de *Las tres hijas del rey* con el consabido: «Colorín, colorado, este cuento se ha acabado,» le pedíais otro y otro, y ella os contaba el de *Porrita componte*, y el de *La cenicienta*, y el de *El palacio encantado* y todo ese conocido repertorio de las madres... Y todo esto en un lenguaje inimitable y encantador, entremezclado con sonoros besos y con aquellos mil cariñosos nombres que ella inventaba para vosotros, y con aquellas persistentes miradas que parecían querer comeros, y con inefables sonrisas, y con trasportes de loca alegría en que levantándoos en alto y poniendo sus labios sobre vuestros

labios, se echaba hacia atrás como para llevar mejor sobre su corazón todo el peso de su hijo.

¡Oh, qué dulces cuentos aquellos!... Allí todo pasaba, es cierto: fantasías, invenciones, ignorancias, prejuicios, locuras, imposibles, absurdos, lo confieso, pero entre aquellas historias frívolas pasaban también todos los grandes preceptos humanos. De ella aprendíais que es preciso amar á Dios, que es preciso amar á sus hermanos; de ella aprendíais que la miseria no importa nada, que el sufrimiento no es nada, que el deshonor y el crimen son los verdaderos males del hombre, que es preciso saber sufrir, que es preciso hasta saber morir antes que faltar á su deber; de ella aprendíais el horror á la pereza y á la mentira y á la injusticia; de ella aprendíais, en una palabra, todo lo que forma la verdadera grandeza de la humanidad. Vuestros ojos, abiertos de par en par, se fijaban en sus ojos, y dulcemente su alma pasaba á vuestra alma.

¿No es ella quien ha expiado el primer movimiento de vuestros labios para enseñarles á balbucear el nombre de Jesús?... ¿No es ella la que os contaba la historia de aquel Niñito Jesús, nacido por vosotros, muerto por vosotros, y á quien era preciso amar todavía más que á ella?... Con qué afecto descolgaba ella misma de la pa-

red aquel gran crucifijo ante el cual vuestros ojos se espantaban, y os le hacía besar con respeto, y luego, juntando vuestras manitas, os hacía rezar consigo y decir:

¡Oh Niño y Dios mío,  
Mi bien y mi amor,  
Venid, descansad  
En mi corazón!  
Mi corazoncito  
Es tan chiquitín,  
Que no hay en él sitio  
Más que para ti.

Después os acostaba en aquella blanda camita que ella misma había mullido con sus propias manos y calentado suavemente para vosotros, depositaba un último beso sobre vuestra frente... os cubría y arropaba ¡tan bien! ¡tan bien!... y para conciliaros el sueño os mecía y arrullaba y entonaba monótonos cantos..., bien pronto su voz iba haciéndose más dulce y más débil... hasta que se extinguía en un largo silencio... ¡había venido el sueño! Entonces se complacía en veros dormir y en contemplaros dormido, y silenciosa pensaba en aquel que era el único que podía ayudarle en su obra! Y á su vez, hundiendo la frente entre sus dos manos, de rodillas ante aquella camita blanca en que dormía el que era su vida, rezaba... ¡pedía por su hijo!

¡Oh recuerdos queridos! ¡queridos y dulces recuerdos! Bien de años han pasado para nosotros desde aquellos inocentes y felices días... la muerte nos ha privado hace largo tiempo de aquellas bienhadadas caricias!... ¡Nos hallamos solos en la vida!... y decidme, en vuestras horas de tristeza y de melancolía—¿quién no las tiene en este mundo?—en esas horas heladas, decidme, ¿no habéis sentido que el sitio que en vuestro corazón ocupaba la madre se halla todavía vacío, cruelmente vacío? ¡Oh si tuviéramos todavía á nuestra madre!... ¡Si ella pudiera volver por la noche, cuando nos consume el insomnio, á sentarse á nuestra cabecera y decirnos con su acento maternal: «¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡soy yo!» ¡Qué consolador nos sería aún el hablarla y el escucharla!... ¡qué de cosas tendríamos que decirle! ¡qué de penas que contarle, que ahora devoramos en silencio en algún sombrío rincón de nuestra alma!...

¿Habéis visto el cuadro de Ary Scheffer que representa á San Agustín y Santa Mónica sentados á vista de la playa? El hijo desilusionado de la vida y encorvado bajo su peso está apoyado en su madre. La madre tiene sobre sus rodillas estrechada entre sus manos la mano de su hijo, y los dos miran al cielo.

¡Ah, Señores! aun con nuestras arrugadas

frentes y nuestros encanecidos cabellos ¡qué bien nos haría el sentarnos de esa suerte sobre la arena, con los ojos fijos allá en lo alto de donde descienden las fuerzas divinas y el corazón reposando en aquel Corazón de donde toman su luz y fuego todas las llamas de acá abajo!

Es indudable que para transmitir de edad en edad y custodiar en el mundo la fe, el deber y el honor, Dios ha escogido á su Iglesia inmortal; y que la Iglesia habla al mundo por la voz del Obispo y del Sacerdote... mas al niño le habla la Iglesia por la voz de su madre.

Es también indudable que llega una hora en que el niño se emancipa, en que el aguijón de las pasiones y el estímulo del placer le hacen tascar y romper todos los frenos y le precipitan... Pero aun entonces, aun en esas horas de loca independendencia, cuando el orgullo ha endurecido como el acero á ese corazón rebelde, cuando todas las voces de la autoridad y del amor llaman en vano á ese corazón inerte y muerto, una voz le conmueve, una voz le hiere y le salva, es la voz de su madre.

Un día, de esto hace ya veinte años, fuí llamado á toda prisa por medio de un billete des-

garrador al lecho de muerte de uno de mis discípulos. Tres años antes nos habíamos separado despidiéndonos sin lágrimas del colegio, y por diversos caminos nos habíamos lanzado en el piélagos de la vida con las esperanzas propias de los veinte años. ¡Pobre amigo!... ¡la vida..., él la había consumido de un trago en la copa del placer, y precisamente á consecuencia de eso moría! Le encontré postrado en la cama, pálido y ya lívido, con sus dos brazos extendidos sobre el cobertor; me ofreció la mano, después con un gesto débil y lento me mostró su pañuelo manchado de sangre y su pecho de donde aun arrojaba sangre á cada respiración de su aliento.

El cura de su parroquia había ido á hablarle de Dios y él le había despachado...; después le había visitado con el mismo fin uno de nuestros antiguos maestros, y también le había despedido... Su madre tenía esperanza en mí... Dios me es testigo de que puse en juego todos los medios que estaban á mi alcance; agoté para mover aquella alma todos los recursos de nuestra amistad: «Es inútil, me contestó, tengo empeñada mi palabra de honor y no puedo darte gusto en eso. Déjame tranquilo, háblame de nuestros antiguos recuerdos,» y como á vuelta de éstos volviera yo á mis insinuaciones: «¡Vete

de ahí, me dijo enfurecido; me estás fastidiando, vete de ahí!»

Me levanté con el alma destrozada. Su madre, que nos había dejado solos y que nos estaba espionando, entró á la sazón en la cámara. Preguntó á mis ojos..., mis ojos le respondieron. Hubo entonces un momento de solemne silencio. De pie la afligida madre, con los brazos caídos, miraba á su hijo derramando gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas, y él la miraba á su vez con ojos secos. De repente, juntando las manos, se postra la infeliz de rodillas delante de su hijo, diciéndole: «¡Arturo! ¡Arturo! ¡quieres morir así!» y se ocultó el rostro con las manos. El moribundo hizo un esfuerzo convulsivo, y se incorporó sobre su lecho exclamando: «¡Mamá! ¡mamá! ¡no, no, no te arrodilles ante mí! ¡no, no, levántate, levántate!» Mas la inconsolable madre permanecía arrodillada y envuelta en sus lágrimas. «¡Mamá, mamá, instó el enfermo, te lo suplico, no sigas de rodillas, no sigas de rodillas!... ¡Oh! ¡ven, ven, yo me confesaré!» ¡Y con sus dos manos la atrajo sobre su pecho!

Ambos lloraban esta vez, y el cielo contempló gozoso un alma más salvada por las lágrimas de una madre.

Permitidme, Señores, que aún os cite un hecho histórico, un rasgo de valor, uno solo para mos-



traros el heroísmo que llegan á producir las lecciones maternas. En 1622 era encarnizadamente perseguida en el imperio japonés la religión de Cristo. Un grupo de cristianos había sido apresado y encerrado en las cárceles de Omura y de Nangasaki. Entre ellos se encontraba una joven viuda, Isabel Fernández, con su hijo único, Ignacio, que apenas contaba cuatro años. Desde el primer instante de su prisión conoció que no debía ni podía forjarse ilusiones de ningún género acerca de la suerte que la esperaba á ella, ni tampoco acerca de la que esperaba á su hijo... Ella debía morir... y él, á los cuatro años, ¡también debía morir! La valerosa madre le preparó para la muerte, le infundió fuerza y energía... á precio de qué torturas de su corazón, no tengo necesidad de decíroslo.

Llegó el día del suplicio... y la madre lavó cuidadosamente al niño, le rizó esmeradamente los cabellos, le puso sus vestiditos de fiesta, le engalanó cuanto pudo, á su hijito, para el martirio. Después, llegada la hora, tomándole en sus brazos partió.

En el lugar destinado para la cruel carnicería se habían levantado pilas de leña para quemar vivos á unos, y delante de las pilas tajos y hachas para cortar la cabeza á otros. Cuando estuvieron ya reunidos los cincuenta y dos sen-

tenciados á muerte, el que hacía como de jefe de todos ellos, el ilustre italiano P. Carlos Spínola, de la Compañía de Jesús, les dirigió á todos una entusiasta y ferviente arenga animándoles á retener la fe hasta conseguir la corona del martirio y la palma de la victoria. Terminada su peroración, viendo en el extremo de aquel valiente escuadrón de confesores de Cristo á Isabel Fernández, la preguntó dónde estaba su Ignacito, á quien él había bautizado en otro tiempo, pues la interposición de unos haces de leña impedía el que le viera. La madre entonces, levantando en sus brazos á su pequeñuelo tan bellamente vestido: «Vedle aquí, dijo, Padre mío, está muy contento de morir conmigo. Y yo con muchísimo gusto sacrifico á Dios mi vida y mi hijo, que son las dos cosas que más amo.» Luego dirigiéndose al niño: «Mira, hijo mío, le dice, mira al que te ha hecho hijo de Dios y te ha dado una vida mucho mejor que esta que dentro de poco se va á acabar; encomiéndate á él, hijo mío, y pídele que te bendiga antes de morir.» Púsose de rodillas el niño, y entrelazando sus manitas hizo lo que le mandaba su madre. En medio de la conmoción de cuantos presenciaban tan tierno espectáculo, el Padre le bendijo, y la madre estrechó contra su corazón y cubrió de besos y lágrimas á

aquel hijo querido que iba á morir!... Sin aguardar más, los verdugos dieron principio á la matanza. Tres ó cuatro cabezas separadas de su tronco por el hacha cruel rodaron á los pies del niño; él, sin embargo, no dió la menor muestra de temor ni espanto... ¡apoyado en el corazón de su madre permanecía sereno!... Mas entonces... ¡Oh! ¡entonces aquellas fieras sanguinarias le separan bruscamente de su madre, y fué su madre á quien vió colocada sobre el tajo, y sobre el cuello de su madre vió descargar el terrible golpe del hacha del verdugo, y fué la sangre de su madre la que vió saltar á borbotones, y fué la cabeza de su madre la que vió rodar á sus pies!... ¡y él, sin embargo, no tembló... no, no! Antes bien, como entendiendo que ya había llegado su vez, desnudó su cuellecito y corrió con sus pasos todavía vacilantes á colocarle sobre el tajo, aún caliente y empapado en la sangre de su madre, y con los bracitos juntos sobre el pecho esperó á que cayese el hacha, que bajó en seguida á juntarle en el cielo con su madre!

¡Ah! Señoras, registro la historia de los tiempos cristianos, hojeo las actas de nuestros heroicos mártires, y no hallo nada más grande, nada más sublime que esa madre y ese niño.

¡Oh Santa Isabel! ¡oh San Ignacito, querido,

hermoso y pequeño mártir! ¡concedednos algo de vuestro valor y de vuestra energía!

Pues bien, ved ahí, ved ahí lo que es una madre, ved el corazón á quien está encomendada la salvaguardia del niño desnudo y desarmado, y que después de haberle conducido al desarrollo de las fuerzas de la vida del cuerpo, le conduce á la cumbre de la magnanimidad y del heroísmo.

Ved ahí lo que Dios ha hecho por el hijo del hombre.

Y es tan evidente que Dios es el que ha hecho y hace de este modo las cosas, que desde el momento en que él sale del corazón de un pueblo, aparece en seguida, bajo formas más ó menos refinadas, pero siempre horribles, esa lepra de las sociedades paganas: ¡el infanticidio!

No puedo insistir sobre este punto, me limito á llamar sobre él vuestra atención.

---

El niño, al entrar en el mundo, no encuentra en él solamente abiertos para recibirle los brazos de su padre y de su madre, no entra solamente en ese círculo estrecho que se llama la familia; entra también de lleno en esa gran asamblea que se llama la sociedad humana.

Ahora bien; la sociedad debe asimismo ayuda y socorro al niño, porque el niño es para ella el porvenir en su flor... el niño de hoy será el hombre de mañana; el niño es la sociedad que renace de sus cenizas, es la sangre nueva, es la vida.

Veamos, pues, cuál es la parte que toma en esa obra; veamos el trabajo de la sociedad y su éxito.

Advertid, os ruego, que al hablar de la sociedad, no hablo de una sociedad ideal ó teórica, hablo de la sociedad en que vivimos; no trato aquí de economía social, me limito á hacer observaciones y presentar hechos.

Todo hombre aporta á la sociedad, de la cual es miembro, el concurso de su actividad y de su energía; por justo retorno, participa en cierta medida del trabajo, de la actividad y de la energía de todos los demás. Esas fuerzas unidas permiten lo que tanto en mecánica como en economía se llama la división del trabajo, y, por consiguiente, todos los grandes desenvolvimientos, el de las ciencias y de las artes, el de las letras y de la cultura, el de la industria y del comercio. Empleando cada cual su fuerza en una dirección exclusiva, concurre á llevar su parte al centro; y todas esas partes reunidas constituyen una especie de fondo común, del que todos

participamos. En suma, hay en toda sociedad humana un cambio constante, cuyo instrumento es el salario. Mi trabajo propio y personal me vale ese salario; yo le recibo y me sirvo de él para pagar á mi vez el trabajo de otro.

De esta suerte, trabajando cada uno para todos, sucede que todos trabajan para cada uno.

El niño va en seguida á utilizarse de esto.

Le serán necesarios á vuestro niño pañales, y mantillas y encajes.

Pues ved, allá lejos hay fábricas inmensas como grandiosos monumentos, ostentando escalonados sus innumerables y monótonos pisos, donde el vapor silba y gime en sus cilindros de bronce, donde el *chischás* de los telares se confunde con el zumbido de las máquinas, donde trabajan centenares de obreros y obreras derramando sudor de sus frentes... En una de esas fábricas se hace lienzo blancó, en otras se fabrican telas y paños para los pañales y mantillas de vuestro niño.

Allá en las aldeas de nuestra Flandes, hay legiones de jóvenes doncellas, vivarachas y alegres, cubiertas de blancas cofias que, sentadas á su ventana durante todo el día, con una gran almohadilla sobre sus delantales de labor, hacen saltar entre sus ágiles dedos, en medio de un bosque erizado de alfileres, centenares de boli-

llos envueltos en hilo. Cantan viejos aires flamencos, lentos y monótonos, mientras caen los bolillos con un seco tic-tac, aljofarando sus cánticos con un incesante arpegio. Están haciendo los encajes de punto de Ipres y de Valenciennes para vuestro niño.

¿Queréis engalanar á vuestro niño? ¿necesitáis para él seda, cintas, collares de coral y de piedras finas? ¿le es necesaria una crucecita de oro para su cuello?

Pues hay provincias enteras en que se crían millares de mariposas blancas que producirán sus orugas, y éstas hilarán su seda... y todo un pueblo de trabajadores se pondrá á trabajar para tejer las cintas para vuestro niño.

Y allá lejos, de la otra parte de los grandes mares, mientras que unos infelices se sumergen en las ondas para pescar el coral y la piedra fina, otros desgraciados se sepultan en las profundidades de la tierra, y á golpes del picacho y azadón y á barrenos de pólvora y dinamita, hienden las rocas para extraer de ellas granos de oro. Buques de vapor atravesarán esos grandes mares desafiando la tempestad, y os traerán el collar y la cruz para vuestro niño.

¿Queréis que vuestro niño se divierta? ¿le hacen falta juguetes que le entretengan y le hagan reir?

La industria, las artes, las ciencias mismas van á poner manos á la obra... Ahí tenéis los juguetes para vuestro niño.

¿Mas qué? el niño palidece, sufre... una angustia mortal se apodera de vuestro corazón... ¿Qué teméis? Desde hace siglos, en esas universidades famosas, la sociedad ha formado hombres encanecidos en el estudio y en el trabajo de la inteligencia; ahí están, os van á servir, van á curar á vuestro niño.

¿Amenaza algún peligro á vuestro niño? ¿quiere pegarle alguien?... Lanzad un grito, y al punto se levantará majestuosa, imponente y vengadora la justicia humana. Extenderá sobre él su manto de armiño, y con su escudo protegerá su cuerpo. ¡Ay de aquél que toque á vuestro hijo!

Como veis, no he agotado la materia, no lo he dicho todo, y sin embargo, lo que he dicho debe haberos hecho comprender la inmensa protección y amparo que la sociedad presta al niño.

Y si dudáis todavía de esto, comparad, os ruego, al niño de las tribus nómadas enfardado sobre la espalda de su madre, y siguiendo de esta suerte en sus peregrinaciones sin término á un padre que no tiene otro hogar que una tienda movible en el fondo del desierto; compa-



rad á ese niño con el niño de nuestras grandes ciudades contemporáneas. ¡Comparad y juzgad!

Pero... ¿es plena verdad lo que acabo de decir?

¿Es verdaderamente al niño, al hijo del hombre, á quien la sociedad consagra de tal modo su atención y su poder?

Al hijo del rico... ¡sí!

Al hijo del pobre... ¡no!

¡Ay del infeliz! ¿Qué es lo que da la sociedad al hijo del pobre?

¿Creéis que aquella pobre mujer que acaba de dar á luz en una buhardilla, sea de otra raza que vosotros? ¿Creéis que su corazón esté formado de distinto modo que el vuestro? ¿Creéis que ama ella menos á su hijo? ¿Creéis que no sueña también en verle fajado en finos y blancos pañales y abrigadoras mantillas, y mecido en blanda cuna, y adornado de encajes, cintas y collares? ¿Creéis que no desea poner majó á su hijo?

Pues bien, ¿qué hace la sociedad? Nada, absolutamente nada... la mira, escribe en sus registros que un niño nació tal día, á tal hora... y pasa adelante.

À esa madre que no tiene nada, la sociedad no le da nada.

Me engaño.

Si el niño se pone enfermo, tendrá el médico de los pobres, y si muere, se le hará de oficio el entierro sepultándole en la fosa común.

À eso se reduce todo.

¡No! ¡no! todas esas riquezas, todos esos adelantos, todas esas comodidades, todo ese bienestar, todas esas delicadezas, toda esa civilización en una palabra, todo eso es para vosotros, ricos. El pobre es un desgraciado. El pobre es un desheredado; el pobre no tendrá nada; no tendrá nada, oídlo bien, porque no tiene nada. ¡Oh! ¡pobre madre! desgarras tu vestido para envolver en sus jirones á tu hijo; acuéstale junto á ti, sobre la paja en que tú reposas, y sufre! ¡Sufré! tu pequeñuelo no tiene en el mundo otra cosa más que tu corazón y tus brazos.

No cabe duda, Señores, que la sociedad no es de tal modo tan cruel y bárbara por gusto. La sociedad no excluye ni al obrero ni al pobre. No excluye á nadie.

La sociedad invita á esa madre, como á vosotros, á gozar de todos sus beneficios; le ofrece todo lo que puede ofreceros á vosotros. Sus comercios están abiertos para ella como para vosotros; á sus ojos, como á los vuestros, ostenta

sus escaparates resplandecientes de riquezas. Si el pobre tuviera oro para pagarla, le vendería aquellos objetos como á vosotros; pero el pobre no tiene nada!...

Es también indudable que la sociedad tiene cuidado del pobre; trata de bajarse hasta él; le construye casas acomodadas á su posición; le edifica ciudades obreras; crea para él fondas baratas, cocinas económicas, donde por un precio casi irrisorio podrá tomar su alimento. Pero todavía es preciso pagar el alquiler de esa casita, pagar el precio de esa cazuela de sopas, de ese pedacillo de carne y de esas legumbres... ¡Y el pobre no tiene nada!

Tampoco se puede dudar que un niño puede vivir sin esos lienzos finos, sin esos encajes, sin esas cintas, sin toda esa superfluidad lujosa y muelle. Puede vivir, sin duda—y aun tal vez vivirá mejor y con sangre más sana y vigorosa...—pero, Señores, si se os prescribiera obligatoriamente para vuestros hijos ese régimen ¿qué gritos no lanzaríais? Vuelvo á preguntaros, ¿es que el corazón de esa pobre madre no es de la misma naturaleza que vuestro corazón?... ¡Luego ella sufre! Sufre, ¿lo oís? y esto me basta. Oh! yo no culpo á la sociedad; ésta hace lo que puede; pero hay sobre ella un poder implacable y sin entrañas: esa fuerza ciega que se llama

la fuerza de las cosas, y que pasa á través del mundo como nuestras imponentes máquinas pasan sobre sus railes de acero, aplastándolo todo bajo su rueda igualadora. Y esa fuerza de las cosas se resume para el pobre en una palabra fatal: el pobre no tendrá nada, porque no tiene nada.

---

Á ese hijo del pobre Dios al menos le había dado un padre y una madre. ¿Qué hace la sociedad? La sociedad ha empezado por quitarle su padre, por aprisionársele en la fábrica ó en el taller.

Ese padre no verá ya á su hijo á la luz del sol. Por la mañana, antes del alba, el niño dormía, y por temor de turbar su sueño, apenas se ha atrevido á posar sus labios sobre la frente de aquel ángel; después ha cogido sus herramientas, y echándoselas al hombro ha marchado á trabajar, con un zoquete de pan en el bolsillo y un frasco de vino. Por la noche, cuando vuelva, cansado del trabajo, cubierto y ennegrecido por el polvo y el carbón, el niño estará durmiendo; él tomará su luz para alumbrar la cuna y ver mejor á su hijito... «¡Cuidado, le dirá la madre, no le despiertes!» ¡Y se quedará en pie á cierta distancia, triste y mudo, contemplando á su hijo!

Yo ya le pago, dirá la sociedad.

¡Le pagáis!... Perfectamente: le pagáis sus brazos y sus músculos..., pero, ¿esa dichosa vida de familia, de la cual le habéis arrancado, se la pagáis? Pero, ¿la presencia bendita de su mujer y de su hijo, se la pagáis? Pero, ¿ese hogar salvador donde se han refugiado todas las virtudes del hombre, que se hallan mal entre el barullo y la multitud, se le pagáis?

¿No habéis encontrado nunca, Señores, á eso del mediodía, á una mujer joven, notable por la limpieza de sus pobres vestidos, marchando ligera, con un niño sobre el brazo izquierdo y llevando en la mano derecha una cesta cubierta cuidadosamente?... Lleva la comida á su marido, y apresura el paso porque va á dar la hora... Junto á la entrada de la fábrica ó al pie de la obra en construcción, en el ribazo del camino, en el andén, tendido en el suelo ó sentado sobre un recantón, la espera el marido... Cuando la madre llega á verle deja en tierra á su niño, y éste con sus pasitos temblorosos y mal seguros, corre hacia su padre... El padre se pone en pie, sonrío, da palmaditas con sus manos, llama á su hijo y se inclina hacia adelante para recibirle; le levanta, le abraza, le besa, le hace saltar entre sus brazos, le habla, le escucha, deja que le tire de la barba y del cabello...

¡Ah! ese beso y esas caricias ¿no son su principal comida y el dulce alimento de su corazón?

Luego vuelve á sentarse, su mujer se sienta delante de él, el niño corre del uno al otro, y el padre, viendo entre sus rodillas la pobre cazuela con sus nutritivos pero no delicados manjares, come satisfactoriamente.

Esa comida al aire libre, en la vía pública; y por la noche un tosco lecho, en una buhardilla ó en cuartucho de quinto piso, he ahí la familia obrera tal como la ha formado la sociedad moderna.

Lo diré otra vez, Señores, la sociedad no es rea ni culpable de haber querido secuestrar de esa suerte á ese pobre padre arrancándosele á su familia y á su hijo. No acuso á la sociedad, digo solamente lo que veo con mis ojos, lo que veis vosotros mismos con vuestros ojos; observo y hago constar mis observaciones.

No me digáis, por Dios, que ese obrero es libre, que nadie le obliga, que no se le conduce al trabajo entre dos guardias...

¡Libre!... ¡libre!... ¿libre de qué?... ¡Libre de morir de hambre! ¿No tiene obligación y necesidad de sustentar á su mujer y á su hijo?... ¿no se ve precisado á trabajar? y ¿dónde encontrará trabajo si no es donde la sociedad se le ofrece?

¡Libre!... ¡libre!... retirad, por Dios, esa palabra; eso es un sarcasmo.

¡Ay! no es el más digno de compasión aquí el padre; lo es el hijo. El padre ha llegado ya á esa edad en que el corazón se halla bastante templado para soportar el peso de los más duros sacrificios. Pero, ¿y el niño? ¿Qué va á ser de la educación de ese niño? En esa gran obra de formación moral, el padre representa la fuerza, la madre representa la ternura, esas dos fuerzas cuya unión engendra los caracteres. Aquí va á faltar la fuerza, queda, pues, roto el equilibrio, y por prodigios que pueda hacer por sí sola la ternura, no saldrá de sus manos sino una obra incompleta, un trabajo bastardeado, un carácter muelle, flexible, sin vigor ni energía, insolente pero flojo y cobarde, con sacudidas bruscas de impetuosidad mal dirigida y mal contenida, y á menudo con decaimientos sin remedio y sin esperanza.

Pero, me diréis: el padre vuelve á estar con su hijo; vuelve á estar con él por la noche y durante sus días de descanso.

¡Ay! ¡vuelve á estar con su hijo; vuelve á estar con él por la noche y durante sus días de descanso!... Pero, ¿qué habéis hecho de él en esos intervalos? ¿Cómo devolvéis ese padre á su mujer y á su hijo? ¿No sabéis, pues, que esas

muchedumbres en que le arrojáis, son corruptoras? ¿No sabéis que el aire que se respira en esos talleres y en esas negras fábricas mata el alma? ¿Cómo sale de allí ese pobre padre? Vedle, después de algunos años, después quizá de solos algunos meses: todas las sensibilidades se han ido extinguendo y ahogando una á una en su corazón; es ya brusco, descontentadizo, haragán, brutal; su tranquilo hogar ya no le basta, se le hace fastidioso, insoportable y odioso; necesita ruido, barullo, jaleo; necesita humo, bebidas, discusión; le son necesarias las emociones fuertes, los acres olores y las disputas de la taberna y de la cantina; necesita vino, diversión y juego; y á todo ello se entrega. Vuelve después á su casa, por la noche, beodo y tambaleándose, con esa mirada estúpida y esa sonrisa repugnante de la bestia satisfecha. Su mujer llora, él jura, blasfema; ella se queja, él vocea, rompe cuanto halla á mano, la golpea; y el niño, el pobre niño escondido en un rincón, todo temblando y llorando, mira con espanto... aquella especie de monstruo, que es su padre!

---

Nos es preciso llegar hasta el término, Señores, porque lo dicho no es el cuadro completo.



Le quedaba al hijo del pobre su madre. La sociedad va á quitársela... ¡su madre irá al taller!... ¿Cómo!... ¡una mujer, una madre en el taller! ¡Sí! ¡vivimos en tiempos en que se nos ha hecho ver ese lamentable espectáculo!

Se irá, pues, también la madre, lejos de su marido, lejos de su hijo; ella, una mujer, franqueará el piso tumultuoso del taller y de los telares. Sofocada al pronto por aquella atmósfera malsana, corrompida y corruptora donde se agitan elementos que la hacen ruborizar, temblando de espanto en medio de aquellos obreros, cuyas miradas y sonrisas la abrasan como un hierro candente, ¡oh! ¡sufre la pobre en su alma y en su honor!

Pero dejad que obre el tiempo, dejad que se disipen los primeros rubores de su pudor insultado, dejad que se calmen los primeros sobresaltos de su castidad amenazada, ella se hará á ese mundo y á esa atmósfera. Á las indirectas de los hombres contestará con respuestas que harán reír; para contrarrestar á sus miradas y á sus atrevimientos tomará ese aire desvergonzado é insolente de la vista, del gesto y del porte, ante el cual nos sentimos helados de horror.

¡Una madre!... ¿Pero esa mujer sigue siendo madre?

¿Qué ha sido de la familia cuando esto sucede?

La familia, ¿pero qué es lo que aún queda en pie? ¿qué ha sido del niño?

¡Ah! ¿el niño?...

Ha sido enteramente preciso que la sociedad se ocupara de ese abandonado. La sociedad no ha podido resignarse á dejarle correr por entre el polvo de las plazas públicas y el cieno de las cloacas, ha hecho en su paso cuanto ha podido, ha establecido casas-cunas, asilos de huérfanos, escuelas de pobres, refugios de abandonados.

Ved ahí para en adelante el hogar del niño y su familia.

---

¡Bendita, por siempre bendita sea la primer alma que pensó en abrir á los desgraciados esos dulces asilos!... ¡Pobres pequeñuelos! ¿Qué hubiera sido de ellos sin esto?

Pero, ¿qué es esto, Señores? ¿Qué es esto, para reemplazar al padre y á la madre?

En ese nuevo sistema, en lugar del padre y de la madre encargados por Dios de la salvaguardia del niño, la sociedad, no pudiendo hacer otra cosa mejor, sustituye una extraña, á quien paga su correspondiente salario.

No quiero exagerar. El niño estará cuidado; será alimentado, se verá abrigado, respirará el aire puro de grandes salas bien ventiladas, se le hará hacer convenientes ejercicios que des-

arrollen sus músculos, se le enseñarán cancioncitas que formen su voz y su oído, se procurará tal vez, que aprenda á rezar, que aprenda el catecismo y los deberes de la Religión y de la fe; más tarde, aprenderá á leer, á escribir y algo de cuentas, y aun quizás se le explicarán por medio de lecciones prácticas esos elementos de las ciencias naturales que nadie debiera ignorar... En una palabra, el cuerpo y el alma del niño, por lo común, habrán ganado en el cambio.

Maravilla el ver cómo ciertos economistas, que ponen en la adquisición de estos conocimientos todo el ser del hombre, se glorían candorosamente de su éxito. Leo en un diario oficial publicado á cargo del Ministerio de Instrucción pública en nuestro país lo que van á oír ustedes. Se trata de un establecimiento del género de los que hablo, creado recientemente en Leipzig: «Los resultados obtenidos, dice el diario, son muy satisfactorios. El peso de casi todos los niños ha aumentado. Y es de notar que este aumento es más sensible entre las niñas que entre los niños. Entre estos últimos el mayor aumento es de cinco libras... entre las niñas ese aumento sube á ocho libras... en menos de tres semanas» (1).

(1) *Boletín del Ministerio de Instrucción pública*, Setiembre de 1882, pág. 460.

Todo, pues, marcha del mejor modo posible en ese nuevo sistema. ¡Sí, todo va á pedir de boca! No hay más que una cosa descuidada en todo eso, una sola, al parecer muy pequeña, puesto que se ha escapado á la observación de todos esos mecánicos de la vida social: el corazón.

¡Ah, el corazón!... ¿dónde está el lugar del corazón en todo eso? No le hay: yo os desafío á que encontréis sitio para el corazón en esa educación y enseñanza. ¿Y qué es un hombre sin corazón, sin afecto y sin ternura? ¡El corazón! ¿no es de él de quien nos viene todo lo poco bueno que hay en la vida? ¿No es él, y solo él, quien inspira y comunica las grandes fuerzas, los grandes alientos, y, Señores —ya que aquí se trata del pobre y del obrero— la energía de las grandes resignaciones? «Un hombre que ha dormido, exclama en cierta parte Julio Simón, en la mercenaria cuna de un asilo, no está armado para las luchas de la vida.» Y en otra parte: «Un asilo de niños, cuando está bien dirigido, y lo están todos, cuando tienen una directora afectuosa, como lo son generalmente todas, tiene cierta cosa de tranquilo, de fresco, de sonriente.» ¡No investiguéis porqué á pesar de esto sentís en ellos vuestra alma mortalmente triste!

«¡Ah, queridos recuerdos de la infancia, cuidados maternos, lágrimas enjugadas, prudentes consejos de la experiencia y del cariño, religión del corazón, fuentes vivas de la probidad, de la hombría de bien y de la honradez! ¿dónde estáis? ¿Quién os pondrá jamás á disposición de esos desheredados? ¿Y quién nos enseñará á todos nosotros, que tenemos en la sociedad una pequeña parte de influencia, que la naturaleza no se reemplaza nunca, y que en el mundo del espíritu lo mismo que en el de la materia no hay progreso que no cueste demasiado caro, si causa detrimento á los sagrados lazos de la familia?» (1).

Hace unos días, hojeando un catálogo de material escolar, encontré en él un mueble muy ingenioso que se llama adormecedora. Es una silla baja, toda de madera, cuyo respaldo es móvil. Cuando el niño que se sienta en ella, cierra los ojos y se duerme, la inspectora con un movimiento sencillísimo inclina hacia otra el respaldo móvil, al mismo tiempo avanza una tablita bajo los pies del niño, levanta sus piernecitas, y dulcemente, sin sacudimiento y sin ruido, la silla se convierte en una camita de madera donde podrá dormir á gusto.

---

(1) J. Simón, *La Escuela*, pág. 200.

La Casa-cuna, la Inclusa, el Asilo, el Hospicio, la Escuela de recogidos vienen á ser... esa ingeniosa silla-cama de madera.

¡La familia son las rodillas, los brazos, el seno vivo de una madre!

---

Ahora al menos, ¿hemos llegado ya al término?

No, no he tocado todavía á la llaga más viva, más sangrienta de nuestro tiempo.

Reconoceréis conmigo que no es halagüeño el porvenir para el cual ha nacido el hijo del pobre. Á los diez años, á los ocho á veces, se le dedica al trabajo; como su padre, como su madre, tendrá él también que ir á la fábrica, al taller. Irá creciendo, se irán desarrollando sus fuerzas, pero al mismo tiempo se le irá aumentando el trabajo. ¡Trabajar desde la mañana á la noche, y no acostarse por la noche sino para repetir al día siguiente el trabajo del día pasado, experimentar todas las privaciones y miserias y aun el hambre cuando llega á faltar el trabajo, mal alimentado, mal vestido, mal alojado! Verá á dos pasos de sí ricos entregados indolentemente á la pereza, que gozan de todas las comodidades, saborean todas las delicias, se

embriagan de todos los placeres; bajarse ante ellos, y hacerse humilde, pequeño, suplicante, y devorar en silencio su desdén, su desprecio y su orgullo... Después de veinte años, de treinta años, de cuarenta años de semejante vida, morir en el hospital, dejando tras de sí hijos destinados á arrastrar la misma cadena y dar vueltas á la misma rueda, ved ahí el porvenir, ved ahí las amarguras de la vida que se le reserva, ved ahí la suerte á la que es preciso preparar á ese niño que duerme allí sobre la dura paja de esa miserable vivienda.

Encarecidamente os pido, Señores, que me interrumpáis si exagero... ¿No es verdad lo que acabo de decir? ¿No es esa la vida del obrero y del pobre? ¿Por ventura os introduzco en un mundo nuevo? ¿Es que no conocéis vosotros como yo á ese obrero, á ese pobre? ¡Ah! ciertamente, si yo hablara á obreros, á pobres, no les haría esa desgarradora pintura. Es su mal una de esas enfermedades de las cuales debe el médico ocultar á sus enfermos hasta el nombre, para no sumirles en la desesperación. No, yo no les descubriría esa llaga que está manando sangre... Pero no es á obreros, no es á pobres á quienes me dirijo. Vosotros sois ricos; vosotros, Señores, vosotros sois felices; y es preciso que sepáis oír, es preciso que sepáis ver lo

que se sufre á vuestro lado! ¿Y quién os lo dirá si yo no puedo decíroslo, yo que me alimento todos los días con el cuerpo y sangre de un Dios pobre como ellos, obrero como ellos, y que me maldeciría si no sintiera latir en mi corazón el amor con que les amaba él mismo?

Él sólo sabe porqué de la sangre de Adán y Eva ha sacado ya á esos hombres á quienes se llama ricos y afortunados, ya á esos otros á quienes se llama pobres y miserables; mas yo sé con certeza que ante esas desigualdades incomprendibles el pobre no tiene más que un recurso, uno solo: ¡la esperanza! la esperanza de una vida mejor y más perfecta; esa esperanza sólo Dios la da. La fe en Dios, la fe en ese porvenir, ved ahí la verdadera fuerza del pobre. Buscad fuera de eso; no encontraréis nada.

¡Oh, gran Dios! cuando uno está lleno de bienes, cuando se tiene de todo á manos llenas es muy fácil decir: «¡Resignaos, tened paciencia! ¡Las cosas son así! ¡Después de todo, no es la riqueza la que constituye la felicidad!» ¡Ah, yo quisiera ver en el lugar de esos pobres á todos esos bellos predicadores! No, lo repito; le es precisa al pobre la fe, la fe viva, la fe ardiente en un Dios que un día al menos le recompensará sus privaciones y sus lágrimas.

Pues bien, al hijo del pobre después de haber-



le arrebatado á su padre y á su madre, se le va á arrebatar su esperanza, su fe y su Dios!

¡Ah, pobre niño, muérete antes; muérete en los brazos de tu madre; de corazón te lo digo: muérete! La muerte es mucho mejor, la muerte es cien veces preferible á la vida que se te prepara.

¿Para qué me he de extender en esto? la cátedra, las tribunas políticas, los periódicos repiten todos estremecidos el grito de angustia que se escapa de todos los pechos á la vista de las insensatas empresas que cada día presentamos.

Habéis querido dar contra el sacerdote ¡oh legisladores y directores de las sociedades modernas, habéis querido hundir al sacerdote! Y contra quien habéis descargado vuestros golpes, á quien habéis hundido es al obrero, es al pobre, que morirá á consecuencia de esto. Pero no, no; digo mal, las víctimas de esos golpes, quienes en realidad se verán hundidos á consecuencia de tan satánicos intentos sois vosotros mismos, es la sociedad entera!

Porque ved aquí, ricos, lo que sucederá.

Dentro de veinte años, dentro de diez, antes quizá, ese hijo del pobre, sin Dios, sin fe, sin esperanza, hecho ya hombre, encontrará en la plaza ó en la calle pública á vuestro hijo hecho

ya hombre también; le detendrá, y estrujando la mano enguantada de vuestro hijo con su puño de acero: «¡Ahora no las vamos á ver los dos! le dirá. Como tú soy hombre yo. Mi sangre vale tanto como tu sangre...; vale mucho más que tu sangre; la mía es ardiente y vigorosa, la tuya no tiene fuerza ni calor; porque yo he trabajado en la forja del hierro, y tú te has afeminado en la ociosidad, te has enervado con los placeres. Mira, gomoso, mis brazos hacen vibrar el martillo de las fraguas, los tuyos no pueden sostener un florete. Vamos á vérnoslas, compadre burgués, vamos á vérnoslas los dos solos! ¡Hace ya demasiado tiempo que esto dura! Tú has tenido una madre, tú has tenido un padre... yo no he tenido más que á aquella vieja que en la sala-asilo del extremo de la calle cuidaba de los niños por un tanto mientras sus padres iban á trabajar; tú has tenido oro, yo no he tenido más que algunos perros chicos, que no pesaban tanto como mi sudor. Tú te has hartado de manjares delicados y de vinos generosos, yo he comido pan negro y bebido agua del río. Dentro de diez años me habré ya muerto; quiero gozar de estos diez años, y es ya tiempo de hacerlo en seguida; ¡muere pues! ¡tú ya has gozado bastante y me estás estorbando!... ¡Todo lo que era tuyo será mío!...

¡Venga tu oro! ¡Venga tu palacio! ¡Vengan tus caballos! ¡Vengan tu lujo y diversiones! ¡Yo disfrutaré de tus placeres! ¡Mío ha de ser todo lo que ha constituido tu gozo y felicidad! ¡Mío! ¡Mío!»

Si Dios no existe, Señores, si la Religión no es más que un sueño y la fe no es más que una locura, yo no veo absolutamente nada que pueda replicarse á lo que dice ese hombre, y tendría mucho gusto en saber qué le respondería vuestro mimado hijo.

Pediría socorro á gritos, llamaría en su ayuda á la policía, á la guardia civil, á la tropa... ¡Ah! sí, verdaderamente; ¿pero de qué sirve todo eso?

Ved, ved lo que está sucediendo hoy mismo en Monceau-les-Mines... no llegan á 200 los obreros, y hacen temblar á toda la Francia!

¿Qué será, pues, cuando el innumerable ejército de los trabajadores, obedeciendo á una consigna lanzada por mano oculta y propagada como un rayo de un extremo á otro del continente se levante de todos los puntos, de todas las ciudades y de todos los campos, inmenso, ebrio, rugiente, y se precipite como un mar desbordado sobre la espantada Europa?

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡haced que no veamos esos días! ¡Haced que no veamos nuestros altares destruidos! ¡Haced que no vea-

mos nuestros hogares devorados por las llamas! ¡Haced que las madres no vean asesinar á sus hijos! ¡Haced que nosotros no veamos el derrumbamiento de esta sociedad europea, perdida por haberse apartado de Vos!

---

Ante tan alarmante situación, ¿qué debemos hacer?

De seguro que nadie juzgará prudente el cruzarse de brazos y como atontado avestruz que oculta su cabeza bajo el ala, esperar temblando que descargue el rayo.

No; á ese mal inmenso es preciso encontrar un remedio, y una vez encontrado aplicarle inmediatamente á la sociedad enferma.

Ahora bien; el remedio lo tenemos á mano, está á nuestra disposición, y es sencillísimo, único é infalible. Este remedio viene á cortar el mal en su raíz. Ved cuál es este remedio: oíd su fórmula: Es preciso restablecer lo que Dios había establecido. Es preciso devolver la madre al niño, y el padre á los dos, é infundir de nuevo en el corazón de los tres la fe y la esperanza.

Ved ahí el remedio, el único remedio.

Pero eso es casi imposible, ¿cómo emprenderlo? ¿No es en efecto una especie de regene-

ración del mundo lo que se nos propone? Me parece que cada uno de vosotros se está interiormente preguntando: «¿Quién soy yo para emprender semejante obra?»

Permitidme que os lo diga; todos los que estáis aquí, desde el más bajo al más alto, tenéis vuestra respectiva tarea que cumplir.

Yo vengo á implorar vuestra caridad en favor de la obra de las escuelas católicas. ¿Qué quiere decir esto? Que os pido una limosna para una obra cuyo objeto esencial y primordial es precisamente conservar y restaurar, si es preciso, la fe y la esperanza en el corazón del hijo del pobre!

Dad, pues, Señores, dad sobre todo vosotras, Señoras, eso es lo primero que tenéis que hacer. Dad, continuad dando, dad siempre. ¡Ah! bien lo sé, todas las buenas obras de todo género...—¡y Dios sabe cuán numerosas son!—todas las miserias de la humanidad...—¡y su cortejo es innumerable!—todas vienen á llamar á vuestra puerta y á tenderos lo mano. Á la larga os encontraréis en una especie de obsesión verdaderamente desesperante, y yo concibo que bajo la amable sonrisa con que acogéis á la que os pide limosna se oculte un germen de mal humor. Mas, yo os lo suplico, dad á pesar de eso... ¡Salvad, salvad á esos niños!

Sé también que al cabo del año, cuando llegáis á hacer el balance de vuestra casa, y veis levantarse ante vosotras cifra tras cifra el presupuesto de vuestras caridades, quedáis enteramente pasmadas. Este sobrecogimiento es bien natural, Señoras mías, tanto más que de año en año esto va de mal en peor!... Pero yo os suplico que deis á pesar de todo eso; pues tengo, me parece, el secreto para tranquilizaros.

Lo que debe tranquilizaros, Señoras, es que al lado de esas cifras imponentes encontraréis en alguna página inmediata de vuestro gran libro otras cifras mucho más crecidas que representan otro presupuesto mucho más subido, y que, me parece, espanta por cierto un poco á vuestros maridos, pero á vosotras... absolutamente nada: el presupuesto de vuestro tocador, de vuestras modas, vestidos y adornos. ¡Oh, yo no os lo echo en cara... no quiero decir más que una cosa... y es que si alguna vez fueran demasiado mal los negocios, habría siempre tiempo de hacer un cambio, de quitar algo á este presupuesto para pasarlo á aquel! Creedme, no seriais por esto ni menos amables, ni menos amadas, y el equilibrio quedaría bien pronto restablecido en vuestras cuentas.

¡Oh, no, Señoras, no temáis, y sobre todo no sintáis el haber tenido ó el tener que recargar

el presupuesto de los pobres. No ofrezcáis jamás á Dios el desgarrador espectáculo de un corazón de mujer, de un corazón de cristiana vacilante ante el dar un duro para los pobres, y arrojando el oro á puñados con el descuido de un niño por una joya. ¡Señoras! ¡Señoras! cuando levantéis vuestras manos hacia Dios, Padre de los pobres, pensad que lleváis solamente en vuestros dedos la subsistencia de veinte familias!

Dad, pues, dad..., y con la limosna que vais á hacer aseguraréis al pobre el refugio y el consuelo supremo de su fe y de sus esperanzas!

Pero esto no basta. ¿Cómo devolver al hijo del pobre su madre, y cómo devolver el padre á los dos, cómo restaurar la familia del pobre? ¡Ah, indudablemente, esto no es obra de un día, ni de un hombre, y sería soñar el creer que de un esfuerzo aislado pudiera salir una reforma social tan profunda! Mas, cierto, no hay que sacar de aquí la conclusión de que no tengáis nada que hacer. Por reducido que sea el círculo de nuestra influencia, hay pobres, hay obreros, hay hijos de pobres, hay hijos de obreros que se encuentran dentro de él... ¿Qué vais á hacer en pro de ellos?... ¿Cómo podréis devolver á esos pobres, á esos infelices la alegría y la dicha de un hogar esparcido á los cuatro vientos

del cielo? ¿cómo les devolveréis la santa fuerza de los afectos de familia?

Amándolos, poniendo vuestro amor y vuestro corazón en el lugar de todos esos amores extinguidos y de todos esos corazones muertos. Caldeando con la llama de vuestra alma á esas pobres almas á quienes ha helado la soledad.

¿Amáis vosotras al pobre, Señoras?... Señores, ¿amáis vosotros al pobre? ¿Amáis al hijo del pobre? ¿Los amáis como á hermanitos menores y desvalidos? ¿Los saludáis como á hermanos? ¿Los habláis como á hermanos? ¿No rehusáis el apretar cariñosamente la mano del obrero, esa mano forzada tan noblemente encalecida por el trabajo?

¡No me habléis, por Dios, de rango, de condición y de distinción social!

¿Qué significa ese espíritu de casta en pleno cristianismo? ¿Estamos en la India? ¿Es Buda nuestro Dios? ¿Acaso, si hubierais encontrado en vuestro camino á aquel hijo del carpintero, carpintero también él, que se llamaba Jesucristo, le hubierais rehusado la mano, bajo ese especioso pretexto de distinción social? ¡Vamos, Señores!

Y ahora pregunto: ¿Vais á visitar al pobre? ¿Acudís á su morada? ¿Tenéis al menos á vuestro cuidado alguna de esas familias, de la cual



seáis como la providencia viviente? ¿Subís á veces la estrecha y carcomida escalera que conduce á su camaranchón? ¿Os sentáis allí con el padre y la madre en aquel tosco taburete, ante aquella mesa mugrienta y desvencijada?... ¿Escucháis entonces las tristes confidencias de sus miserias... y los consoláis? ¿Tomáis á sus pobres hijitos en vuestros brazos, los ponéis sobre vuestras rodillas?

¡Ah! yo he visto un día en una buhardilla á una pobre mujer tendida sobre un jergón y que no podía recobrar sus fuerzas. Á su lado, como una hermana, estaba sentada una gran señora vestida de terciopelo; en un rincón había dejado su abrigo de pieles y su sombrero adornado de flores y plumas finas, y estaba allí sonriente y gozosa ocupada cariñosamente á vista de la madre enternecida, en fajar sobre sus rodillas al pequeñín, hijo de la pobre enferma... ¡Oh! ¡qué hermoso es ver tales escenas! ¡Y con qué amor debe contemplar Dios esas bienaventuradas visiones de nuestra tierra!

Preguntaré todavía más: ¿Cuidáis á los pobres cuando están enfermos? ¿Les veláis cuando se hallan moribundos? y...—¿por qué he de retroceder? ¿por qué me he de avergonzar del Evangelio?...—¿los enterráis cuando han muerto?

Bien sé yo que en nuestro siglo afeminado y

muelle, todo esto hiere los oídos... Mas si vuestros oídos se lastiman, Señores, yo lo siento infinito, echad la culpa de todo ello á Jesucristo; la caridad que Él os ha mandado es el amor, y el amor es todo eso. Y no os lisonjéis de tener caridad en vuestras almas, si vuestro valor no llega á esas alturas.

¡Ah, Señores! Vosotros sabéis bien lo que es amar, ¿no es cierto? ¿Y no es verdad que amar es todo eso? ¡Oh! ¡amar es tan ardoroso, y la limosna es tan fría! ¡No, no! ¡no os contentéis con dar, amad! Amad al hijo del pobre, sed para él ese padre, esa madre que ya no tiene, sed para él toda su familia. Lo diré una vez más, no os contentéis con arrojar vuestro dinero, arrojad vuestro amor en la balanza de los destinos del mundo!

Concluyo.

Antes de separarme de vosotros, Señoras y Señores, antes de alejarme de esta querida ciudad de Lieja, á la cual me ligarán eternamente mis afecciones más caras y profundas, quisiera, si Monseñor tuviera la bondad de permitírmelo, dejaros un recuerdo de esta velada. Es una palabra del Evangelio y una pregunta.

Os ruego que penséis con frecuencia en la

primera, y que respondáis en vuestro corazón á la segunda.

En el Evangelio dice el Señor: «Cuando disteis de comer á uno de esos pobres, fué á Mí, que tenía hambre, fué á Mí á quien disteis de comer. Cuando disteis de beber á aquel pobre, fué á Mí, que tenía sed, fué á Mí á quien disteis de beber. Cuando vestisteis á aquel ínfimo pobre, fué á Mí, que estaba desnudo, fué á Mí á quien cubristeis.»

Ese pobre, ese hijo del pobre es, pues, Dios para vosotros; para vosotros Dios se encarna en su miseria.

Esta es la palabra del Evangelio, pensad en ella.

Pero si esto es así, si el pobre es verdaderamente Dios para vosotros, he aquí la cuestión que os presento en seguida:

Imaginaos estar en Belén, en aquella gruta en que acaba de nacer Jesús; allí está María sentada, Jesús está en sus brazos; José está de rodillas delante de ellos. Mas—¡no os forjéis ilusiones!—¡no os figuréis alguna alta dama y algún gran señor, no, no! José es un pobre obrero del pueblo, vestido como todos los obreros de su tiempo. María—¡oh, podéis imaginárosla muy hermosa, bellísima!—pero es una pobre joven, tan pobre que su matrimonio con

aquel pobre obrero á nadie le ha parecido un enlace desproporcionado. Son tan pobres ambos y de un porte exterior tan miserable, que se les han cerrado las puertas de todas las posadas, y se han visto obligados, como vagabundos— como esos gitanos, como esos bohemios que vemos á veces en nuestras ciudades—á buscar un abrigo en un establo viejo y abandonado.

Vedlos allí... y Jesús es el pobre niño de aquel pobre obrero y de aquella pobre joven.

Allí estáis vosotras, Señoras, vosotras con vuestros grandes tocados, vuestras cintas, vuestros abrigos, vuestros encajes y vuestras joyas estáis allí y los contempláis.

¿Os contentaríais con deslizar un duro en la mano de María, y echar por encima del hombro una mirada distraída al Niño Jesús?...

Esa es mi pregunta de despedida; responded á ella en vuestro corazón.

A. M. D. G.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

---

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.— I. *La Ilusión*.— II. *Libertad*.— III. *Los llamados por Dios*.— IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.— V. *El Deber*.— VI. *El esclavo de los esclavos*.— VII. *En Africa*.— VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.— XIII. *La Obrera*.— XIV. *Los chicos de la calle*.— XV. *El Valor*.— XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.— XVII. *El Placer*.— XVIII. *La Miseria*.— XIX. *Las Madres*.— XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.— XXI. *El Fuego*.— XXII. *La vida cristiana*.— XXIII. *El corazón del hombre*.— XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.— II. *Más allá*.
- TOMO VIII.— XXIX. *Desequilibrados*.— XXX. *El Obrero*.— XXXI. *El Patrón*.— XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.— XXXIII. *Entusiasmo*.— XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.— XXXV. *La Fe*.— XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.— XLI. *Pobres y ricos*.— XLII. *El mal del mundo*.— XLIII. *El remedio del mal del mundo*.— XLIV. *El despertar de las almas*.

TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*

### Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.<sup>a</sup> parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.<sup>a</sup> parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

### Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*





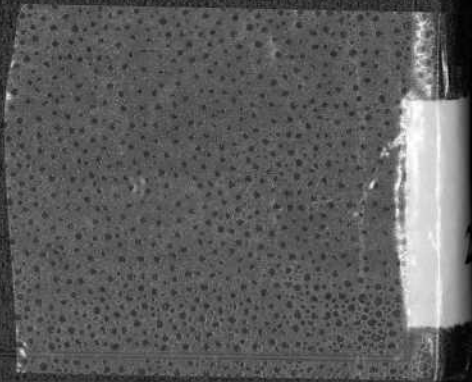














**D-2**

**23603**